

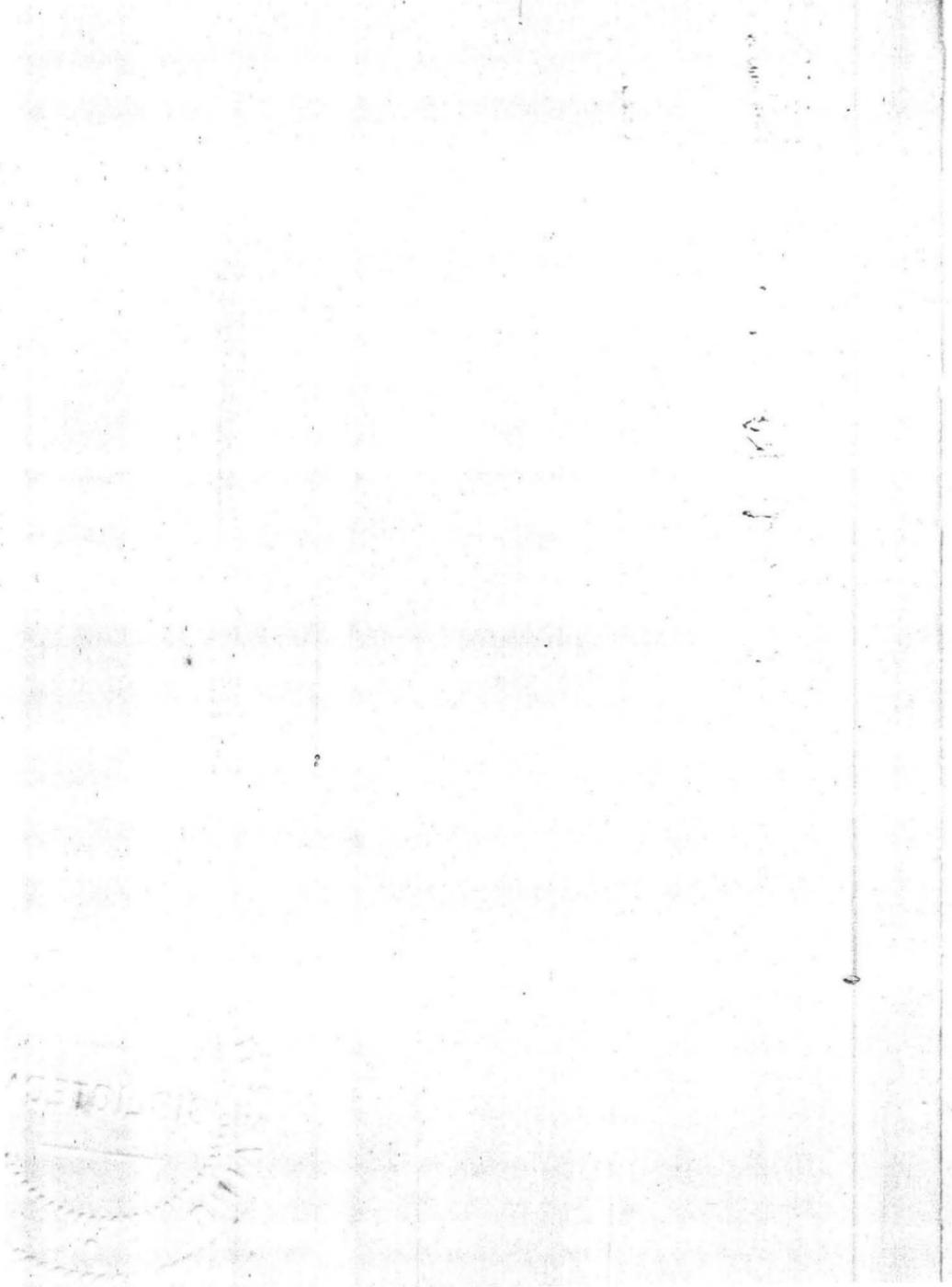
4

TOBIAS ZÚNIGA MONTÚFAR

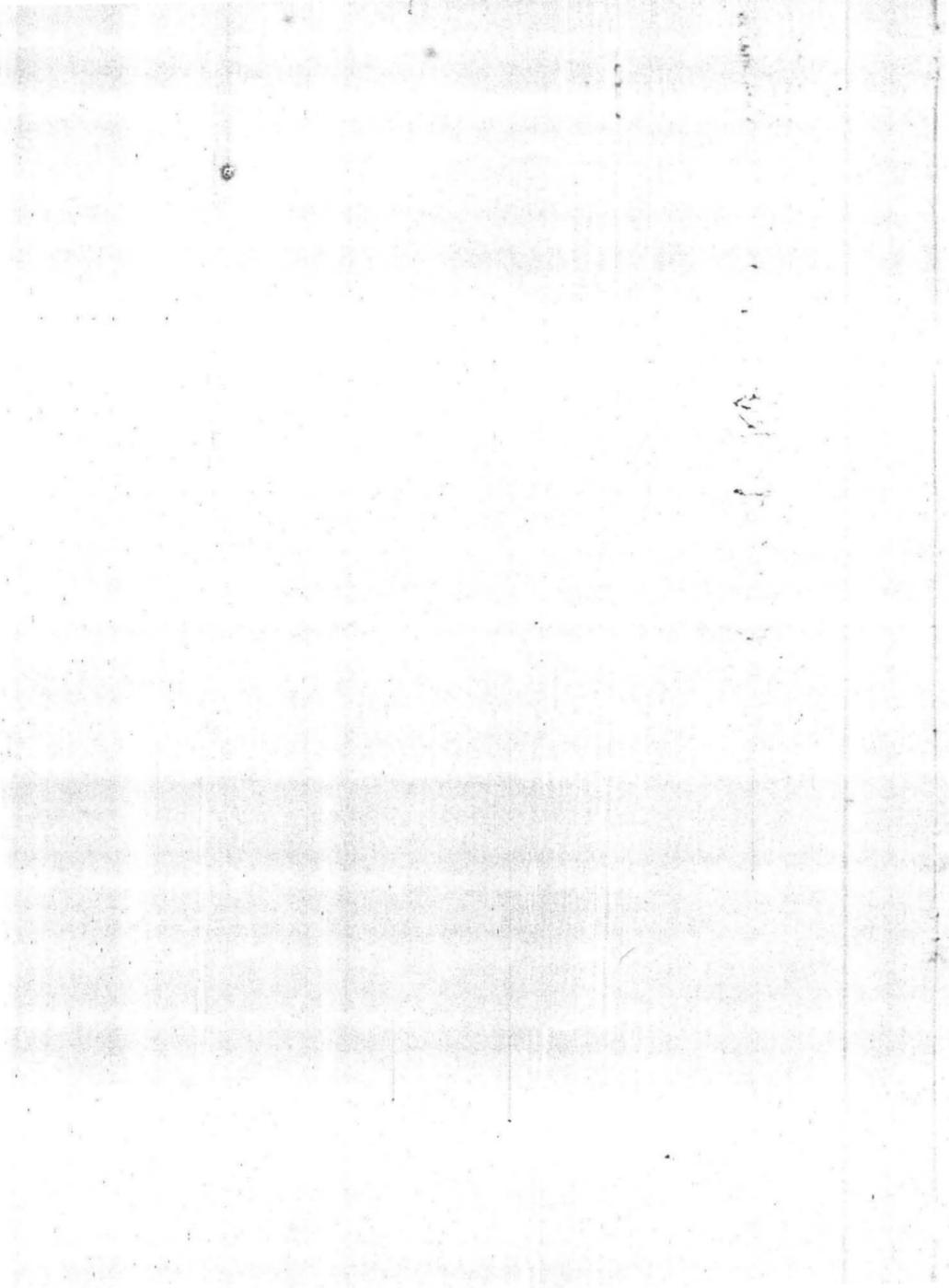
SELECCIONES

DE LA TRIBUNA Y DE LA PRENSA

EDITORIAL APOLO
SAN JOSE, COSTA RICA
1935



PRELIMINARES



Tobías Zúñiga Montúfar

Tal como el diamante es luz solidificada y esa luz es energía, varones hay que son pensamiento y ese pensamiento es vigilante, ejecutiva voluntad. Así, el Licenciado don Tobías Zúñiga Montúfar quien anida en la mente muy gallardas ideas; en el pecho, bondades abiertas a todas las perspectivas del sentimiento.

Es axiomático: puédesse vivir en Costa Rica, lejos de los pregones de la fama que lleva el cable a los cabos del mundo y pertenecer a la falange de las figuras de resalte, que se destacan por su talento y cultura.

... Y que se esombren los ánimos fríos, a los cuales les desplace el elogio que se forja en homenaje de los intelectos olímpicos, y al expresar olímpicos désele ariado sentido al vocablo, porque no nos referimos a las mentalidades que viven infladas de vanidad, sino a los espíritus que, por la fuerza de sus ideas acuñadas en troqueles de una preeminencia intelectual, empuñan el escudo de los dioses, llovido de astros.

Tenemos al alcance de la mano, folletos, revistas, periódicos y gacetas en que aparecen artículos y discursos de este hombre de letras. Es orador de fuste, para los que en él reparan. Y este privilegio le da mayor talla, si consideramos el pensar de Emerson: el hombre es la mitad de sí mismo; la otra mitad estriba en su expresión.

En sus alocuciones,—unas europeizadas por el corte clásico, otras americanizadas por la afluencia de palabra,—se enseñorean inspiración, brío, entusiasmo.

Es su oratoria pampa en donde galopan potros de arte, ciencia y filosofía. Sus producciones son de buen gusto: en ellas, bizarrías de forma, dominio de léxico.

Sus alegatos jurídicos ofrecen lógica, historia y razonamiento. Las citas se presentan apretadas: parecen nudos de caracol marino. Al leer sus alegaciones, se trasluce que investiga a fondo; una vez penetrado del negocio, le da carácter y sensibilidad, hasta convertirlo en obra de sortilegio.

Como coronamiento de su cultura, Zúñiga Montúfar está bien informado de problemas internacionales que sintetizan la estructura político-económica de Europa y América.

Tiene Zúñiga Montúfar a manera de fisonomía de su personalidad que le imprime virtud indisipable a sus capacidades, esa su exuberancia de metáforas, esa su opulencia de conocimientos emancipados que él brinda

a quienes transitan por el sendero en busca de consejo y enseñanza.

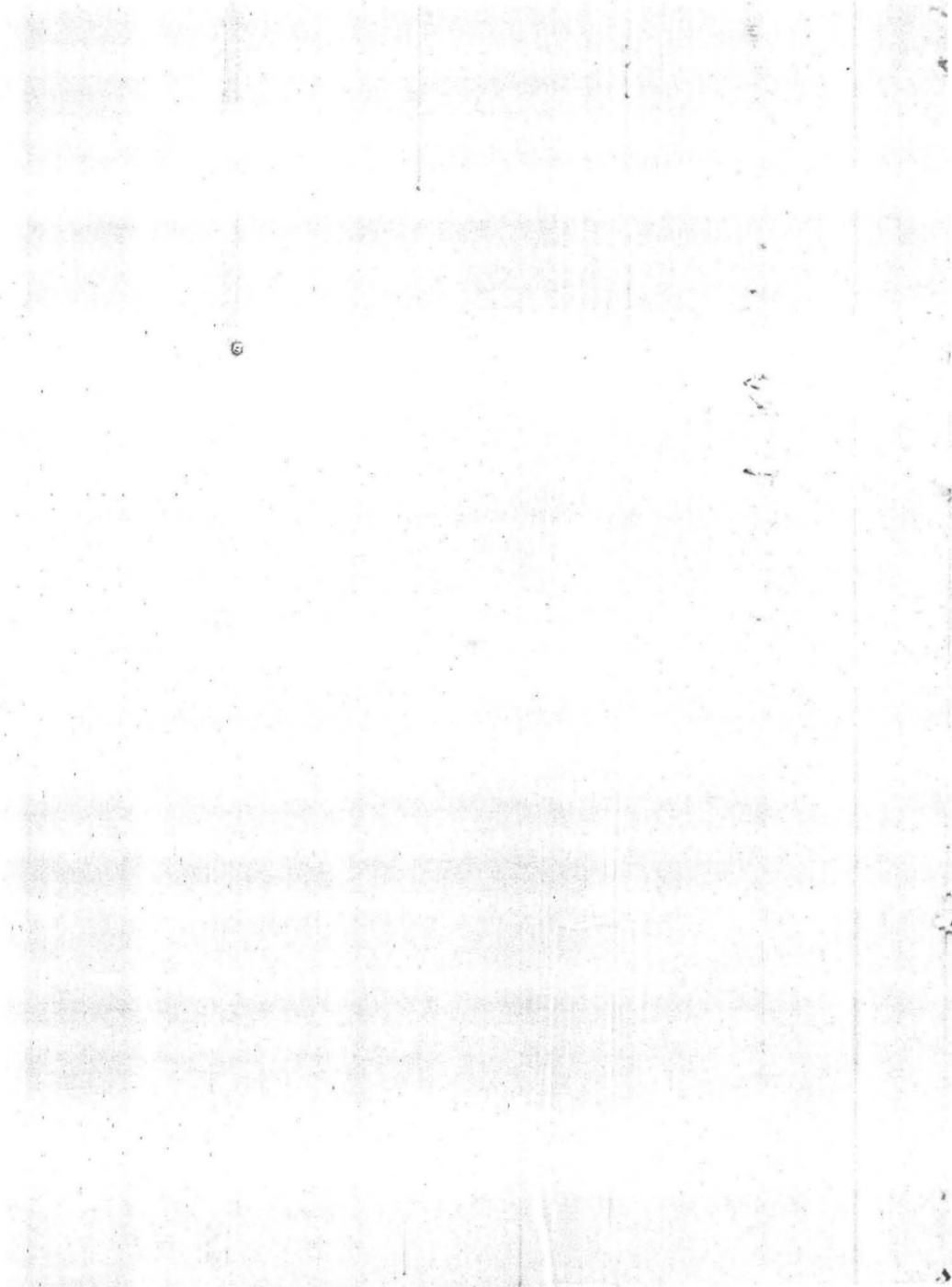
Se impone en Zúñiga Montúfar el artista de aptitudes varias. Si orador, digno discípulo de Zambrana; si pensador, un reflexivo a lo José Enrique Rodó; si prosista, hermano del mago Guillermo Vargas, cuya pluma fué toda donosura y primor.

¡Venturosos los pueblos que trabajan bajo un cielo roto en colores y en una tierra en que hay intelectuales que honran el humano saber!

Carlos Jinesta

San José, Costa Rica.

(De "La Prensa")



En el pórtico

Tobías Zúñiga Montúfar

La noticia del nombramiento hecho en Tobías Zúñiga Montúfar para el cargo de Diputado, tiene que ser sabida con alegría en todos los círculos sociales del país, en cuyos ámbitos su prestigio es, desde hace tiempo, indisputable. Pero en donde la buena nueva debe penetrar aclamada por el júbilo más fervoroso y por el orgullo más limpio, es en la clase intelectual a que pertenece.

Caballero sin tacha, de éstos que por la augusta solidez de sus virtudes parecen tallados á la antigua; patriota íntegro, de aquellos que reflejan en su torno el oro bruñido de su patriotismo y no lo esconden cuando del prozecho del país se trata: varón distinguido por su cuna, por su educación y por su rica inteligencia; pensador noble, y no tanto por la estirpe pura, cuanto por la sinceridad profunda de su pensamiento; luchador he-

roico, héroe a veces en la lucha; artista de legítimo blason, de alma ardiente y de pluma esplendorosa, y también de estro que abarca todas las grandes vibraciones, desde la suave armonía femenilmente delicada, hasta la férrea nota virilmente tiranicida: así es Zúñiga Montúfar.

Con tales prendas, bien merece los honores que la República reserva para premio de sus hijos ameritados.

Ha sido la de Zúñiga Montúfar una existencia de rectitud y de trabajo, y ninguna de sus páginas está plegada por la sombra.

Una vida intelectual, llena de todos los idealismos generosos que la progenie contemporánea sostiene a pie firme en el campo del pensamiento; y a la vez, una vida honrada, tesoro humano el más esplendoroso por lo escaso.

Ambas cualidades,—el talento y la probidad,—fulguran en todos sus escritos. Hace un cuento, una crítica, un artículo de fondo o una catilinaria y todo en ellos es sano. Se siente en sus dulzuras o en sus indignaciones, el mismo fuego de purificación y de entusiasmo.

En las campañas políticas su voz ha sido de las más altas que los pueblos escucharon. Hace luz y deshace errores, con la pluma y con la palabra, y además, con el ejemplo. Su alma luchadora se lanza al combate en medio de los temores de los cretinos y de las iras de los fariseos y sabe enseñar patriotismo a muchos políticos cunucos y a muchas cortesanas masculinos del poder.

Y después del triunfo de sus propagandas continúa alentándolas para el porvenir y sosteniéndolas para el presente, con ardo apostólico.

Ahora está en el pórtico de su vida pública. Sea bienvenido a ella. Para quienes le acompañamos en calidad de peregrinos, su victoria nos enaltece. Compartimos con él sus afanes de ayer y sus glorias de hoy nos alientan. Sabemos que las ideas que nuestra conciencia adora están a salvo en manos de un representante popular tan digno.

Guillermo Vargas

(De "La Revista").

6

1000

1000

1000

Alma fuerte

A Tobías Zúñiga Montúfar

*· Nada te importe el ladrador tumulto
que osa envolverte en vergonzante enredo:
tú sabes que a tus pies tiene el insulto
cabeza de hambre y corazón de miedo!*

*¿Rendirte? No! La Torré del poeta
morir te viese de hambre y no rendido;
porque bajo tus músculos de atleta
un espíritu de oro hay escondido.*

*Ya que es de oro tu espíritu, te queda
un consuelo en la ira que te inflama:
el sellar oro y acuñar moneda
para comprarle aplausos a la fama!*

*Si tú de los espíritus serenos,
pararrayos de toda muchedumbre;
que aunque le ladren iracundos truenos,
siempre tranquila seguirá la cumbre.*

*No des tu lengua al fermentido halago,
si tener quieres la conciencia en calma;
que alma que cede al galardón o al prigo
ni es corazón, ni es voluntad, ni es alma! . . .*

José Santos Chocano

(De "Los Cantos del Pacífico")

Marginal

Este libro, de personales selecciones literarias,—algunas políticas,—parágrafos cronológicamente ordenados de mi verbo voandero en la tribuna y en la prensa al correr de los años, es un fragmento de mi espíritu, ecléctico y poliforme como la vida y como el pensamiento. Y siendo verbo de mi pasado, es un fragmento de mi espíritu presente, bajo el postulado filosófico, de suprema sabiduría, de Jakob Wassermann, según el cual: Es falsa la idea de que todo ha sido. Nada fué, todo es y perdura. Presente está lo mismo el último momento del pasado que el primer momento del futuro.

Ninguna sugestión extraña ha inspirado la publicación de este libro, como lo aducen por pretexto algunos autores para justificar sus propias determinaciones. Surge al calor de mis deseos y por imperio de mi voluntad, con el propósito de guardar en sus páginas, como en ánfora milagrosa que aprisiona las sutiles irradiaciones del alma, algunas de las producciones verbales de mi espíritu, las menos desgarbadas, las menos frívolas, las menos eventuales y transitorias a la luz de mi propio criterio, con que he contribuído en mi trajinar incesante,

en diversos momentos y en distintas órbitas en la acción cultural evolutiva del rincón del mundo de mis grandes amores. Y siendo mi contribución de pasado, es también para el futuro, porque ambos tiempos se enlazan y prolongan en el libro, en el momento del presente.

Asimismo, selecciono de la prensa los "Preliminares", benévolos homenajes que al través de rindos y acendrados afectos me rindieron,—para estimularme y enaltecerme,—el enorme apolonida continental José Santos Chocano; el maestro de la prosa pentélica y profunda, Guillermo Vargas Calvo,—ambos hoy en el sueño de la eternidad,—y el impecable artífice de la palabra bruñida en oro del corazón, Carlos Jinesta, homenajes plenos de generosidad que como corazas me abroquelan o como heraldos me presentan en el pórtico del libro

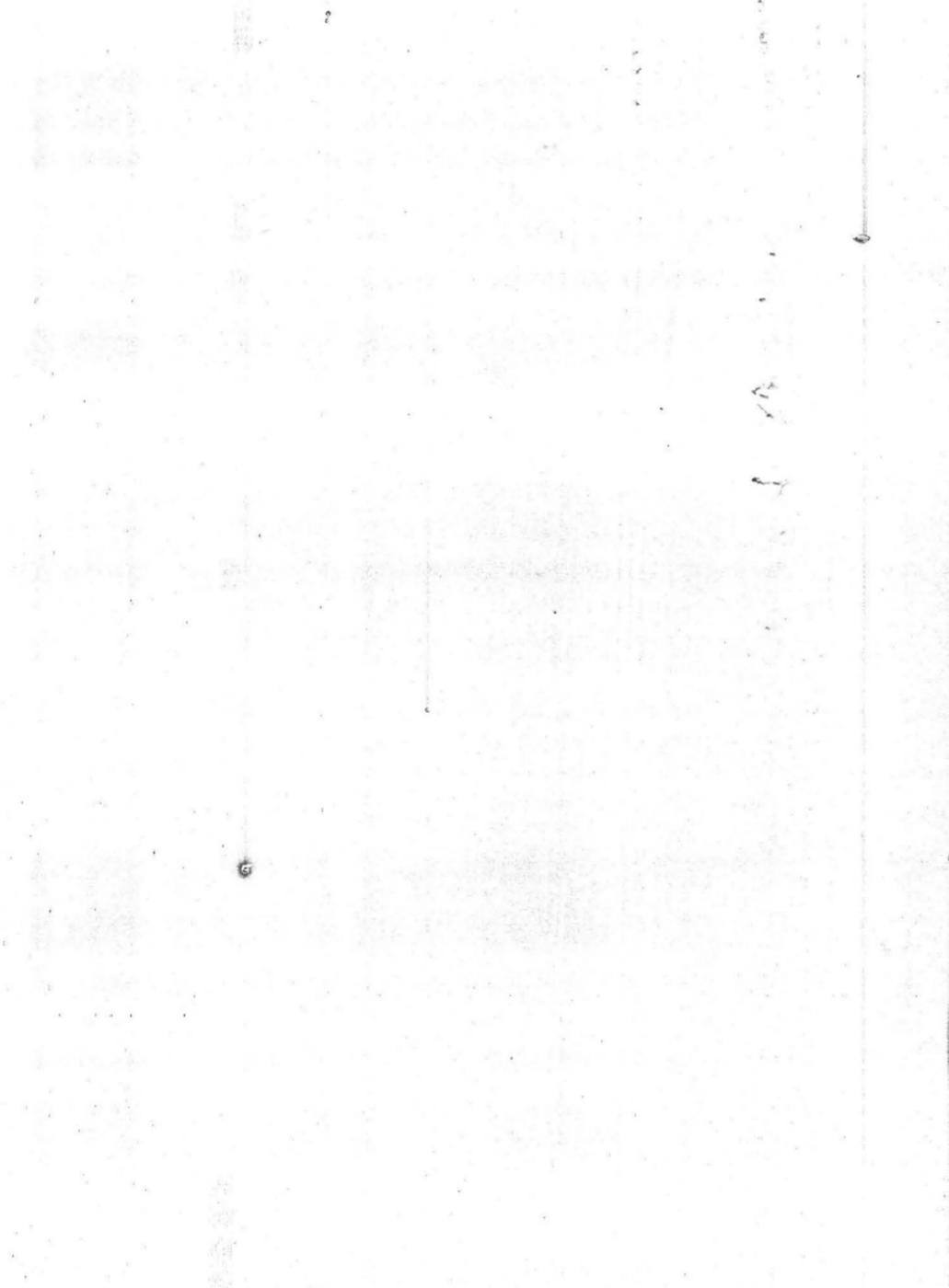
Otros libros, otras selecciones, jurídicas, políticas, históricas, parlamentarias y también más literarias, fragmentos de mi verbo volandero al través de los años, vendrán después, acaso, antes de la muerte y si el tiempo me alcanza, en manifestaciones complementarias de mi espíritu, ecléctico y poliforme como la vida, y como el pensamiento.

Tobias Zúñiga Montúfar

Noviembre de 1935.

DE LA TRIBUNA

Selección cronológica



Castelar

Discurso pronunciado la noche del 13 de octubre de 1902, en la velada artístico-literaria efectuada en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica, a beneficio del monumento que se erigió en España a Emilio Castelar, por contribución de las naciones hispanoamericanas.

Señoras y señores:

El águila caudal de la elocuencia cubana, el maestro, tan querido como admirado, cuya palabra resuena todavía fulgurante y vigorosa en los oídos de la juventud costarricense, el ilustre Doctor Zambrana, me ha invitado a tomar parte, con mi plática modesta, en la festividad que hoy celebramos en este recinto del arte, a fin de recordar a uno de los hombres más egregios del siglo que acaba de perecer en la eterna sucesión de los siglos y a fin de que Costa Rica pueda enviar a la tumba del príncipe de los oradores españoles, una piedra para el plinto del grandioso monumento que ha de perpetuar su memoria, un laurel para la guirnalda que la posteridad le brinda, o una flor, al menos, para confundirla en el cúmulo de flores que de todos los rincones de la tierra envían

a la heroica España en glorificación del más excelso de los pontífices de la belleza y del más fervoroso de los sectarios de la democracia.

Timidamente, sin fe en los recursos de mi palabra, he aceptado la distinción que la generosa benevolencia del doctor Zambrana me discierne al invitarme a colaborar en esta ceremonia por mil títulos simpática; y he aceptado porque la generosidad y la benevolencia honran a quien las prodiga y porque, a falta de vuelos para entonar un canto himnico a la memoria del tribuno inolvidable, se agitan en mi espíritu sentimientos de profunda admiración que acaso pueda traducir malamente la triste avecilla que canta en mi pensamiento.

Castelar,—el muerto inmortal cuyo recuerdo en este instante nos mueve,—cuando se erguía triunfante en la tribuna del parlamento, cuando conmovía al mundo con el murmullo épico de sus arengas, cuando se enardecía al soplo de su divina inspiración, cuando aún bregaba en gigantesca lucha alentado por las vibraciones radio-sas de la vida, fué ensalzado hasta el delirio y aplaudido con atronador entusiasmo por las muchedumbres hipnotizadas al arrullo de su elocuencia y aturdido por las resonancias del ditirambo que en sus ondas le llevaba los mensajes de la gloria; y cuando bajó a las soledades del sepulcro y la inmortalidad abrió la puerta de su regia morada para dar paso a su protegido, España fué conmovida por las angustias del dolor, las banderas de la humanidad se izaron a media asta, de todas partes de la tierra surgieron fúnebres lamentaciones, de todas las bocas brotó la gemebunda plegaria, las campanas tañeron con lúgubre acento, y la crítica y la envidia quedaron atónitas escuchando aquel concierto universal que agotaba todos los recursos necrológicos para rendir el postrer

homenaje al astro que se hundía en el poniente. Y tal ha sido su grandeza, y tal ha sido de prolijo el estudio que de su vida y de sus obras se ha realizado, dentro y fuera de la tierra española, y tal ha sido el torrente de panegíricos que en su homenaje se han cantado, que ya nada nuevo podría decirse de aquel coloso en la expresión más sutil de las ideas.

Octubre trae, en sus días memorables, el vivo recuerdo de Emilio Castelar y es para España y América de grata recordación, porque fué en octubre de 1492 cuando las carabelas de Isabel la Católica descubrieron el Nuevo Hemisferio, la más gloriosa aparición que recuerdan los anales de la Historia que, entre sus mil maravillas, dió motivo para que el numen prodigioso de la alondra española forjara, con los imagoables colores de su imaginación y con la gama de su elocuencia, uno de los poemas más atrevidos que se hayan entonado en loor del genio y en tributo del Mendigo de la Rábida en la lengua armoniosa de Calderones y Cervantes.

Leed la Historia del Descubrimiento de América por Emilio Castelar, recorred todas y cada una de las páginas de ese exuberante poema en prosa, sondead con el pensamiento esa narración homérica, donde cada línea es un verso, donde cada párrafo es una revelación filosófica, donde cada revelación filosófica es un himno y donde cada himno vuela como un pájaro sagrado por los espacios de la sabiduría y de la Historia, rompiendo con sus alas las ondas de metafísicas gastadas y ascendiendo, en ascensión prodigiosa, hasta las más encumbradas regiones de la poesía.

Leed la Historia del Descubrimiento de América por Emilio Castelar, y llegaréis a pensar que el gran navegante, muerto en los albores del siglo XVI, saliendo

de la eternidad donde dormía el sueño de sus titánicas fatigas, resucita al través del tiempo y del espacio, en las postrimerías del siglo XIX, para encarnarse en el espíritu del gran tribuno, revelándole todas las amarguras de su existencia, todos los conflictos de sus proféticas ideas y todos los tropiezos de su grandiosa inspiración, y para dejar a la humanidad, no sólo el recuerdo material de su obra, sino también el recuerdo venerable de su alma de vidente que llevaba un mundo cautivo bajo la bóveda de su pensamiento. Leed ese libro y veréis la conjunción de dos almas, como la conjunción de dos astros que rodando en el espacio llegaron a confundirse hasta constituir un solo lumínar en el ánfora del cielo.

Y así como el descubridor amara a la hija predilecta de su genio, a la joven América, así también parecía amarla Castelar y venerarla con admiración a veces rayana en lo sublime. Las invocaciones que con frecuencia se encuentran en sus más brillantes escritos, las correspondencias que de continuo circulaban profusamente en los más importantes periódicos de América, el estudio vastísimo que de la historia de nuestros pueblos hizo su laborioso entendimiento, el interés profundo que mostraba por el desarrollo político, social y literario de estos países apenas nacidos a la vida de la civilización y las relaciones fraternales que cultivara con los hombres más ilustres de las nuevas naciones, pruebas evidentes están dando del amor que le tuviera Castelar a esta mitad floreciente de la humana especie y de la fe que sintiera, como buen profeta, en la obra revolucionaria que, por ley ineludible de la evolución, está predestinada a realizar en la posteridad, la tierra virgen de Colón, que acaso fué la prometida por el Dios de Génesis a Abraham.

Bastaría recordar una sola de sus evocaciones

radiosas, una sola de sus frases fulgurantes, para medir el tamaño de su admiración por el Mundo Nuevo y la amplitud vasta del concepto histórico que de su aparición habíase formado.

Bien merecía Castelar la admiración febril que los americanos tuviesen por su personalidad altísima; y bien lo merecía, no tanto por la atención que siempre consagrara a nuestra América, como por su espíritu humanitario, por su amor a la Libertad y a la República, por el culto que profesaba a la fraternidad entre los hombres, por su grandeza de alma, por la amplitud de su entendimiento, por su lumbrosa sabiduría y por su devoción artística; y bien merece que la América, respondiendo al sentimiento universal, unida por un solo ideal de veneración y gratitud, glorifique la memoria de aquel cantor excelso, ruiseñor enamorado, grande entre los grandes de España y soberano entre todos los oradores de la humanidad.

Si la fama es la voz anuaciadora de las humanas excelencias, en el siglo pasado sólo Víctor Hugo las ha tenido tan altas y numerosas como Emilio Castelar. En la vida de esas dos águilas se encuentra compendiada la leyenda de su siglo. Lo que dijo Castelar de Víctor Hugo, cuando ambos vivían, pudo haberlo dicho de sí mismo, a ser permitidas las autoadoraciones: "Cuando queráis buscar la leyenda de este siglo,—dijo,—lo que todos hemos pensado, lo que todos hemos sentido; nuestros desfallecimientos morales; nuestras cóleras en las cadenas; las esperanzas que hemos concebido por los orgullosos triunfos de la materia; cómo imaginamos la sociedad y cómo nos proponemos reformarla; nuestra concepción de las diversas épocas de la Historia; nuestro poema del progreso, a tanta costa escrito con la sangre

de toda la humanidad; nuestras dudas; nuestros temores y nuestra fe servida en la exaltación del martirio, leed a Víctor Hugo". Y leed también a Castelar; ambos se confunden en la región de los genios y ambos llevaron en su espíritu el alma fulgurante del siglo de las luces.

Fué la de Castelar una personalidad hermosa, de facultades varias y de actividad sorprendente y como todos los hombres superiores que se aprestan a la lucha por el triunfo de sus ideas, fué combatido en todas las esferas donde sus energías se desarrollaron: político innovador, fué necesaria y rudamente combatido; tribuno que rompió los viejos moldes de la Retórica para dar vuelo libre a su inspiración, fué combatido; escritor que puso sus pensamientos en música divina, fué combatido; catedrático que predicara la concepción moderna de los principios nuevos, fué combatido; historiador que tomara los sucesos del mundo como fuente de inspiración, fué combatido; dondequiera que iluminara con los fulgores de su pensamiento, fué combatido, a la vez que admirado con vehemente y arrebatador entusiasmo.

Desde que apareció, a los veintidós años, en la vida pública, fué saludado y reconocido como uno de los hombres más grandes de España.

Era el 25 de setiembre de 1854; gobernaba, después de la revolución de Vicálvaro, el Partido Progresista; habíase comenzado a organizar el Partido Demócrata, el cual verificaba aquel día una asamblea en el Teatro Real de Madrid, provocada con el objeto de aprobar su programa; habían hablado doctoralmente las figuras más importantes del partido, cuando surgió de una butaca una vocecita atiplada que sin embarazo pedía la palabra; el público, que nunca había escuchado aquella voz, soltó una burlesca risa; "quién ha pedido la palabra?", dijo

el Presidente; "Emilio Castelar", contestó un joven desconocido, poniéndose de pie en actitud airosa y resuelta; subió al escenario gallardamente, abriéndose paso entre las risas de la multitud; y ya en la tribuna aquel joven desconocido de altanera apostura y cabeza esférica, rompió el espacio con las fulguraciones radiosas de una mirada penetrante, y con la firmeza y altivez de un maestro, comenzó a derramar sobre la multitud torrentes de armonías, lluvias de ideas, caudales de atrevidas imágenes, todo un tesoro de palabras y pensamientos que a veces conmovían como lamentos de esclavitud, a veces ensordecían como rumor de tempestad, ora tronaban como rugido de león, ya embelesaban como trinos de jilguero; y habló de la democracia, y habló del pasado, y habló del porvenir, y habló de la imprenta, "ese soldado de Dios que pelea como Ajax por la luz, encadenada a los pies de los tiranos", y habló de la tribuna, "providencia del pueblo, sujeta al carro del vencedor", y habló del pensamiento, "estalando en el cerebro sin poder alzar su vuelo y perderse como el águila en lo infinito", y habló de la fe, "vendida por una cartera de ministro", y habló del martirio de la libertad; y así como lo dijo un periódico peninsular refiriéndose a la Cámara, el público, "magnetizado, subyugado, jadeante, fuera de sí, parecía haber entregado su alma al orador, pender de sus labios, vivir de sus palabras, mientras que él, arrebatado, transportado, sin oírse ya, sin conciencia de lo que decía, se entregaba a su inspiración como la Pitonisa en el trípode, como el profeta que trasmite mecánicamente una voz que baja de los cielos"; y la multitud, que al término de cada período le aplaudía con frenético delirio, al bajar de la tribuna le bañó en aclamaciones, le recibió en su corazón y en sus brazos, repitió su nombre con

reverencia y cariño, le acompañó hasta su morada en ovación triunfal y le saludó como a un nuevo apóstol de la redención, como a un nuevo soldado de la Justicia, como a un nuevo gladiador del Derecho que armado de elocuencia divina venía a combatir por el triunfo de la libertad, a la manera de un arcángel enviado del Eterno para lacerar los espíritus maléficos del despotismo.

Desde entonces comenzó Castelar la valerosa peregrinación de su bandera, se hizo temible de los pontífices y de los reyes, y fué el ídolo del pueblo español y la voz suprema de la conciencia nacional.

Alientos vigorosos, ajenos a mis fuerzas de pigmeo, se requieren para seguir paso a paso a aquel gigante, en sus ascensiones gloriosas y en sus tremendas caídas, en sus formidables batallas y en sus fulguraciones siderales; y sería, por otra parte, fatigosa la tarea si estudiásemos sucintamente las múltiples manifestaciones de su vida y el carácter peculiar de ellas, porque la vida de Castelar se confunde con todo un borrascoso período de la Historia Contemporánea de España y su obra se dilata y engrandece a nuestros ojos a medida que sus detalles se analizan.

Apareció en la escena de España en época inolvidable, cuando en ella figuraba un ejército de pujantes batalladores que con la espada, con la pluma y la palabra, en la tribuna, en el periódico y en el campo de batalla, disparaba bombas revolucionarias contra las carcomidas fortalezas de la monarquía; y entre aquella olímpica legión de oradores, publicistas y guerreros, donde figuraban los Pí y Margall, los Salmerón, los Echegaray, los Moret, los Figueras, los Martos, los Ruiz Zorrilla, Castelar hizo brillar los fulgentes destellos de su genio, y en su presencia, como en la presencia del hijo de Dios,

se arrodillaron los sacerdotes y los fieles del culto republicano.

Con ser sobre todas las cosas un artista amante de los encantos de la Naturaleza, con ser un adorador fervoroso de lo bello, con ser un cantor enamorado de la castidad de la frase y de la armoría del pensamiento, no creyó marchar su túnica de artista confundiendo con las muchedumbres populares y poniendo su verbo al servicio de la causa de la redención de los oprimidos y los exheredados de la fortuna; y lleno de fe en la bondad de sus ideales, soñando para su patria una nueva era de igualdad y de justicia, entró a los clubs políticos y llevó en su boca la anunciación del régimen soñado y la protesta clamorosa contra las instituciones consagradas por el espíritu de la tradición conservadora; y apareció en la prensa donde predicara como el Nazareno la religión del porvenir y donde fulminara como Júpiter los rayos de su cólera sana; y entró a las cámaras, enviado de los pueblos, donde dió con su inspirada palabra terribles embestidas a la vetusta monarquía y combatió de manera formidable, con la catapulta irresistible de su elocuencia, el contubernio de la Iglesia y el Estado y asestó golpes mortales a la esclavitud de los negros y puso todo el vigor de su voluntad apostólica en defensa del sufragio universal y de la libertad; y cuando con la abdicación de Saboya se vió surgir grande y soberana la República, Caselar fué ungido y sobre su rica vestimenta de artista y sobre su túnica de apóstol colocóse la toga de Primer Magistrado de la Nación y vió así, por un minuto histórico, ondear victoriosa la flameante bandera de sus ideales en el viejo palacio de los Reyes.

Después de su caída, los rigorismos de la intransigencia, sin considerar siquiera la bondad de sus altas

intenciones y las excelencias de su augusta propaganda, le tildaron de apóstata y perjuro; pero quienes tan rudamente le apostrofan no hacen justicia a Castelar, porque él fué, ante todo, un alma de artista y un alma de apóstol que tuvo fe de convencido en el poder sugestivo de sus ideas y en la fuerza irresistible de la evolución serena, como Garibaldi tuvo fe en el imperio de la fuerza de las armas y en la eficacia bienhechora de su relampagueante espada; y exigir de Castelar más de lo que hizo su privilegiada y peculiar naturaleza, es como negarle su gloria y como arrebatarle el papel que por designios de la Providencia debía representar en la historia del mundo.

Castelar fué siempre el mismo: en la tribuna, en la cátedra, en el periódico, en el parlamento y en el libro; el mismo, cuando pobre y peregrino predicaba la buena nueva en los albores de su juventud, que cuando enfermo y afligido pronunciaba su último discurso en la agonía de su venerable ancianidad; el mismo, cuando proscrito y victorioso era saludado con reverencial cariño por Víctor Hugo, por Gambetta, por Thiers, por Julio Simón y por Garibaldi, que cuando solitario y triste era víctima de la difamación de sus viejos correligionarios y de la burla inclemente de los monárquicos empedernidos: y si se nota menos violencia en la conducta de sus últimos tiempos, ello no es debido a veleidades de su carácter, ni a abdicación de sus principios, sino a un cambio completo de las instituciones y de las circunstancias, porque bajo los gobiernos moderados, cuando se advierte en Castelar mayor exaltación revolucionaria, invocar la democracia era un crimen, hablar de libertad era un delito, predicar la redención del esclavo era una locura, proclamar el sufragio universal era un atentado;

y después del derrumbe de la República, la democracia había sido proclamada en el seno del parlamento, el esclavo estaba redimido, se practicaba la libertad de conciencia, de reunión y de palabra y la imposición del censo era sustituida por el sufragio universal.

A pesar de todo, si hubo lagunas en su conducta política, debemos considerar que cuando el soñador salió de la esfera de la razón pura para engolfarse en los laberintos de la política experimental, tuvo que batallar con las dificultades de una época de grandes borrascas. y debemos considerar, también, en atención a sus excelentes cualidades, que estaba formado de la materia imperfecta de que se forjan los hombres y que su obra política, que por sí sola le hubiese dado ruidosa celebridad, vale bien poco si se la compara con su obra de artista y con los perdurables monumentos que sobre el bloque robusto de la lengua castellana, buñó la inspiración ática de su genio.

Poeta por el corazón, que era generoso: poeta por sus ideales, que eran noblemente regeneradores; poeta por su temperamento, que era una urdimbre vibradora de vibrantes nervios; poeta por la voz, que era dulce y tenía todas las modulaciones del sonido; poeta por la mirada, que sabía reflejar las impresiones más finas del pensamiento, Castelar fué esencialmente un artista,—escritor y tribuno,—acaso el más fecundo y grandilocuente de los artistas que han hablado y escrito en la rica lengua de Quintana. Su palabra era la más alta expresión de la naturaleza y de la vida idealizadas al través de una fantasía espléndida.

Erguido en la tribuna, encendido en el fuego sagrado de su elocuencia, pintaba como Miguel Angel figuras apocalípticas, esculpía como Scopas formas femeniles

de ideal belleza, levantaba palgacios de mágica escultura, recorría la historia del mundo como si recitase una estrofa, invocaba a los hombres de la celebridad y parecía conversar familiarmente con ellos, recordaba a los tiranos para maldecirlos y a los mártires para ensalzarlos, predicaba la religión del amor y la religión de la fraternidad universal, penetraba en los santuarios de la ciencia para investigar fenómenos, exponía ideas nuevas con brillantes atavíos; y sus ojos, iluminados por la luz de la inspiración, magnetizaban, y sus brazos, agitándose armónicamente a impulsos de su pensamiento, despedían corrientes de electricidad, y su voz, ora serena y cristalina fingía el canto del ruiseñor, el leve rumor de la brisa vagabunda, el murmullo argentino de la fuente que recita endechas entre las piedras y las fiondas, ora imponente y retumbante, semejaba el bramido del huracán, el ruido caótico de las coléricas tempestades, el rugido de los pueblos indignados, y haciendo de su verbo un caleidoscopio maravilloso, domeñaba al capricho de su voluntad el alma de las multitudes, que formando con la del orador una sola alma, unidas por los mismos sentimientos y encadenadas por las mismas ideas, lloraban o reían si él reía o lloraba, hasta que, en el colmo del entusiasmo, reventaba sobre la frente del tribuno la oía de los aplausos, como una marejada que se rompe en espumas sobre los pechos erguidos de la roca.

“Viéndole estoy a Castelar sin conocerle,—dijo Juan Montalvo en el capítulo de los genios:—su robusto pecho sale afuera: su cabeza, si melenuda, como la de Mirabeau, si calva como la de Cicerón, se levanta de los hombros regíamente: su mirada rompe el espacio y señala allá en el tiempo el triunfo de la libertad y la justicia: sus brazos caen como palancas poderosas en además

apasionado: sus manos se hunden en el abismo, y de allí sacan arriba las cosas que él quiere poner a la vista de las naciones y de las gentes: su voz se ejercita en diapason infinito, grave, profunda. Si consejos de la razón, mentor vivo: si lástimas y desgracias de los pueblos, padre atribulado: si orgullos nacionales y soberbias patrióticas, águila irritada: si triunfos y alegrías, Apolo radioso: si enternecimiento y amor, flauta gemebunda: si cólera, trueno: si muerte, sepulcro con voz humana. El orador perfecto coge la esencia; esencia de las ideas, esencia de las pasiones; y subido siempre en lo más alto, es grande amable personaje que conmueve y convence para bien del género humano”.

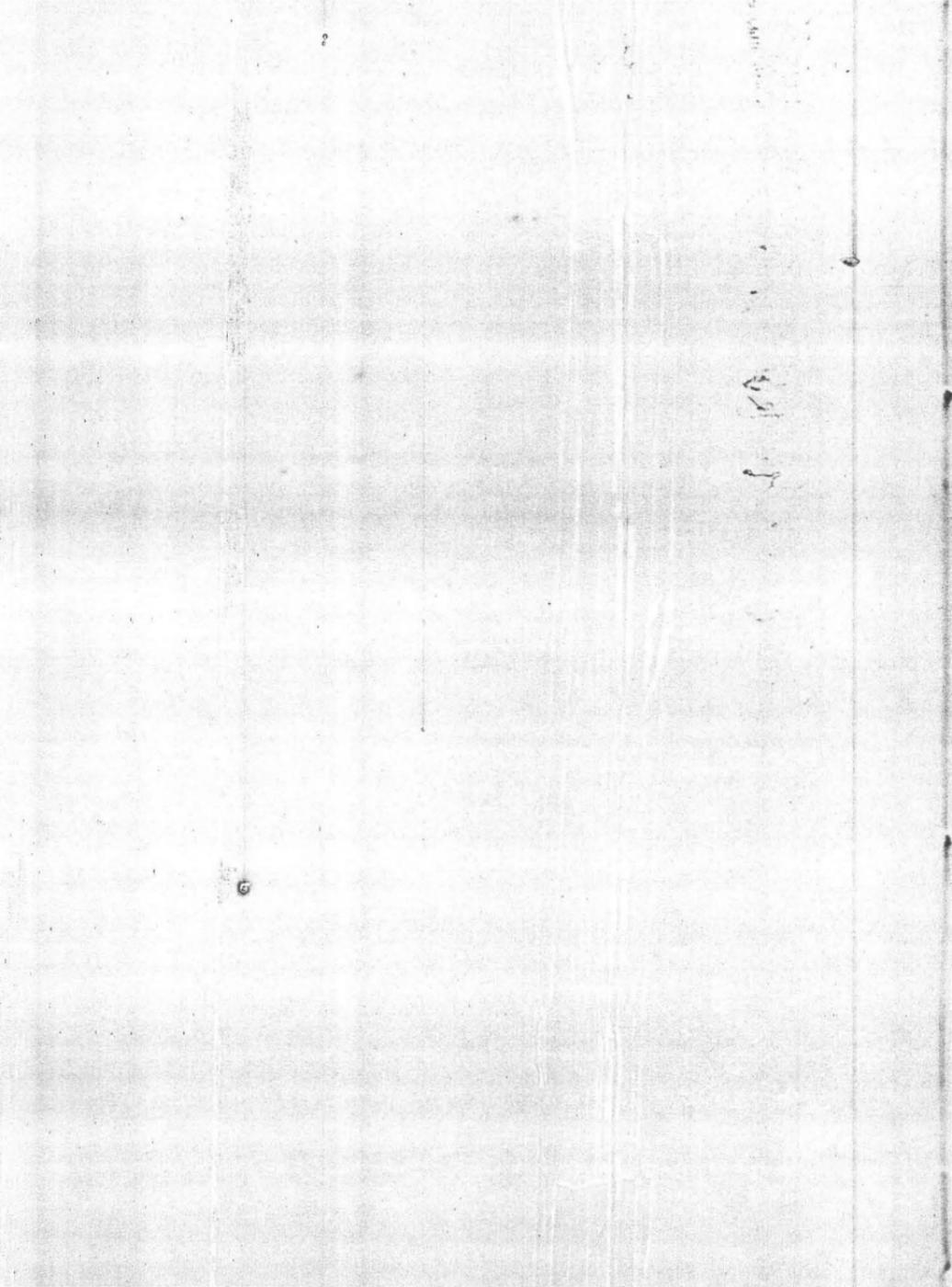
Aunque los discursos de Castelar hayan perdido la fuerza vital que sabía imprimirles el diapason de su garganta y el vigor pictórico de su mímica, leyéndolos se siente, sin embargo, el soplo mágico de una imaginación caudalosa, el rauda desborde de una sabiduría sorprendente, la vibración nerviosa de un temperamento privilegiado que se deshace en luz y fuego, en colores y armonías, en un magnífico desorden, tan hermosamente bello como el desorden magnífico de la naturaleza tropical.

Murió Castelar cuando el siglo XIX agonizaba y hoy duerme el callado sueño de la tumba y el sueño de la inmortalidad: y ya sus cóleras justicieras no pueden ser temidas: y ya sus relampagueos tribunicios no asestarán nuevos golpes a sus adversarios políticos; y ya su pluma no volverá a hundirse, como la lanza del arcángel Miguel, en las carnes de la tiranía; y ya sus victorias no provocarán más las conmociones de la envidia; y ya la intransigencia empecernida no podrá exigir al apóstol, que confiaba en la eficacia evolutiva de las ideas, empu-

ñar la espada al frente de sus legiones para combatir, por la violencia de las armas, las instituciones tradicionales arraigadas en la conciencia de los hombres; "pero desde los umbrales de la ciudad obscura,—dice Rubén Darío,—podía él volverse y contemplar la obra que queda fuera de aquella que tenía la vida de un eco, basada de manera exclusiva en lo sonoro de su perorar, en lo arrebatador de sus actitudes o en la cascada de sus alientos; es una serie de edificios de maravillosas arquitecturas contruidos en su República, sobre sólidos terrenos, o sobre montones de arena movediza, o apoyados apenas en el aire en que flotaban los colores y las líneas de su fantasía; o paisajes, frescos cíclicos de las luchas de pueblos y gobiernos, de ideas y de hombres en el continente europeo, en América, en Asia, en Africa; o cinceladas alhambbras, kioscos de capricho, o preciosas *loggias* que improvisaba por deleite de arte; o la novela que le resulta vasto poema en prosa; o la historia que le resulta himno multiplicado; o la semblanza de personaje o boceto de idea que le resulta oda fascinante; o el gran poema en estrofas en prosa, a ondas o a bloques, métrica ciclópea; o la villa de mármol y riquezas antiguas que labra con sus recuerdos de Italia; o el monumento, de mármol también, a Byron, y cien estatuas y mil bustos y un millón de camafeos, todos al amor de un jardín singular en donde mueve el viento armoniosos laureles griegos y robustas encinas romanas".

Cuando España se levante del abatimiento que hoy la embarga por sus inmensos descalabros, que nos duelen como si fuesen nuestras propias desgracias; cuando aquel heroico pueblo restañe sus heridas y se coloque nuevamente a la vanguardia de la civilización con todo el vigor de su gloriosa sangre latina; cuando el león peninsular

sacuda su melena y haga sentir de nuevo el poder de sus acerados músculos; cuando la madre patria vuelva a llenar el mundo con la pompa imperial de sus grandezas, y en el apogeo de una nueva gloria haga desfilar el recuerdo de sus conquistadores, de sus poetas, de sus reyes, de sus prosistas y de sus apóstoles, verá destacarse la hermosa, la imponente figura de Castelar, en actitud de reto delante de los magnates, desafiando las cóleras de las mentiras tradicionales, cubierto en los pliegues multicolores de su bandera, con la lira de Apolo entre las manos, la frente coronada de estrellas, arrancando al plebeo de oro la vibración de los siglos y confundido con los genios en el cielo de la inmortalidad.



Julio Flórez

Discurso pronunciado en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica, la noche del 17 de marzo de 1907, en la audición dada por el poeta colombiano Julio Flórez.

Señoras y señores:

Por el rápido incremento que en los diversos campos de la civilización contemporánea han tomado los implacables aforismos del positivismo triunfante, y por el universal aturdimiento que a la humanidad agobia en la actual voraginosa, incesante y febril lucha por el oro y por la vida, se ha desarrollado, no ya en las capas inferiores y oscuras de la ignorancia, sino entre las pretensas personalidades de saber y gobierno que en cierto modo llevan la dirección suprema de las muchedumbres, una glacial indiferencia,—o para decir mejor,—un olímpico y compasivo desdén por la Poesía, la cual se considera por el vulgo letrado de las gentes como vanal pasatiempo de extraviadas voluntades, como anacrónica y estéril forma de la inteligencia, como desviación enfermiza de naturalezas histéricas y soñadoras, que consagrando sus vitales energías a inocentes

juegos de palabras y a fantásticas y armeriosas concepciones, ninguna finalidad práctica persiguen para regenerar a la humanidad de las dolencias que actualmente y de intensa manera la afligen y atormentan.

Pero si con serenidad de criterio se juzga y con tranquilo pensamiento, alejado en lo posible de exageraciones extremas, se analiza, hay error evidente en el criterio de los tales y lamentable desconocimiento de las fuerzas sociales de las artes bellas; porque la Poesía, como la más intensa y alta, la más vigorosa y completa de las manifestaciones del Arte, no sólo ha contribuido y contribuye eficaz y poderosamente a educar el sentido moral y estético de las multitudes, sino que cristaliza y conserva en el bloque perdurable de la palabra, mejor que en monumentos de mármoles y bronces, el vivo recuerdo,—siempre fresco y vibrante,—el espíritu inmortal de las ideas y sentimientos que han conmovido a los hombres en las diversas edades de la Historia.

Ninguna de las manifestaciones del Arte, ninguno de los grandiosos monumentos de la Arquitectura, de la Escultura ni de la Pintura,—por mucho que hayan podido flotar sobre la voraginosa corriente de los tiempos,—ha conservado con mayor amplitud que la Poesía, el reflejo de la humanidad y del universo. Porque la Arquitectura, aun en sus más bellas perfecciones, en sus más grandiosos palacios, en sus mayores maravillas, es apenas el producto de la materia transfigurada, y como tal, está sujeta a la inmovilidad y transformación de la materia, y los estados de cultura que refleja, y las formas que realiza, y las ideas que representa son limitadas, monótonas y estrechas en relación con los infinitos aspectos de la naturaleza y de la vida; porque lo mismo pasa con la Escultura, aunque en ella entra ya el pensa-

miento y la forma del hombre en íntimo consorcio con la materia, y el Arte toma en mármoles y bronce mayores expresiones del alma humana; y porque con la Pintura pasa igual cosa, aunque en ella la conjunción del pensamiento con la naturaleza se verifica por medio de la luz y los colores, y el espíritu tiene más ancho espacio para manifestarse; hasta que el hombre entra soberanamente en el templo del Arte y su espíritu se expande en sublimes proporciones, cuando arranca los ritmos y las armonías del Universo, para darles expresión viva en la Música, en la divina combinación de los sonidos, cuyas vibraciones producen tan variadas, tan intensas, tan encantadoras sacudidas de nuestro ser, que nos transporta a las etéreas regiones del ideal y nos hace olvidar, por momentos, la envoltura corpórea que nos aprisiona y nos sujeta al barro y a las miserias de la Tierra.

Y compendiando todas las artes, resumiendo todos sus atributos y sus medios de expresión, en la Poesía encuentra el hombre más vasto campo para expresar, en el molde ideal, incorpóreo de la palabra, con elementos puramente propios, subjetivos, el infinito caudal de sus ideas y el tesoro inagotable de sus sentimientos. Porque la Poesía es eterna como la palabra, como la idea, y no hay poder ni cataclismo que la destruya; porque la Poesía es movable al través del tiempo y del espacio, y se multiplica por medio de la escritura con vertiginosa rapidez, y se trasmite de alma en alma, de pueblo en pueblo, de raza en raza, y por este raro y espiritual poder de multiplicación y de transmisión, se conserva inalterable al través de las edades y de las vicisitudes de los hombres; porque la Poesía es más compleja, más variada, más amplia y más profunda que las otras bellas artes en sus medios de interpretación y de expresión y levanta

como la Arquitectura, en el mundo de la fantasía que le es peculiar, palacios de mágicas y complicadísimas formas, y esculpe mejor que los divinos maestros de la escultura helénica, y pinta con los cambiantes colores de la palabra los cuadros más estupendos que puedan salir de la irisada paleta, y, arrancando y combinando los ritmos de la naturaleza, canta como la música en cantos inmortales, y penetra fácilmente en el alma de las multitudes, purificando sus ideas, dulcificando sus sentimientos, atenuando sus amarguras, refrescando sus ardores o excitando sus pasiones, haciéndoles amable y halagadora la ruda peregrinación de la existencia, y reflejando así la Poesía en la humanidad, de igual manera que se refleja la humanidad en la Poesía.

Y con todas estas excelencias, la Poesía es el arte que mejor abarca el espíritu de la humanidad en sus bregas infatigables, en sus profundos dolores, en sus violentas transiciones, en sus funestos fanatismos, en sus horrendas crueldades, en sus gloriosas conquistas, en sus tremendas caídas, en sus placeres, en sus excelsos apostolados, en sus heroicos martirios y en sus concepciones de la vida y de la muerte, al través de las cuales el hombre viene caminando lentamente, fragorosamente en su interminable ascensión hacia el progreso.

La labor que tales prodigios realiza, que tan alta misión cumple en el mundo, no puede ser mirada con desprecio, aun cuando se la juzgue con criterio esencialmente utilitarista, sino como factor vigoroso del progreso intelectual de las complejas sociedades; y los grandes artistas de la palabra, los grandes poetas, son las avanzadas que, a despecho de la turbanulta de letrados que los combaten y desprecian, marchan a la vanguardia de

la civilización iluminando con las refulgentes antorchas de la inteligencia las tenebrosas oscuridades de la vida.

Es por esto, señores, que, como a la voz de un conjuro, nos hemos congregado en este alcázar regio donde las artes lucen, en soberbio consorcio, todas sus galas, para escuchar de sus propios labios la inspirada palabra de un gran poeta lírico de Colombia, y, por lo mismo, de uno de los grandes poetas de la América Española.

Su alma había venido antes que él a dialogar con nuestras almas, su divino pensamiento había subyugado ya nuestros espíritus, la música inefable de sus estrofas había ya resonado dulcemente en el santuario de nuestras conciencias, guardábamos con cariño, en lugar predilecto de nuestra memoria, el nombre de Julio Flórez; y ahora que su bondad ingénita ha querido regalarnos personalmente con sus cantos, todos venimos, por espontáneo impulso, atraídos por misterioso poder, a cumular con el poeta en este templo, a deleitarnos con las vibrantes revelaciones de su genio, a officiar en sus altares, a levantar reverentes nuestros ojos a las luminosas regiones de la Poesía donde el bardo impera, y a tributarle el homenaje de nuestros entusiasmos en la marejada de los aplausos.

Unos llaman a este artista singular el poeta de la muerte, por sus tótricas invocaciones al eterno descanso de los dolores y pesadumbres de la existencia; otros le llaman el poeta de las melancolías, por la honda tristeza que en sus versos destila; otros le denominan el poeta de los cementerios y de las tumbas, por las frecuentes peregrinaciones que su musa realiza por esos santos lugares del silencio donde la vida terrenal acaba y donde todos tenemos guardados en el regazo de la madre tierra queridos pedazos de nuestros corazones; otros le llaman

el bardo del amor por excelencia, el jilguero eternamente enamorado, el ruiñeñor de las tupidas selvas americanas; y otros, los eruditos, los doctos, le buscarán su correspondiente colocación entre los escogidos del Parnaso, entre los elegidos por Dios para arrancar las armonías que palpitan en los arcanos profundos del universo.

Quédese para la crítica y para la oportunidad, la tarea de buscar al bardo el puesto que le corresponde en el concierto de los artistas, pues en nuestra modesta palabra y en el lenguaje de los entusiasmos, sólo diremos que Julio Flórez es un cantor privilegiado, que habla claro, que piensa alto, que siente hondo y que recorre soberanamente en las cuerdas de su fecunda y armoniosa lira los más variados tonos de la idea y el sentimiento: ya vierte lágrimas de angustia y agonía ante las crueles asechanzas del Destino en sus magistrales "Gotas de Ajenjo", que son síntesis maravillosas del dolor humano; ora, erguido y vigoroso ante las eternas oscuridades de ultratumba, entona valientes salmos de admiración en las sombrías fosas de los suicidas, de aquellos que en horas de hondo quebranto deshojaron sus propias vidas; ya derrama caudales de tremendos desengaños, de crueles excepcionismos, de supremas desesperaciones sostenidas por las "Altas ternuras" del amor filial; ora pinta soberbios espectáculos de la naturaleza, como el "Idilio Eterno" del mar,—monstruo indomable que respira tempestades,—y de la luna,—ave de luz que besa el mar y se remonta al cielo;—ya toma el clarín sonoro de las odas pindáricas para alentar a la juventud en sus gloriosas lomas por la Justicia y el Derecho; ya penetra en la región de los genios, con la antorcha de su robusto pensamiento y se postra de hinojos ante el coloso de la "Leyenda de los Siglos" para entonarle himnos inmortales a su inmortal

recuerdo; ora entra sigilosamente en la enmarañada selva del Paraíso, en el frondoso bosque siempre nuevo y siempre viejo del amor, para sorprender a la Mujer en sus divinos gestos de ternura, en sus deleites y entusiasmos, en sus arrobadores encantos, en sus caprichos, en sus perfidias insondables, en sus excelsas bellezas y en su perenne fraternidad con las estrellas, las mariposas y las flores, y para llevar, después, a sus estrofas la música que vibra en el seno de ese bosque amoroso y en el alma de la diosa enigmática y adorable que en él impera; y al recorrer en su plectro de oro todos esos panoramas de la naturaleza y de la vida, imprime el poder de una brillante imaginación y de un espíritu intensamente delicado, amplio y exquisito, que se levanta por encima de los vulgares apetitos y de los toscos aspectos de la materia, iluminado siempre por la luz de un ideal, y nos transporta en sus anchas alas vaporosas a las etéreas regiones de la Poesía donde Dios nos dulcifica la existencia y nos revela la gloria de los humanos destinos.

Fuera de la ocasión y para mis escasas facultades inabordable tarea sería seguir al Poeta en las variadas manifestaciones y trascendencias estéticas de su fecunda labor lírica; pero tampoco ha menester, porque la crítica más severa le ha extendido amplias credenciales en el mundo del habla castellana, y sus estrofas están consagradas por los más exquisitos y caprichosos gustos, así por la inspiración espontánea y robusta de sus diversas concepciones, como por la diáfana claridad de su verso que, sin extravagantes atavíos, se desliza musical y cristalino, como sonora y límpida corriente de perlas y diamantes, o como lluvia serena y majestuosa de fúlgidas estrellas.

Y para tributar el merecido homenaje que a un poe-

ta como Flórez se le debe, sólo tenemos el simbólico lauro y las expresiones de nuestra sincera admiración, que venimos a rendirle; y aunque él vive en el templo sagrado de la Poesía, haciendo de su arte un apostolado y mirando con desdén a la fortuna, como a pérfida sirena, recibe los más puros besos de la gloria y el más rico tesoro de sus semejantes, presenciando, como va a presenciar ahora, el mayor tributo que puede recibir un artista, al sentir un público ilustrado y escogido pendiente del vuelo de sus versos—que en sus propios labios toman calor, nervio, vida, tonalidades y sonidos,—circundado por multitud de radiantes pupilas de adorables mujeres, como divina constelación de estrellas en torno de un astro refulgente, y atrayendo hacia su personalidad, por medio de los hilos invisibles de la idea, parvadas de claros pensamientos y nobles corazones que se estrechan, se penetran, se confunden con el alma del poeta, como en mística conjunción con una deidad omnipotente y creadora.

Ley de Imprenta

Discurso pronunciado como Diputado al Congreso Constitucional, en la sesión del 28 de junio de 1907, al discutirse la derogatoria de la Ley de Imprenta, emitida el 20 de junio de 1906, a iniciativa del Gobierno del Licenciado don Cleto González Víquez.

Señores Diputados:

La Comisión de Legislación y Constitución, a la cual tengo la honra de pertenecer, al emitir el informe que se discute ha sustentado diversas razones, todas a un mismo fin convergentes: esto es, a reconocer la imperiosa necesidad de derogar la ley de imprenta que nos rige y a dejar en vigencia la de 12 de julio de 1902, tal y como lo solicitó el autor del proyecto. Pero como el dictamen fué emitido en rasgos generales, quiero,—y así respetuosamente del Directorio lo solicito,—que se hagan constar las fundamentales razones que informan mi personal criterio sobre cuestión tan ardua y debatida.

Para poner en evidencia los múltiples defectos que la actual ley de imprenta encierra y la necesidad de derogarla, y a la mayor brevedad,—si es que como nación medianamente civilizada pretendemos que se juzgue a

Costa Rica,—no es preciso entrar en minucioso y detenido análisis de ella, no tanto porque sobre el particular se ha hablado con toda la extensión requerida dentro del recinto del Congreso, como porque a la luz de los más sanos principios, hoy universalmente reconocidos y aceptados como incontrovertibles verdades, dicha ley no resiste el más ligero y superficial examen.

En tesis general diré, que como costarricense no puedo menos que considerar con pesadumbre la existencia de la ley de imprenta que nos rige, porque ella entraña una negación de los fundamentales preceptos de la democracia y de nuestro sistema de Gobierno, al encerrar dentro de sus carcomidas murallas y de sus vejatorios e inconstitucionales procedimientos, la indispensable y amplia sanción y vigilancia que, en país como éste bajo el régimen representativo organizado, la colectividad debe ejercer, por medio de la prensa, sobre los hombres que, como mandatarios de la Nación y no como sus dueños y señores, desempeñan las distintas funciones de la administración del Estado.

La ley vigente representa, en el discurso de nuestra vida nacional, un lamentable retroceso que vuelve sobre los fueros de la libertad de conciencia,—ya que la libertad de palabra no es más que un corolario o una obligada consecuencia de aquélla, o su natural vehículo para la pronta difusión de las ideas,—y que nos conduce, en cuanto a las prácticas civiles y al concepto que de nosotros en el resto del mundo merecemos, a la misma triste condición de los más atrasados pueblos de Hispano América, donde las manifestaciones de la opinión pública están aherrajadas por la voluntad más o menos caprichosa, más o menos tolerante o tiránica de los hombres que gobiernan. En tal virtud, la legislación actual sobre la pren-

sa, no sólo significa una causa de perturbación interna que desquicia y mutila el régimen republicano, sino también una mancha que nos desprestigia en el concepto de los pueblos cultos y libres de la tierra.

Para convencerse de que la ley es sustancialmente mala, que se encamina por senderos intransitables, que viola tanto los preceptos de nuestra Carta fundamental como el medio ambiente moral del pueblo costarricense, y que choca contra superiores costumbres bien arraigadas y erigidas por lo mismo en leyes, basta considerar que ella no se ha cumplido ni se cumplirá, de seguro, en sus alcances paramente individuales y sociales, y que en sus alcances políticos,—con ser ilimitados y dejar a la prensa reducida a su mínima expresión,—sólo en excepcionales y muy contados casos se ha ejercido su rigor punitivo, y esto de una manera prudencial, cuasi furtiva, y causando pública y unánime reprobación.

Claramente se deja ver que una ley que no tiene fundamentos filosóficos dentro del estado de cultura contemporáneo, que está virtualmente desprestigiada en el concepto público y que, por lo mismo, es de aplicación difícil en la práctica, no puede tener en su abono razón alguna que la justifique, aun cuando existieran causas anómalas y transitorias que explicaran su promulgación.

Esa ley fué impuesta por excepcionales circunstancias, como el último fulgor siniestro de la pasada administración, como fatídica herencia del Gobierno de Ascensión Esquivel, después de la profunda y natural agitación provocada por los inusitados acontecimientos que dieron remate a la última campaña electoral, y que pusieron fin a aquel período de mando, dejando al país bajo una situación de inquietudes, asechanzas y zozobras de incalculables perjuicios para su moral y material progre-

so; y si aquellos hechos, que ponen tenebrosas sombras en el curso de nuestra Historia, hubieron de obligar al actual Gobierno a pedir del Poder Legislativo la emisión de la ley que nos ocupa, para poner un dique a los oleajes de la indignación pública, y para procurar al pueblo, por medio de obligado silencio, su normal reposo tan indispensable para gobernar, no hay explicación ninguna satisfactoria para que se conserve en vigencia, cuando ha conseguido ya sus transitorios resultados y cuando, por la acción del tiempo, el país se ha encauzado por los senderos de su pacífica normalidad.

Como costarricense devoto de la libre emisión del pensamiento y del buen nombre de la patria, hube de lamentar muy de veras que Costa Rica, en vez de procurar el progresivo desarrollo de sus instituciones democráticas, se viese impelida por medio de sus hombres de gobierno a darse una ley semejante, antagónica con los fundamentales preceptos de la civilización contemporánea y que contrastaba, por manera elocuente, con la ejemplar actitud y las saludables palabras que, precisamente en el mismo momento histórico, pronunciaba desde la curul presidencial, en un brillante Mensaje, el Primer Magistrado de una de las repúblicas sudamericanas que despierta y se incorpora con grandes energías a la luz de la civilización, después de haber vencido sombrías vicisitudes en el transcurso de su vida independiente.

Dignas de recordar,—siquiera parcialmente,—son las palabras, expresión cumplida de los hechos de su gobierno,—que el mandatario a que me refiero consagró a la prensa:

“Pública manifestación del pensamiento, exteriorización de la conciencia de los individuos y de las colectividades; idea, creencia, sentimiento, arte; arma de com-

bate e instrumento de trabajo; antorcha y tea, en naciones civilizadas y libres, la Prensa no sólo es una fuerza, sino también un poder. Poder moderador de la autoridad, de las costumbres públicas, de las expansiones de la ambición y de los vicios sociales, cuando la honradez y la sabiduría la inspiran, el amor al pueblo es su móvil y el afán de instruir a los semejantes y mantener el comercio de las almas y defender los intereses humanos en todos sus órdenes y bajo todos sus aspectos, el fin y la meta de sus aspiraciones. Protegerla, fortalecerla, oír sus dictámenes, seguir sus consejos, tolerar sus extravíos, es causa de orgullo para los directores de la política, quienes adquieren, así, el justo título de ilustrados y amantes del saber. Nación donde la Prensa calla o está vendida a las sugerencias del Poder, donde el miedo amordaza a los escritores públicos o la intolerante vigilancia oficial cohibe la enunciación del pensamiento, no puede ser nación ilustrada y libre, por más que el aparato de la fuerza y el brillo de la Industria y el Comercio estén atestigüando su grandeza y poderío”.

Hasta aquí el concepto general sobre la prensa de aquel valiente gobernante, pero luego considerando en concreto y por modo extenso la Ley de Imprenta de su país, entre otras cosas decía:

“Soy de opinión, y ojalá conmigo concurríerais en ella, que se debe borrar de nuestros códigos el capítulo de los delitos de imprenta, dejando a la acción individual el derecho de la reparación. Alguien ha dicho, y está en lo justo, que más dañina y terrible es la calumnia que se desliza de oído en oído, que la que se propaga a la luz del sol, por medio de las letras de molde; y según el parecer de un célebre historiador francés, “puede muy bien la imprenta ser ilimitada sin peligro, como que sólo

la verdad es la temible, mientras que lo falso siempre es impotente, y mientras más se exagera más se desgasta y ningún gobierno ha perecido por las mentiras que se dicen de él". Borremos todo lo que tienda a poner cortapisas a la enunciación de la idea o a la expresión de los sentimientos, aun cuando se desborden por el larlo de la licencia, rompan en denuestos o aticen la discordia: si producen un mal en sus mismas entrañas llevan el remedio, que los escritos con escritos se contestan y mentira hecha pública se desvanece con la publicación de la verdad. Y sobre la miseria y escoria de las pasiones, sobre los atentados de la ira y las concupiscencias de las facciones, se levanta algo poderoso y solemne que es como el hálito de Dios en la conciencia humana; el movimiento perenne de los pueblos en busca del Vello de Oro de la Civilización y del Bien".

Las opiniones trascritas, dignas de admiración y encomio si se atiende a que fueron pronunciadas desde las cumbres del poder, por el gobernante de un pueblo hispanoamericano durante mucho tiempo esclavizado bajo el régimen de tiránicos caciques, representan el extremo absolutamente liberal de las modernas tendencias sobre la libertad de imprenta y constituyen el reverso de los retrógrados principios que informan nuestra actual legislación sobre la materia; pero al pedirse ahora la derogatoria de la ley vigente, se ha buscado un término medio conciliatorio, acogándose la ley de 12 de julio de 1902, que es bastante rigurosa para castigar las licencias y abusos de la prensa y para poner un eficaz control a sus avances y extravíos.

La Comisión ha acogido ese término medio, aceptando desde luego el criterio de severa punición para los delitos de injuria y calumnia en el Código Penal deter-

minados y para los que la referida ley de 1902 especialmente establece.

Por los duros preceptos del cuerpo de legislación que se pide en reemplazo del que impera, se castiga con encarcelamiento incommutable y conjuntamente, a los autores de la publicación delictuosa, a los editores responsables del periódico, folleto o libro en que aquélla hubiese aparecido y, en su caso, a los dueños, directores o arrendatarios de la imprenta. Quedan, también, excepcionalmente resguardados, los miembros de los Supremos Poderes, los Ministros diplomáticos y el Obispo Diocesano o Gobernador del Obispado, así como alcanza el grado máximo de la pena de arresto para los autores de escritos subversivos del orden público. Esto amén de las requisitorias para el establecimiento y existencia de los talleres tipográficos, y de las amplias y peligrosas facultades de jueces de conciencia que para fallar se da a los Magistrados.

De donde se infiere que adoptando el criterio de reprimir y castigar severamente los daños que el mal uso de la imprenta pueda causar, quedan por la ley cuya vigencia se invoca suficientemente resguardados los intereses individuales y sociales.

Y ya que, dado el criterio imperante, sería labor estéril, perdida en el vacío, la que se realizara con el propósito de emitir una ley más amplia y liberal que diera mayores garantías a la libre emisión de la palabra, me he refugiado, con el autor del proyecto y mis compañeros de Comisión, en los baluartes de la ley de 1902, profundamente convencido de que no se intenta restablecer una situación de peligro para la seguridad de los ciudadanos, ni del orden social, ni de las autoridades constituidas, sino sustituir sencillamente, por una ley rigurosa,

previsora y de vastos alcances, un cuerpo de legislación que constituye una férrea mordaza y un candado de plata para la publicación de las ideas; que hiere nuestros preceptos constitucionales; que coloca el pensamiento,—soberano pontífice de la humanidad,—en la triste condición de vasallo de las autoridades del orden administrativo; que consagra como divinidades inviolables o como privilegiada cofradía de santos varones, a los hombres que desempeñan las funciones representativas del pueblo y sobre los cuales la prensa en primer término está llamada a ejercer su sagrado ministerio; que desvirtúa y deshonorra el espíritu de nuestras instituciones democráticas, y que se hiergue amenazadora y airada como en tiránico ademán de silencio sobre la conciencia nacional.

Juan Santamaría

Discurso pronunciado en representación del Ateneo de Costa Rica, el 11 de abril de 1913, en la ciudad de Alajuela, ante el monumento del héroe Juan Santamaría, en la peregrinación organizada para conmemorar el aniversario de la batalla de Rivas.

Señores:

El libro sagrado que registra el ceremonial del culto de Costa Rica, encierra, en sus páginas más luminosas, la fecha que hoy respetuosamente consagramos en memoria del 11 de abril de 1856; día de gloria para la Patria, porque hoy desfilan ante los ojos de la memoria, ejércitos de hermanos sacrificados en aras de una idea redentora, porque surge de la eternidad pretérita, el ejemplo inmortal de héroes y de mártires rememorando extraordinarias hazañas, y porque en esta fecha se levantan, ante nuestro pensamiento, las augustas sombras de nuestros mayores, que supieron defender las ideas de libertad que, como lluvia prolífica y bienhechora se extienden por el mundo, y que, con los reducidos elementos intelectuales y materiales de nuestro medio entonces del todo rudimentario, pero armados de energía, de valor,

de abnegación, de indomable entereza y de heroico patriotismo, desafiaron a la muerte lanzándose a los fragores de la guerra, para conservar el opulento tesoro de la independencia y defender la integridad de nuestros territorios y de nuestros derechos de honores libres.

En esta fecha memorable, el pueblo de Costa Rica vuelve los ojos de su gratitud, de su admiración y de su cariño hacia el noble pueblo de Alajuela, que nos dió, en aquella inolvidable campaña, hijos de un arrojo espartano, como el valiente Coronel don Juan Alfaro Ruiz, y de un heroísmo digno de Leónidas, digno de Ricaurte, como el inmortal soldado Juan Santamaría, que, entre las figuras de nuestra historia, es la personificación simbólica de nuestro pueblo, sencillo, humilde, trabajador y pacífico por idiosincrasia, pero resuelto y valeroso cuando llega la hora de peligro para la integridad nacional y cuando va hacia la muerte invocando el dulce nombre de la madre en el momento supremo del redentor sacrificio.

El Ateneo de Costa Rica, que tiene por finalidad constante el alto empeño de mantener en movimiento las energías intelectuales y morales que constituyen el exponente activo del progreso nacional, ha querido participar en este aniversario, para traer a Alajuela, por medio de la palabra del menos idóneo de sus miembros, el homenaje de su simpatía al pueblo alajuelense y el tributo de sus más nobles sentimientos de admiración al soldado que, en el instante de la muerte, subió de la oscuridad de una vida hasta entonces ignorada, a las cumbres de la gloria y a las regiones de la inmortalidad.

Cincuenta y siete años hace que el pueblo de Costa Rica, llevado a los campos de batalla por el espíritu bizarro del egregio Presidente don Juanito Mora, rompió

las cadenas de esclavitud que para Centro América había forjado Walker, el aventurero.

Cincuenta y siete años hace que las fuerzas del negro americano, guarecidas en Rivas, de Nicaragua, fueron vencidas y puestas en fuga por tropas costarricenses.

Cincuenta y siete años hace que los rifieros del filibusterismo, fortificados en los reductos del Mesón de Guerra, cedieron ante el incendio producido por el gran soldado de Alajuela.

Pues bien, señores, en el inmenso panorama de la Historia, aunque la forma de los acontecimientos varíe, aunque los hombres se sustituyan en el decurso de los tiempos y aunque los hechos se presenten con diversidad de matices, suelen renovarse las luchas de la libertad contra la Esclavitud, las batallas del Derecho contra la fuerza, y es benéfica labor de civismo enaltecer la memoria de los héroes, recordar los grandes ejemplos de la abnegación, estimular con el recuerdo de los muertos ilustres, los sentimientos altruistas que reposan en el corazón de los hombres, para que esos sentimientos no se extingan y para que las acciones libertarias no perezcan en el silencio del olvido, sino que perduren con los fulgores resplandecientes de la gratitud de la posteridad.

El hecho que ese soldado de bronce simboliza, es todo un poema de los más bellos sentimientos que atesora el alma de la humanidad.

Los grandes hombres que han pasado a la Historia, lo han sido: unos por el resplandor de su genio en las esferas de las Artes, de la Filosofía y de las Ciencias; otros por la fuerza de una voluntad extraordinaria puesta al servicio de las causas de la libertad y del progreso; otros por el volumen de insignes capacidades y de supe-

riores energías para el gobierno de los hombres, y todos por el desarrollo de la inteligencia y de la voluntad con el auxilio de los grandes factores de la cultura universal.

Pero en el oscuro tambor de Alajuela que hoy glorificamos, no figuran como factores eficientes de su sacrificio sublime, las causas propulsoras de los espíritus cultivados al calor de los grandes factores del progreso. En aquel soldado prevaleció, en los momentos postreros de su vida, un sentimiento ingénito, infinito y sublimado, como las fuerzas infinitas y sublimes de la Naturaleza, como las fuerzas ciclópeas de los volcanes en cólera, de los elementos en tempestad, de las furias desatadas de los mares y de los vientos: el sentimiento de amor a la Patria, latente en el alma de las multitudes, y exaltado cuando a la Patria se amenaza en la majestad de su honra o en la integridad de su suelo.

En el instante en que el soldado Juan Santamaría, respondiendo voluntariamente a la voz de su jefe para tomar la antorcha que había de consumir por las llamas el Mesón de Guerra donde los cazadores bucaneros se guarecían, encaminó resueltamente sus pasos a realizar la proeza increíble, dos visiones se alzaron seguramente en su pensamiento de héroe: el misterio pavoroso, el espectro cercano de la muerte, y la imagen querida de la Patria. Y aunque también brilló en su frente el recuerdo de su madre, y en los instantes decisivos vibró en su corazón, con resonancias de altísima ternura, el sentimiento del amor filial, el amor de la Patria,—que abarca todos los amores—prevaleció en su espíritu, y con la hirsuta cabellera desgredada, la mirada fulgurante de satisfacción, la sonrisa del héroe en los labios, abierto su pecho varonil a las seguras balas del avezado enemigo, con el arma al brazo y la tea en alto, va el tambor, va el solda-

do, va el Erizo, a entregarse a la muerte para salvar a la Patria, el fuego responde a su heroísmo y las llamas se alzan con reverberaciones de aurora, y al caer en el polvo, herido, mutilado, agonizante, pasa los dinteles del infinito, la gloria pone un beso de luz sobre su frente y entra radiante en el cielo de la inmortalidad.

El sentimiento de amor a la Patria es el que prevalece en la hazaña de Juan Santamaría y el que, para ejemplo de las generaciones, está encarnado en el bronce. Y aunque ciertas tendencias avanzadas de la modernidad califican el culto de los héroes como degeneración psicológica de los pueblos y como apoteosis de la barbarie que entraña la guerra y el exterminio de nuestros semejantes, debemos convenir en que el culto de los héroes puede ser funesto para la humanidad cuando las proezas que se glorifican se realizaron en guerras de conquista o para avasallar pueblos, pero nunca puede serlo en las luchas por la libertad, cuando los héroes son el exponente más alto de una raza que pugna por la autonomía y de una Patria que combate por sus atributos soberanos.

Mientras la humanidad permanezca organizada como hoy se encuentra, mientras los hombres vivan en parcialidades autónomas independientemente constituidas y gobernadas, el amor de la Patria tiene que subsistir abarcando, como decía Lamartine, los sentimientos más profundos, más intensos, más grandes que Dios ha colocado en el corazón humano: amor de sí mismo y defensa del sagrado derecho que tiene todo hombre al venir al mundo, a disfrutar su parte de sol sobre la tierra; amor de la familia, que es la patria pequeña circunscrita en torno de los hijos; amor de padre, de madre, de abuelos, de aquellos de quienes se ha recibido la vida, la ternura, el idílico, los cuidados, la herencia material o inmaterial al venir a ocupar el

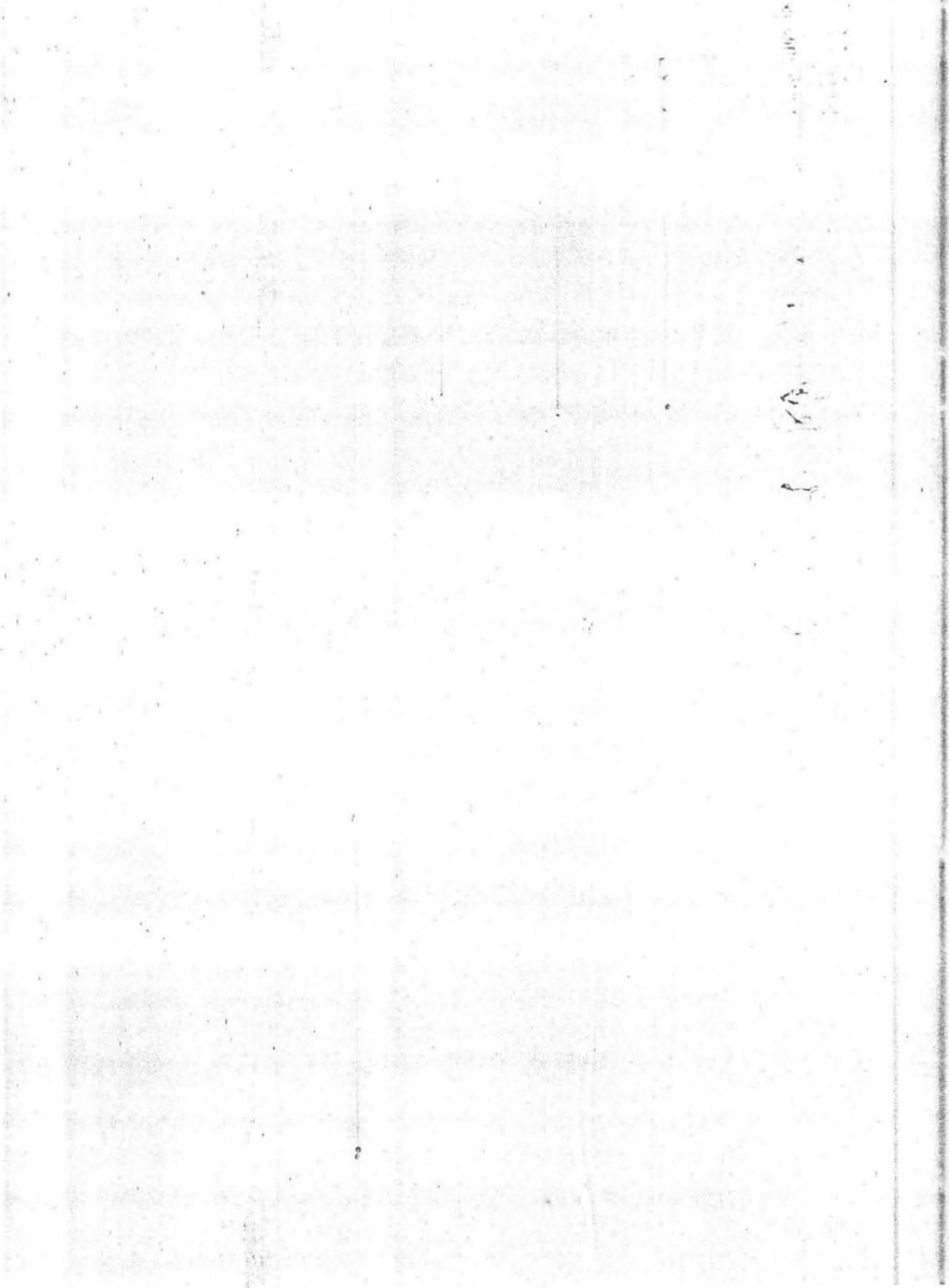
lugar que nos prepararon junto a ellos o después de ellos en la tierra; amor de esposa a quien nuestro brazo debe proteger en su debilidad; amor de los hijos, en quienes vivimos por la perpetuidad de la sangre, y a los que debemos dejar, aún a costa de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independencia, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independencia, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra raza: amor a la propiedad, instinto conservador de la especie que da a cada hombre su pedazo de la misma tierra de que está formado; amor del cielo, del aire, del mar, de las montañas, de los horizontes, de los climas crudos o dulces en que hemos nacido y por hábito han llegado a formar parte de nosotros mismos; necesidades encantadoras de nuestra alma, de nuestros ojos, de nuestros sentidos; cariño a las costumbres, al idioma, a las leyes que nos han sujetado desde la cuna, las cuales podemos modificar libremente con nuestras propias luces y nuestra voluntad nacional, pero de las cuales no debemos consentir que se nos despoje por la violencia de ejércitos extraños, porque la civilización misma, impuesta por la fuerza, es una esclavitud, y la primera condición requerida para que un progreso social sea aceptado por un pueblo, es que el pueblo tenga libertad de reclamarlo en el perfecto disfrute de su soberanía.

Todos esos preciosos sentimientos que enaltecen, dignifican y alegran la vida, son los que prevalecen con avasalladora intensidad en el alma de los héroes, y precisamente lo que mueve la gratitud de los hombres, lo que causa la admiración de los pueblos, lo que se consagra con religioso fervor, es la abnegación profunda, llevada al grado del sacrificio, de quien se lanza re-

sueltamente a la muerte y pierde el disfrute de los nobles sentimientos que hacen amable y querida la existencia, para que de ellos puedan seguir gozando los hermanos sobrevivientes y las generaciones sucesivas de la Patria.

La hazaña del humilde tambor de Alajuela pertenece a la categoría de esas proezas legendarias que los pueblos no pueden olvidar y que figuran como puntos culminantes en la Historia de las naciones; y aunque la nuestra sea pequeña y la campaña contra el filibustero no revista las proporciones de las guerras que han conmovido al Viejo Continente, los móviles que la inspiraron son los más dignos de recordarse y los que mayor justificación tienen ante el mundo, el valor desplegado dentro del ambiente rudimentario en que entonces nos movíamos, da a los hechos de nuestras armas las proporciones de las helénicas epopeyas y coloca a Juan Santamaría en el reducido número de los héroes que, como los cometas, pasan en interminables períodos por el cielo de la Historia.

El reflejo de esta gloria imperecedera está en las músicas marciales, en los himnos de los niños, en el docrine de las bellas mujeres de esta tierra, en el regocijo popular que hoy impera al pie del monumento del soldado, que a nuestros ojos se agranda y que para que luciera realmente la magnitud de su heroísmo, debiera estar sobre inmenso pedestal en la cumbre más alta de Alajuela, en el picacho del hirviente volcán de Poás, que con sus estremecimientos de cíclope nos revela de continuo el poder sublime de la Naturaleza, perennemente azotada por las tempestades del viento y acariciada por el plumón de las nubes que peregrinan por el cielo, iluminando desde su atalaya, con la tea libertadora y con la fuerza moral de su ejemplo resplandeciente, toda la extensión de Costa Rica.



José María Castro

Discurso pronunciado en representación del Poder Ejecutivo como Ministro de Gobernación, en el Cementerio General, en la ceremonia oficial celebrada el 1º de setiembre de 1918, fecha del primer centenario del natalicio del Benemérito General Doctor don José María Castro.

Señores:

La mañana del 7 de abril de 1892, las campanas sagradas tocaban a muerto, la patria enlutaba su bandera y un inmenso a la par que brillante cortejo, en el cual figuraban, como en el que hoy se congrega ante esta tumba, los miembros de los Supremos Poderes de la República, el Cuerpo Diplomático y Consular, el Estado Mayor del Ejército, los alumnos y profesores de las escuelas de la capital;—los hombres del presente y los hombres del porvenir, encarnación del alma nacional,—vino, con unción religiosa y con hondos sentimientos de pesadumbre, a este mismo recinto sagrado en que ahora nos congregamos y a la vera de esta misma tumba, a depositar en el seno de nuestra madre tierra, los restos mortales del Benemérito General Doctor don José María Castro, prócer ilustre que, por largo período de

nuestra Historia, había alumbrado con las refulgencias de su espíritu, la conciencia nacional; que había militado, con voluntad infatigable, en el campo de la política, en diversas posiciones, en los más altos destinos y por dos períodos como Primer Magistrado de la República; que en la legislación costarricense había puesto los brotes de su preclara inteligencia y en los estrados del Foro había bregado con serena sabiduría y con singulares atributos; que había consagrado buena parte de sus vigorosas energías a la obra de la enseñanza pública; y que, después de una vida turbulenta, luminosa y fecunda—como la vida de todos los grandes ungidos por la Historia—entraba gloriosamente en el misterio de la eternidad.

Entonces rompió el silencio de muerte del campo-santo, con la voz del cañón y los fúnebres acentos del Duelo de la Patria, la palabra fulgurante del más fulgurante de los espíritus que han iluminado la vida de la República, el verbo radioso del más ilustre y querido de nuestros grandes hombres, Licenciado don Mauro Fernández, a quien la patria agradecida erigirá en breve un monumento de simbólicas remembranzas.

El Licenciado don Mauro Fernández, en el apogeo de su robusta mentalidad y en el esplendor de su radiosa existencia, vino, aquel día, a rendir en este mismo albergue solitario, el postrer homenaje al Doctor don José María Castro, entonándole un canto de gloria, enumerando sus eminentes servicios prestados a Costa Rica y consagrándolo definitivamente a la posteridad; y ante aquel cortejo en que estaban representadas todas las fuerzas vivas de la República, decía:

“En derredor de los restos mortales del que en vida fué Doctor don José María Castro y Madriz, vemos

agrupados a los representantes de todos los intereses de la patria, testimonio elocuente, prueba magnífica de que el ilustre Repúblico de quien en esta hora suprema nos despedimos, cuenta en todas las esferas de la sociedad con admiradores de su talento y de sus grandes virtudes cívicas El nombre del Doctor don José María Castro y Madriz resplandece en las páginas de la Historia Patria".

Y en este mismo refugio de la muerte y ante aquel cortejo funeral, otra voz justiciera decía:

"Costarricenses: enjugad vuestras lágrimas, que para recibir al Doctor Castro están tocando a gloria en el templo de los Inmortales".

El tiempo, desde entonces, ha discurrido un cuarto de siglo; los despojos de aquel ilustre varón, acaso son fragmentos de la tierra que le sirvió de lecho eterno; pero al través del tiempo, al cumplirse el primer centenario de su natalicio, sus obras perduran como los puentes de granito que uncieron las montañas durante sus dos Administraciones gubernativas, y la historia de su vida se presenta cada día con más firmes relieves a la admiración de la posteridad.

La vida del Doctor Castro fué tan prolífica como singular. Pocos de nuestros hombres de Estado han abrigado más altos propósitos, ni una inteligencia más preclara, ni una ilustración más consistente, ni una palabra más brillante, palabra de gran tribuno; y sin embargo, tal vez ninguno de nuestros hombres de Estado ha sido más rudamente combatido por las intransigencias del sectarismo militante.

El Doctor Castro nació en honorable hogar, en esta capital, hoy hace cien años,—ayer en la eternidad y sucesión de los siglos;—recibió en su niñez esmerada educación, y en su juventud ilustró su inteligencia en las

fuentes del Derecho, haciendo sus estudios en la histórica Universidad de León de Nicaragua.

Al llegar con su toga de jurisconsulto a Costa Rica, hizo luminosa carrera como Auditor General de Guerra; como representante del pueblo y esclarecido legislador en el Parlamento y en Asambleas Constituyentes; como Magistrado en la Corte Suprema de Justicia; como Rector de la Universidad de Santo Tomás, que a iniciativa suya se fundara durante la Administración de don José María Alfaro; como Ministro Diplomático en delicadas y trascendentales misiones y en instantes difíciles para Costa Rica y Centro América; como Ministro de Estado en varios históricos momentos y con o Presidente de la República en dos períodos constitucionales alternos.

Tomó gran ingerencia en la organización de la entonces rudimentaria enseñanza nacional; y, entre otras de sus grandes iniciativas, se recuerda el establecimiento, por decreto de su Gobierno, del primer liceo general para la educación de la mujer, y la fundación de la primera academia de dibujo y de pintura en 1847. Participó eficientemente, como Presidente del Congreso, en la elaboración del Reglamento de Justicia de 1845, y como Presidente de la República en la emisión de la ley hipotecaria que tantos beneficios ha reportado a Costa Rica, y en las Ordenanzas Municipales de 1847, de donde arranca el mecanismo y organización de nuestros gobiernos cantonales, eminentemente democráticos. Bajo su égida se dictó la Constitución Política de 1848 y se concedió al Estado de Costa Rica el título de República independiente y soberana, dándole representación internacional en la Magna Civitas y estableciendo diplomáticas relaciones con los países más civilizados de la tierra.

Fundó la primera institución de crédito con la de-

nominación de Banco Nacional y fue el precursor de la idea del ferrocarril interoceánico que tantos beneficios le ha brindado y está llamado a brindarle en el porvenir a Costa Rica.

Mereció sucesivamente del Poder Legislativo, los títulos de General de División, de Benemérito de la Patria, y de Fundador de la República de Costa Rica, y la condecoración de una medalla de oro con las armas del Estado; y fueron muchas sus obras que se escapan a mi recuerdo y cuya enumeración no podría caber en el pequeño marco de mi discurso.

Y sin embargo, señores, con ser una inteligencia superior, un espíritu selecto y cultivado, una voluntad inspirada en los más altos, más firmes y más patrióticos propósitos, y con haber realizado obras de vasta cultura y de efectivo progreso para Costa Rica, nunca se desencadenaron contra un Gobernante costarricense tantas tempestades, ni períodos más turbulentos hubo en nuestra historia, que las dos administraciones del Benemérito General Doctor don José María Castro, combatidas a sangre y fuego por sus ardientes adversarios.

El mismo Doctor Castro, en su primer año de su primera administración, en su proclama del 7 de mayo de 1848, después de debelar la sexta revolución que contra su Gobierno se fraguaba, decía con viriles a la vez que dolorosas entonaciones:

“ . . . Se advierte que seis conjuraciones han tenido aquí lugar en el corto período de siete meses, pero ni la pena capital, ni muchas de las fuertes depresiones que en tales casos se ejecutan en todo el mundo, se han visto aplicar aún. El que obra de esta manera, compatriotas, no es vuestro tirano, es un padre tierno que se lamenta

de los extravíos de sus hijos, que cuando puede perdona y cuando no, con piedad y hondo dolor castiga. . . .”.

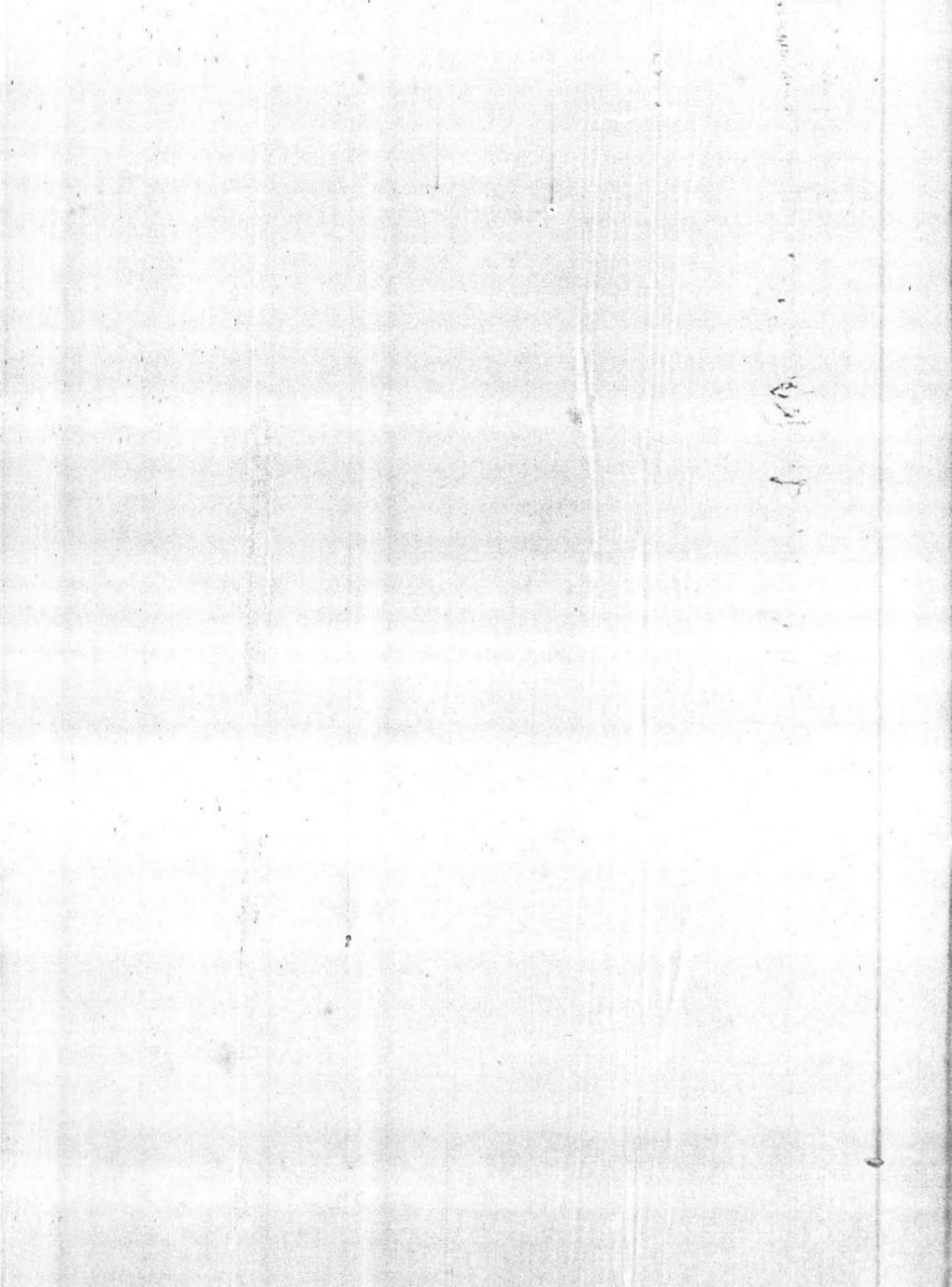
“El día del convencimiento parece que ha llegado: la voz penetrante del dolor se acata; ocho meses de zozobras, de desconfianzas y de saña hablan y conmueven: calma la agitación: el sol de la concordia brilla y Costa Rica se une y regenera”.

Pero la hidra de la discordia, que según la propia expresión del Doctor Castro, había asomado su cabeza horrible, siguió agitándose con furor implacable contra aquel Gobernante ilustre; y en psicológicos momentos de cansancio o decepción, dimitió ante el Congreso Nacional, el 6 de noviembre de 1849, el destino de Mandatario que sus conciudadanos le habían confiado, dejando trunca, por su propia voluntad, la primera de sus gloriosas administraciones; como quedó trunca su segunda administración, el 1º de noviembre de 1858, por obra de una conjuración armada.

Pero si las rivalidades lugareñas y las pasiones políticas del momento, obstruyeron la corriente serena de los períodos de gobierno del Doctor Castro, que quizá pudieron ser, en el reposo de la normalidad, más prolíficos, más benéficos para el progreso de la familia costarricense, la posteridad, que apaga los siniestros fulgores de todas las pasiones y que observa y analiza con la mirada tranquila y radiosa de la verdad, hace justicia a sus relevantes méritos y le proclama como uno de los hombres representativos, que por manera vigorosa han contribuido a impulsar las corrientes del progreso y de la cultura nacionales; y la posteridad ha de seguir exaltando las virtudes de aquel varón esclarecido, que según las elocuentes palabras del Doctor Antonio Zambrana, pronunciadas en este mismo cementerio en el acto

de darle sepultura, fué no sólo Caballero de la Legión de Honor de la Francia, sino Caballero de la Legión de Honor de Costa Rica, de la Legión de Honor de la América, de la Legión de Honor de la Humanidad.

Y en esta fecha centenaria, el Poder Ejecutivo, al que por razón de mi destino tengo la honra de representar, ha creído de su deber rendir el homenaje de su respetuosa admiración a quien tan digno es de la gratitud nacional, trayendo las flores del recuerdo a esta tumba simbólica, que guarda sagrados restos para la patria, y que, desde los melancólicos parajes de la ciudad de los muertos, ilumina con fulgores resplandecientes los horizontes de la Historia.



La unión de Centro América

Discurso pronunciado como Delegado del Comité General del Estado de Costa Rica, en la asamblea patriótica verificada en el Teatro Municipal de Alajuela el 15 de mayo de 1921, en homenaje a la Legación de Guatemala.

Señor Ministro:

Señores:

En los primeros días del año que va corriendo, después de una faena de superior mentalidad y de amplio y generoso patriotismo en el seno del pequeño Areópago de ilustres representantes de Centro América que coordinaron en sabias deliberaciones el tratado de reconstrucción de la Patria Grande, que ahora en los Estados signatarios se tramita, uno de los hidalgos diplomáticos guatemaltecos, el Licenciado don Carlos Salazar, personalidad preciosa por los finos quilates de su vigoroso intelecto, por el brillo de su magistral pensamiento, por su ática cultura propia de un sabio del siglo de Pericles o de un filósofo de Lutecia del siglo del Rey Sol, gran estadista y gentil caballero, decía a los costarricenses en bellas frases de despedida, en vísperas de volver

a Guatemala, las siguientes palabras, dignas de grabarse por el buril de un artífice con letras de oro en el plinto de los dos simbólicos monumentos de nuestras épicas glorias libertarias:

"Allá, en nuestras florestas del Norte está vuestra casa, porque es vuestra patria muy amada en donde encontraréis abiertos los brazos para estrecharos fraternalmente, en la seguridad de que si os faltaren los besos de vuestros hijos, vuestro corazón no sufrirá jamás las crueles mordeduras de la nostalgia.

"Quedan aquí dos centinelas avanzados de nuestra causa: uno en el Parque Nacional consagrado a la gloria de la Patria Común, y en él, las cinco hermanas están pregonando la existencia de vínculos indestructibles, cualesquiera que fueren los extravíos de los hombres que no ven.

"Otro está en Alajuela: es la estatua de Juan Santamaría, para perdurar en bronce inmortal el sacrificio cruento con que el héroe quiso fundar la más legítima gloria de Costa Rica en holocausto a la integridad de Centro América.

"Esos broncees hablan al alma nacional; le dirán que ha llegado la hora suprema; que hemos entrado en el centenario de la independencia, y que el único modo de celebrar dignamente tan magno suceso de nuestra historia es la fusión de los pueblos en uno solo, para saludar la aurora de la segunda centuria de nuestra existencia autonómica, con la realización de la unidad, que será la vida de Centro América".

Miel hiblea, señores, son esas palabras, miel hiblea del sentimiento centroamericano que arraiga en el corazón del pueblo de Guatemala, y trompa épica que pregonan con la elocuencia de los hechos del soldado de Alajuela

en la guerra contra el bucanero invasor de Nicaragua, la congénita, la necesaria, la imprescindible solidaridad de Costa Rica con los históricos, similares destinos de las hermanas Republicas de Centro América.

Pocos días después, Costa Rica se ve sacudida, súbita, inesperada, improvisadamente, por la tormenta de un conflicto bélico con la vecina República de Panamá, en viejo reclamo de su integridad territorial; en el fragor del histórico momento vibra el sentimiento patriótico en el corazón de todos los costarricenses con entusiasmos legendarios; y batallones y regimientos desfilan para los campos del deber y de la muerte entonando los cantos del combate y de la vida.

Sin prepararnos para la guerra, provocamos la guerra. Nos salva nuestro derecho que es radiante como el Sol, nos ampara la Justicia, que es divina deidad.

La jornada puede ser corta, larga puede ser la refriega. Nadie lo sabe fijamente cuando a lo inescrutable del porvenir y a los fragores del combate aventuramos los destinos nacionales.

Redoblan atambores, suenan los clarines, brillan a la luz de nuestra causa espadas y ballonetes; flamean al viento, como gigantescas mariposas fantásticas, los colores de las banderas, en cuyos pliegues vibran besos de amor y dulces palabras de despedida; las bandas saturan el ambiente de sonoras músicas marciales y encienden el coraje de nuestros improvisados ejércitos.

Una angustia patriótica embarga los espíritus reflexivos, porque si la lucha se prolonga los instrumentos fatales de la muerte pueden faltarnos para arrojar la metralla, con la cólera de nuestros soldados, a los campos enemigos.

Hay ansiedad, hay tortura en las almas que piensan,

porque al espíritu indomable de nuestro ejército puede faltarle, si no le falta ya, la técnica directriz y materiales elementos; y malograrse puede nuestra causa resplandeciente de Justicia y ser estéril el cruento sacrificio de los héroes.

Pero esta angustia, esta ansiedad, esta zozobra duran instantes, porque el ruido de la tempestad ha llegado a nuestros hermanos de Centro América, que ven en la de Costa Rica su propia integridad, que oyen el estruendo de nuestros aprestos marciales, y se incorporan para defender la patria grande, la patria única, la patria esplendorosa que llevan ya arraigada en su corazón y que se refleja en el espejo de su pensamiento; y hacen suya nuestra causa, y Guatemala, El Salvador y Honduras nos ofrecen cuanto tienen y pueden ofrecernos para la guerra. Nuestra imprevisión está salvada: si llega presto el auxilio de nuestros hermanos. Y esos auxilios vienen para el combate. Guatemala, la más grande, la más fuerte, la mayor de nuestras hermanas, nos envía sin demora lo que de momento le pedimos; por espontáneo impulso alista sus ejércitos para que vengan, en holocausto patriótico, a derramar su sangre con la nuestra que ha de confundirse para fecundar en tierra de Costa Rica la causa de Centro América. Y nos mandan sus heraldos, heraldos del ejército y heraldos de la diplomacia, para dirigir y encarrilar sus bélicos aprestos.

El mundo sabe entonces que Centro América está unida, y esta fuerza moral ante el mundo gravita en los centros de la diplomacia norteamericana donde los destinos de Panamá se controlan y donde se instaura la querrela de Costa Rica, y es fuerza que bonifica y abona la Justicia de nuestra causa.

Pronta, súbitamente, como fué iniciada se apaga la

tempestad guerrera; y cuando todavía resuenan los últimos himnos marciales, llegan a nuestras playas los selectos representantes de Guatemala.

Pendiente está todavía la reintegración del territorio costarricense ocupado por Panamá y aún no sabemos cuándo efectivamente pueda efectuarse, pero sí sabemos hoy que la unión Centroamericana,—bella idealidad para quienes a ella son refractarios,—ha sido una vez más confirmada por la elocuente realidad de los hechos, ya al revelar su imperiosa necesidad y su improrrogable urgencia para robustecer nuestras individuales flaquezas y para ensanchar por manera sensible y respetable nuestra diminuta estatura ante los signos de los tiempos y las nuevas corrientes del mundo; ya al poner en evidencia la efectiva solidaridad de los brazos y de los corazones, en horas de tormenta, de angustia y de peligro, cuando las furias del odio se desatan y las bestias del Apocalipsis siembran el estrago entre enemigos, que son los momentos propicios en que, por la ley de contrastes y armonías que rige el universo, se intensifican los sentimientos del amor, de la fraternidad y la concordia entre los hombres y los pueblos hermanos.

Los gentiles caballeros que trajeron a Costa Rica el anuncio de guerra y el fraterno mensaje del pueblo de Guatemala, vienen hoy a la ciudad de Alajuela, donde permanece de pie, con su antorcha refulgente, el centinela avanzado de la causa centroamericana, la estatua de Juan Santamaría, que como lo dijo brillantemente el señor Salazar, perdura en bronce inmortal el sacrificio cruento con que el héroe quiso fundar la más legítima gloria de Costa Rica en holocausto a la integridad de Centro América.

Y si el meritisimo representante de Guatemala y sus dignos compañeros de misión, encuentran incommovible en su bronce perdurable, la efigie del héroe de Rivas, que con la tea en alto va impertérrito al sacrificio invocando al entrar estoicamente en las regiones de la muerte el sedante nombre de la madre, también encuentra erigidos, inspirándose en el edificante ejemplo del soldado, a los fulgores resplandecientes de la antorcha que jamás se apaga en los ámbitos de Centro América, a los siempre francos, altivos y valientes hijos de Alajuela, dignos descendientes del Erizo, que hoy se congregan para rendir fraternal homenaje de gratitud y de respeto a sus ilustres huéspedes, que con la amable representación de Guatemala trajeron en la hora del conflicto el mensaje de solidaridad con Costa Rica, y para hacer protesta de adhesión a los ideales que han vivido latentes en gestación progresiva, y que hoy alientan, fortalecen y conmueven en sacudidas de salvación de sus propios errores y de cada vez más próximos y ahogadores peligros, el alma atribulada de los pueblos de Centro América.

Este pueblo viril y resuelto de Alajuela siempre ha sido vènero fecundo para el brote y crecimiento de las nobles causas y de los ideales progresistas, y hoy como ayer y como siempre ha de ser avanzada convencida y gloriosa de Costa Rica que rompa con el vigor de sus patrióticos entusiasmos centroamericanos, la muralla de los pesimismos enfermizos, de las anestésicas indiferencias y de las calculadas oposiciones lugareñas, en este intento formal y acaso definitivo por la unidad de Centro América, ya que por confirmación evidente de la Historia, según palabras del poeta, basta un rayo de luz para romper inmensas moles de tiniebla y un átomo de la verdad, como un grano de dinamita, para desbaratar mon-

tañas de resistencia de los errores y los egoísmos tradicionales.

La idea de la Unión Centroamericana tiene hoy más que nunca, en la nueva evolución universal que se presenta después de la guerra de las naciones, dos básicos propósitos que en uno solo se confunden: La necesidad de la compenetración de intereses por un poder central regulador, para formar un organismo potencial más grande, más fuerte, más ordenado y trascendente en todas sus manifestaciones funcionales internas, que al compenetrar riquezas, productos y corrientes étnicas de todos y cada uno de los actuales conglomerados políticos del istmo, corrija y nulifique y haga imposibles los vicios y defectos de la vida política y administrativa de estos pequeños y débiles organismos, defectos y vicios que en la pequeñez y debilidad tienen origen, y que han constituido en un siglo de vida independiente y disgregada, la rémora efectiva para una estable y seria organización y para el desenvolvimiento armónico de sus elementos de riqueza, de cultura y de progreso. Y la compacta compenetración de esas fuerzas para las funciones internacionales de un organismo más respetable por más grande y mejor constituido, de manera de formar entidad semejante y paralela a las que integran con personería propia el concierto de las naciones Ibero-Americanas, para el ejercicio de la defensa común y para el más amplio desarrollo de sus soberanos destinos.

Como estos altos propósitos son indiscutibles a la luz de la verdad y de la observación de la Historia Contemporánea, los adversarios de la causa centroamericana, —que lo son como hijos legítimos de nuestra raquílica estatura nacional, por defensa de sus preponderancias individuales que serían diluías, aquilataadas y neutrali-

zadas en entidad política potente y de vastas proporciones,—arguyen que debe ser previa la compenetración y uniformidad de los intereses sociales y materiales para que sea viable y eficaz la unión que se realice. Pensar así es aplazar indefinida y vergonzantemente la resolución del problema, oponiéndose a las repetidas enseñanzas de la Historia.

Por haber esperado para realizar la unidad de Centro América, la previa vinculación de intereses materiales por ferrocarriles, vapores y vías rápidas de comunicación y la unidad de enseñanzas, monedas y legislación,—como lo quiere el hábil sofisma de los encubiertos adversarios,—hemos pasado ya el primer siglo de nuestra vida independiente, desangrándonos en luchas pasionales y fratricidas, debilitándonos por la posesión de cinco gobiernos soberanos, causa de hondas rencillas y de ruinosos peculados, desacreditándonos cada vez más ante el mundo, retardando el sereno desenvolvimiento del progreso y abriendo amplios cauces a las parciales invasiones de las fuentes de la riqueza y al avasallamiento continuo y ascendente de la soberanía nacional.

Las más grandes y poderosas naciones de la América, surgidas en un mismo momento histórico a la vida independiente, se organizaron en cuerpos políticos de vastas extensiones territoriales, y por la propia necesidad vital de esos poderes en la evolución de sus funciones integrales, han llevado a sus diversos componentes el desarrollo de sus rápidas comunicaciones y el armónico desenvolvimiento de todos sus elementos de vida.

Los Estados Unidos, la Nación que asombra al mundo por la intensidad de su vertiginoso crecimiento, se constituyó al nacer en una República federada, de diversidad de Estados extensos y distantes, y después se

ha engrandecido por yuxtaposición de territorios agregados a la entidad central primitiva.

Si bien la raza anglosajona que en su origen integraba aquella sección del Continente, fué uno de los factores eficientes de su colosal crecimiento, puede asegurarse sin incurrir en error, que aquellos Estados nunca habrían alcanzado el fabuloso desarrollo que hoy tienen, si se constituyesen separadamente y carecen de la fuerza centrífuga formidable del Gobierno Federal y de la representación potencial de tal Gobierno en sus influencias, gestiones y luchas internacionales.

La Argentina, Chile, Brasil, Uruguay, México y demás grandes repúblicas Hispano Americanas, algunas de proporciones territoriales inmensas y de componentes nacionales mucho más heterogéneos y divergentes que los de Centro América, fueron también desde su origen independiente, grandes unidades políticas y después de pasar por más o menos intensas y prolongadas luchas de gestación, inherentes a todos los organismos sociales rudimentarios, son hoy repúblicas que van perfeccionando, o han normalizado del todo su vida interna, girando en derredor de gobiernos centrales, formando gradualmente la red de sus indispensables vinculaciones y mereciendo ya el respeto y la atención de todas las naciones del mundo.

No hay, en consecuencia, fundamentos ciertos para que Centro América quede fuera de la ley orgánica y evolutiva de todas las Repúblicas del Continente Americano.

Fuimos una sola entidad en la Colonia, tuvimos 300 años de vida supeditada a los monarcas españoles y formamos largo tiempo una sola dependencia colonial, la Capitanía General de Guatemala; con las mismas leyes

nos gobernaron nuestros conquistadores y las mismas instituciones nos rigieron a raíz de la independencia: ocupamos un solo cuerpo territorial en la garganta del Nuevo Continente, entre las dos Américas, frente al Asia, el mundo de la civilización antigua y frente a Europa, el mundo de la hegemonía contemporánea; entre los dos océanos inconmensurables, en posición más ventajosa que lo estuvieron en sus épocas de poderío Cartago, Alejandría, Fenicia, Génova y Venecia: la misma lengua comunica nuestros pensamientos y las mismas religiones nos ligan a lo Ignoto y a lo Eterno; y sin embargo con tantos dones comunes de la naturaleza y con tantos puntos de afinidad y de contacto, las ambiciones y rencillas lugareñas fermentadas en el caos de nuestra ignorancia rudimentaria, han sido más fuertes que la razón y la conveniencia de los pueblos, para romper esa unidad que la naturaleza y la historia de consuno nos legaron, y formar cinco Repúblicas de Andorra y de San Marino, condenadas al desdén y a la humillación de los grandes y a perecer en la impotencia y en la absorción de nuestras riquezas prodigiosas y de nuestros atributos soberanos.

Pero el pueblo de Centro América, al llegar al centenario de su independencia, ha practicado su examen de conciencia, ha escudriñado, si no ha presentido, la causa verdadera de sus desventuras, reconociendo sus lamentables errores del pasado, y en el sacudimiento universal producido por la reciente catástrofe europea, ha examinado los gérmenes de estancamiento y destrucción que lleva en su propio seno, y los peligros de vasallaje que a pasos seguros se aproximan; y busca en una fuerza mayor y en una mejor organización y en la amalgama de sus elementos afines y consanguíneos hoy disgregados, los medios eficientes de reacción para salvarse y entrar en

una existencia más firme, encaminada a mejores y más altos destinos.

En agosto de 1869, después de la batalla de Nagrote, villorio de Nicaragua, el General Máximo Jerez, caudillo involvible de la redención de Centro América, había dispuesto, de acuerdo con su esclarecido Jefe el General Cabañas, abandonar la lucha, y excitado para continuarla por algunos indomables apóstoles del unionismo, respondió sus históricas palabras: "He preguntado al pueblo de Centro América, con el estampido del cañón: ¿Qué hora es? y me ha contestado:—Es media noche.—Durmanos mientras amanezca".

El General Jerez durmió para siempre el sueño de la eternidad y de la gloria, pero sus ideales morazánicos quedaron flotando en gestación redentora hasta penetrar en el espíritu de los pueblos centroamericanos y traducirse, medio siglo después, en ardientes ansias de inmediatas realidades.

Y los pueblos de Guatemala, El Salvador y Honduras reclamando urgentemente a sus gobiernos la reconstrucción de la Patria primitiva, han enviado a Costa Rica sus mensajeros de concordia para solicitar nuestro concurso en la magna empresa centroamericana, haciéndonos no ya con el rugido del cañón, sino con palabras de paz, de amor y de armonía, la misma histórica pregunta:

—¿Qué hora es?

Y Costa Rica, cerrando hoy sus oídos a las pérfidas insinuaciones de egoísmo lugareño, y con plena conciencia de sus altos destinos, en vez de romper vínculos sagrados y aislarse, ahora ya para siempre, del concierto centroamericano, habrá de contestar resuelta, dignamente, a sus interlocutores:

—Ya pasó en nuestra conciencia la hora de la media noche, en que los ojos del pensamiento se cerraron a la luz de un porvenir de hermosas realidades. Y en los anales de nuestra Historia la aurora de un nuevo día alumbró nuestra conciencia con los bellos resplandores del ideal centroamericano, en las regiones de una vida fecunda, y siguiendo el sabio consejo del profesor de idealismo uruguayo, marchamos con nuestros hermanos al encuentro del futuro, vibrantes con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones del Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Ricardo Jiménez y el Viejismo Político

Discurso pronunciado en reunión popular del Partido Republicano Nacional, el 15 de agosto de 1931.

Señores:

En el debate electoral en que estamos empeñados los costarricenses para elegir al ciudadano que debe regir los destinos nacionales, como Presidente de la República, en el próximo período constitucional de 1932 a 1936, la figura prócera del Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, candidato del Partido Republicano Nacional, se destaca rodeada de prestigios singulares, atrayendo, en forma espontánea y efusiva, la adhesión de las multitudes ciudadanas de las diversas esferas sociales, que ponen en torno le su egregia personalidad el fervor de la más sincera devoción y de la más absoluta confianza, al proclamarle una vez más, como a su genuino mandatario.

Estos prestigios singulares, esta fácil penetración de Ricardo Jiménez en la conciencia pública, esta espontaneidad con que su nombre es acogido por todos los ciudadanos de acendrado patriotismo y de imparcial criterio, no nace,—como se pregona por algunos de sus más incomprensivos y obcecados adversarios,—del capricho

de una servil idolatría o de un inconsciente fetichismo, sino que se manifiesta como huella profunda, como fuerza social, como resultancia sociológica de las poderosas actividades de su espíritu superior, que ha agitado y conmovido el alma nacional en cincuenta años de una radiosa y pujante actividad.

No en vano un hombre ha puesto al servicio de la Nación, por medio siglo, el concurso de una inteligencia llena de luz para iluminar los problemas del Estado y las palpitaciones cívicas de una acerada voluntad para dirigir a la República por los mejores senderos, porque siendo la conciencia nacional de cada histórico momento fuerzas espirituales convergentes, nacidas de la observación de las cosas, de los hombres y de los hechos que la vienen rodeando y conmoviendo y que la conmueven y rodean, esas fuerzas espirituales que forman la conciencia nacional, necesariamente reconocen como elementos vitales y propulsores, a los espíritus poderosos y diáfanos que han penetrado más y mejor en sus entrañas y han sabido encauzarlas por el camino de su defensa, de su seguridad y de su armónico desenvolvimiento.

Tiene el señor Jiménez setenta años de vida luminosa y fecunda. Para sus adversarios políticos, este es el mayor pecado y el mayor impedimento que por ellos se opone para que, una vez más, le dé esplendor a la República con una tercera Presidencia. Para la inmensa mayoría de los costarricenses que le aclaman, este hecho constituye uno de los motivos de mayor admiración y de mayor confianza que inspira Ricardo Jiménez, porque son las fuerzas del espíritu, renovadas constantemente en renacimientos de primavera por la observación y el estudio, por el conocimiento de los hombres, por el análisis de los fenómenos sociales y por la asimilación de las co-

rrientes innovadoras del pensamiento humano, las que constituyen la juventud de los hombres que sirven a la ciencia, a la cultura, a la política y al progreso de los pueblos, y no las fuerzas retardatarias, inertes o apagadas de los ancianos, de los adolescentes o de los hombres de pocos años. Jóvenes de vigorosas fuerzas físicas hay que, nacidos en pleno siglo veinte, tienen su pensamiento sumido en la ancianidad de una oscuridad de caverna, o de una anquilosis musulmana, o de una ideología caduca y valetudinaria, o que la han estacionado, o que la han degenerado en una vida licenciosa y holgazana o que la han pervertido en una existencia de crápula; y esos jóvenes son los que constituyen las rémoras y las verdaderas fuerzas de inercia, o de retroceso o de decadencia y degeneración de los pueblos. Y cuando en la política se inmiscuyen, representan la senectud del pensamiento, la vejez de las ideas, los factores eficientes de lo que, en nuestro lenguaje ocasional y pintoresco, se ha dado en llamar el viejismo político.

Pero, quien, como Ricardo Jiménez, a los setenta años de edad, prueba cada día, ante la faz de la Nación, en múltiples y vibrantes concepciones, la mentalidad más vigorosa entre todas las de nuestros hombres públicos, la frescura de un pensamiento moderno que investiga las doctrinas de todas las escuelas revolucionarias que agitan el mundo en el presente momento histórico y con profundo conocimiento de la Filosofía del Derecho y de la Historia, las analiza, para acogerlas en lo que tengan de verdad y de práctica aplicación en la organización de las naciones, y para repudiarlas en cuanto sean espejismos de las masas atormentadas y alucinadas, o falacias mentirosas de los agitadores o brotes de retroceso de históricas reacciones; pero quien, como Ricardo Jiménez,

demuestra constantemente, en brillantes exposiciones, donde la dialéctica impera con majestad soberana y la sindéresis brilla con fulgores resplandecientes, el poder renovador de un cerebro vigoroso que investiga nuestros propios problemas sociales, políticos y económicos, y, con claridad meridiana, penetra sus causas y examina sus efectos y presenta, con máxima sabiduría y notorio acierto, las soluciones adecuadas y oportunas; quien, en cada nuevo día da una elocuente manifestación de las renovaciones de una alma grande, en constante floración de ideales y de ansias de progreso; quien, como Ricardo Jiménez, de su gabinete de estudio pasa a sus predios campesinos, caldeados por los ardientes rayos solares del trópico, en las bajuras litorales, atronados por el retumbo de las olas del bello Golfo de Nicoya, purificados por las radiantes emanaciones de los aires marinos del incommensurable Pacífico y sobre el lomo de su corcel de trabajo, con el vigor físico de una juventud sucesivamente renovada, recorre como un centauro las verdes llanuras de sus dehesas que ha fecundado con la savia de su personal esfuerzo, y regado a gotas de prolífico sudor sobre los surcos de la ubérrima tierra que va a confundirse en el horizonte con las llanuras del océano; quien, como Ricardo Jiménez, en los bosques de las vírgenes montañas,—templos que se guarecen bajo el dombo de los cielos infinitos,—recoge, con unción virgiliaua, la sabiduría de la naturaleza y de la vida en la prístina majestad de las causas y efectos de los fenómenos universales; quien como Ricardo Jiménez convive en sus faenas agrícolas con el alma sencilla de nuestros jornaleros y ausculta con atenta observación el palpar de su corazón en sus tribulaciones y congojas, para estar atento a sus necesidades: quien, como Ricardo Jiménez, al igual de Cincinato, al mis-

mo tiempo enriquece con las irradiaciones de su pensamiento los veneros de la conciencia pública y con los trajines de su personal trabajo los veneros de la producción agrícola: quien muestra todos los días la probidad proverbial de una conducta rectilínea y transparente, que resiste, sin mancharse jamás, las más escrupulosas investigaciones sobre sus actos de ciudadano, de estadista y de repúblico; quien, en conjunto excepcional, presenta a los setenta años de existencia, tan excelsas cualidades y tan austeras virtudes, no puede pertenecer a las falanges del viejísimo político, retardatario y decadente, sino a las avanzadas de la juventud intelectual y moral de la humanidad, que van conduciendo a los pueblos por los senderos de una evolución lenta pero segura, para la estabilidad de las instituciones sociales, para la conservación, fomento y desarrollo de sus elementos de vida y para avanzar con paso firme en los altos ideales de la civilización y del progreso, que son como la escala de Jacob que asciende hasta los cielos y que va conduciendo a los hombres a los dominios de la divina sabiduría, de la suprema armonía y de la dicha perdurable.

El problema de la edad no da por sí solo las soluciones de la capacidad para el trabajo y de la eficiencia de los servicios humanos. El viejo Henry Ford, ese titán de la industria del gran pueblo americano, titán en un pueblo de gigantes de la ciencia y del trabajo, que en cada aurora renueva las fecundas energías de una eterna juventud y cada día lleva con los brotes de su inteligencia, nuevos progresos en la organización del trabajo y nuevos inventos en la perfección de sus máquinas locomotivas que van sobrepujando a la velocidad del viento; el viejo Ford, con la experiencia de sus años y con su práctica sabiduría, ha consignado recientemente en su

libro *Progreso*, palabras que son definitivas y que deben grabarse en piedra, en el decálogo de la civilización contemporánea.

“La edad,—escribe Ford,—no ha significado nada para mí, tanto personalmente como en mis relaciones con los demás. Durante los últimos 25 años hemos empleado cientos de miles de personas y se nos ha presentado la oportunidad de conocer el valor relativo de la juventud y de la edad desde un punto de vista puramente material de dólares y centavos. Como consecuencia de esto, hemos llegado a prescindir de la edad y a tomar en consideración únicamente la experiencia y la capacidad de aprender. Todo el que cesa de aprender se hace viejo, ya sucede esto a los veinte o a los ochenta años. Todo el que continúa aprendiendo no sólo se mantiene joven, sino que se hace constantemente más valioso, prescindiendo de la capacidad física.

“Las limitaciones de hoy en cuanto al valor efectivo de un hombre o de una mujer, nada tienen que ver con el número de años que hayan vivido. Hay lugar para todo el que desea trabajar y trate de progresar. No es suficiente querer trabajar, como tampoco lo es el deseo de progresar. Ambos han de estar combinados, ya que el uno es inútil sin el otro. Es viejo todo el que se considera satisfecho con los progresos que hace o tienda a contentarse con su posición actual. Haber vivido cierto número de años es ventajoso para todo aquel a quien la edad ha aportado un caudal de experiencia. Es corriente asociar la edad con los años, más bien que con un aumento de experiencia, únicamente porque hay muchos hombres y mujeres que al llegar a lo que llaman la edad madura, cesan en su esfuerzo por mejorar y se dejan envejecer”.

Dentro de los aforismos de sabiduría y de experiencia del magnate Ford, príncipe del capital y del trabajo, en magnífico y fraternal consorcio, Ricardo Jiménez, con sus extraordinarias facultades en evidencia desde su eminente juventud, como no ha cesado de aprender, no sólo se mantiene joven, sino que se hace constantemente más valioso en las resultancias de sus vigorosas fuerzas psicológicas.

Los exponentes más modernos de la ciencia y la experiencia deshacen, como a sutiles pompas de aire, los prejuicios y las falacias que sobre la edad pregonan la ignorancia o la pasión de políticos irrespetuosos e irreverentes ante nuestra más alta gloria nacional.

Y la contemplación propia del mundo desorbitado en esta hora trágica de la Historia, nos está diciendo con la elocuencia de la realidad tangible, que en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en nuestra madre España, en las naciones más avanzadas de la Tierra, son hombres de edad proveya, de cabellos encanecidos por los años como las nevadas crestas de las más altas cumbres, a quienes aquellos pueblos han investido con sus mandatos en las faenas del poder, para gobernarlos y encarrilarlos y enfrentarse a los pavorosos problemas, al parecer indescifrables, que plantean las perturbaciones económicas y sociales de la actualidad y los recelos internacionales que inquietan las conciencias con amagos de un desequilibrio catastrófico; para que sean esos viejos patriarcas quienes los salven de sus amarguras y pongan definitivo remedio a sus tribulaciones, con su genio revelado en una vida gloriosa, con su patriotismo patente en todos los instantes de su existencia pública; con su sabiduría robustecida en el libro de la experiencia y purificada en los crisoles de la prudencia; y con su amor a la humanidad, subli-

mado por el horror y el dolor de las sangrientas tragedias de la gran guerra, cuando los cascos salvajes de las bestias apocalípticas profanaron todos los atributos de la humanidad y de la civilización.

Y cuando todo esto ocurre en el mundo, que explica y plenamente justifica en Costa Rica, el ansia popular que proclama al más insigne de sus estadistas para regir sus destinos y restablecer el equilibrio político, social y económico de la Nación, actualmente deprimida y desconcertada, ha de causar profundo asombro que un pequeño grupo de la juventud costarricense, que repudia la candidatura de Ricardo Jiménez, predicando fementidas renovaciones de nuestros valores morales, estampe como remate de una proclama de mezquinas aspiraciones, la grotesca herejía de un libelista del siglo pasado, consignada en esta frase de insólita irreverencia:

"Los viejos a la tumba y los jóvenes a la obra"

Y aunque parezca mentira, tan grosero apotegma se lanza por un grupo de sedicentes jóvenes como gonfalón de batalla de un pretenso partido renovador.

Qué triste idea de su propia existencia y de la vida de sus progenitores, que fueron o que son viejos por razón de sus mayores años, han tenido esos jóvenes, al destinar imperativamente a la muerte, en los misterios de la tumba, a los hombres mayores por la edad, que fueron siempre sagrados, porque constituyen las glorias de las familias en el mundo de los hogares y las glorias de los pueblos en el ambiente de las naciones.

En todas las épocas de la Historia y hasta en los pueblos primitivos de civilización rudimentaria, ha existido y existe el culto de los ancianos, que en la intimidad

de las familias o en el gobierno de las naciones, son el vínculo indestructible del amor y ostentan la suprema autoridad de la sabiduría, de la experiencia y de los años.

No se explica, sino es como aberración del espíritu y en un orden de sentimientos trogloditas, que los jóvenes, para anticipar prematuramente su faena en la evolución de las generaciones, condenen a la muerte a los viejos, entre los cuales han de encontrarse o se encontraron indefectiblemente sus progenitores.

La naturaleza despiadada nos arrebató un día a nuestros viejos padres, al terminar su misión en la vida; pero los hombres educados en las eternas fuentes del sentimiento y en los inmutables principios del bien y de la justicia, nunca dejaremos de lamentar, como la más cruel de las leyes inexorables del Destino, que se nos arrebató en la plenitud de la vida, dejando eternamente tronchada nuestra ventura en el mundo, a nuestros padres benditos, a quienes, viejos por sus mayores años, quisiéramos que fueran inmortales, viviendo siempre a nuestro lado, al calor de nuestros hogares, encarrilando nuestras acciones por los mejores caminos, alentándonos a toda hora con su sabio consejo en las dolorosas tribulaciones, enjugando nuestras lágrimas en las horas de infortunio y dulcificando nuestra vida con la sola presencia de su santa vida.

La naturaleza inexorable arrebató también a los pueblos sus grandes hombres que fueron sus patriarcas, pero los pueblos que no se han envilecido en la decrepitud y la decadencia, los lloran y los glorifican al darles solemne sepultura y quisieran también, como los hijos, que sus patriarcas, que sus héroes, aunque envejecidos por los años, fueran inmortales y que siempre estuvieran a su lado impartiendo los consejos de su sabiduría y de su

experiencia y alentándolos en los instantes de perturbación y de infortunio; y así como en el seno de las familias el espíritu de los padres es imperecedero y vive latente en el corazón y en la sangre y su recuerdo es vínculo de unión fraternal entre los descendientes desamparados, en el seno de los pueblos civilizados el espíritu de sus grandes hombres es inmortal y sigue presidiendo con el recuerdo de sus virtudes y de sus enseñanzas y de sus ejemplos, el destino superior de las naciones.

Mandar a los viejos imperativamente a la tumba por la única razón de los años, menospreciando cuanto ellos representan y atesoran en su alma, para que sean los jóvenes, por la única razón de sus menores años, quienes disfruten exclusivamente de la vida, es sencillamente un concepto de barbarie que jamás puede consagrarse como principio político fundamental en una República del mundo civilizado.

Por fortuna, Costa Rica es un pueblo generoso y altivo, de nobles sentimientos, que con indignación repudia tan inmorales aforismos, que tiene el culto de los grandes hombres que le han dado lustre a su propia Historia, y en vez de sumir a sus gloriosos viejos en la tumba, como temerariamente se proclama, todos los costarricenses de sana conciencia y de sereno juicio, inspirados en sus propios intereses, en la fiel custodia de sus conquistas ciudadanas y en los mejores y más altos destinos nacionales, glorificarán una vez más a su ilustre patricio Ricardo Jiménez, para que con los atributos superiores de su vigorosa personalidad, por tercera vez en un nuevo y alterno periodo constitucional, dignifique y engrandezca a la República desde la Primera Magistratura del Estado.

El Día de la Raza

Discurso pronunciado por radio, en la estación LA VOZ DEL TRÓPICO de San José de Costa Rica el 12 de octubre de 1935, en conmemoración del aniversario del descubrimiento de América.

Señores:

Cediendo gustosamente a la cortés invitación que se me hiciera para participar desde este potente micrófono en el concierto que, por las ondas hertzianas, lleva a todos los ámbitos de Costa Rica, las músicas marciales, los himnos patrióticos de los artistas y las oraciones de los oradores que hoy conmemoran el gran aniversario del descubrimiento de América, que constituye la más alta gloria de la raza hispanoamericana, no voy a incurrir en el socorrido recurso de repetir el relato de tan celebrado suceso universal, ni con la sencillez de un maestro de escuela, ante la alegre parvada de las almas infantiles de sus discípulos, ni con la entonación épica,—de que es impotente mi palabra,—con que exaltan la epopeya del inmortal descubrimiento, en los paraninfos de las universidades, academias y demás doctas corporaciones, los grandes profesores de Historia, o los magos de la palabra.

Pero al cumplir el honroso cometido que se me ha confiado, en este día solemne de festividad en todo el mundo civilizado, es oportuno y conveniente recordar, con mi profana palabra, el singular significado histórico que en la evolución de la humanidad tuvo el descubrimiento del Continente Americano. Porque después del paso por la tierra del divino Jesús, ningún acontecimiento ha tenido mayor trascendencia histórica, que el descubrimiento del Nuevo Mundo; porque su aparición ante los pueblos antiguos de los viejos continentes, causó una revolución completa en la naturaleza de la época, y abrió nuevos horizontes a la vida de las ideas, y dió nuevo y vigoroso ensanche a las primitivas sociedades, y transformó las costumbres, y derrumbó las pirámides de fantasmagorías y embelecos que informaban el empirismo astronómico y geográfico engendrado y mantenido en el seno de los concilios, y dió prodigioso impulso al desarrollo de las ciencias, y engrandeció los mares, y completó la tierra hasta entonces conocida, y presentó a la contemplación de las antiguas razas de la civilización occidental, todo un paraíso terrenal, apenas concebido y descrito en el libro de los profetas; paraíso poblado de bosques seculares y de enmarañadas selvas que, como legiones de titanes de otros planetas, se alzan hacia el dombo infinito de los cielos; regado por caudalosos ríos, como dantescas serpientes retorciéndose al pie de las montañas, para dar asiento en sus tierras ribereñas a nuevos y ricos emporios urbanos del progreso universal y fecundado por la savia virgen de una feracidad espléndida; aparición gloriosa entre las más gloriosas apariciones que recuerdan los anales de la Historia, que le dió a la humanidad la visión exacta de la perfecta estructura del mundo que habita y que fundió en su suelo todas las

conquistas de la civilización antigua y todas las sangres de las razas ancestrales, para darle nuevas y más seguras y más vastas orientaciones a la vida espiritual y material del hombre y a la cultura, al progreso y a la civilización de los pueblos.

Por la trascendencia imponderable que para la humanidad tuvo el extraordinario acontecimiento que hoy conmemoramos, se recuerda con unción, mística y devota, como la de un nuevo Dios que vino del cielo a transformar el Mundo, al humilde marino genovés, Cristóbal Colón, desde sus primeras fatigas de niño hasta sus últimos desengaños de viejo; desde que emprende sus estudios náuticos y corre sus primeras aventuras sobre los lomos encabritados de los mares, hasta que muere agobiado por el peso de la ingratitud, de las calumnias y de los desengaños,—tan grande era el peso de su gloria;—cuando recorre las cortes de Europa mendigando los medios para realizar su quimera, rechazado como demente visionario por los poderosos y los sabios, humillándose ante la cofradía de los doctores de Salamanca; recibiendo el apoyo magnánimo de una reina generosa,—generosa y grande como el pueblo que gobernara;—lanzándose, iluminado por la luz de su espíritu providencial, a los ignotos abismos del océano; bregando con los rigores de las tempestades y con la rebeldía de sus incrédulos tripulantes; luchando con sus dudas y con sus cálculos matemáticos; contemplando, con la mirada intuitiva de su genio, en la línea difusa de los horizontes, la visión querida de su alma, y arrancando por fin al misterio de la naturaleza, el 12 de octubre de 1492, el Continente que Dios había escondido entre las aguas de dos océanos inconmensurables, para premiar al hombre que en la trayectoria de su existencia y según la expresión de Schiller, tuvo “se

viva en su ideal, fe viva en sí mismo y fe viva en su Dios”.

Y con el recuerdo de Cristóbal Colón, surge el de la Nación, tan gloriosa como su hazaña inmortal, que con el espíritu vidente y los tesoros arrancados a la corona de la Reina Isabel, y con el coraje de sus exploradores, pudo realizar la proeza del descubrimiento de América, y con la sangre y el espíritu de sus hijos, llevó a cabo la obra excelsa de civilización y de heroísmo de la conquista del Nuevo Mundo, encendiendo el genio de España en el nuevo Continente, trayendo con la cruz del Redentor del hombre, los primeros vestigios de la civilización y los primeros impulsos del progreso; que fué la madre de veinte pueblos americanos, a quienes dió con prodigalidad el jugo de su fecunda vida y la savia de su sangre vigorosa, a quienes guió en los azares de la infancia y los enseñó a balbucear los nombres de los padres y las oraciones de la religión cristiana, en las armonías de su divina lengua, y que levantó en cuatro siglos de vida colonial, el monumento más grande de la Historia, monumento imperecedero que perpetuará en el porvenir de las naciones el nombre de España, en la naturaleza secular de América, descansando sobre las columnas de árboles gigantes de los vírgenes bosques, iluminado por las radiosas luminarias de cien volcanes, que tendrá por armonías las orquestaciones de ríos rumbosos, de fuentes apacibles, de atronadoras cataratas, de miriadas de agoreros pájaros multicolores y el fragor de la vida de millones de hombres que, como herederos de su lengua, de su religión, de sus artes, de su ciencia, y de su espíritu de libertad, entonan para su inmortal recuerdo, himnos de fraternidad, de paz y de trabajo.

Con la elocuencia de la verdad ha sintetizado la obra

de España en el descubrimiento de América, el más ilustre de sus historiadores, expresando que 'América necesitaría perder la memoria y el habla para perder el recuerdo del nombre de España. Todo está en América ligado con España. Si América quiere elevarse a los orígenes de su cultura presente y de su civilización cristiana, tiene que tropezar con el humilde convento de franciscanos, a cuyas puertas pedía limosna un hombre que comenzaba a entrar en la edad madura y que, sin embargo, tenía la cabeza cana, la cara arrugada por los profundos surcos de la idea y por los sacudimientos de la inspiración; astrónomo, poeta, guerrero, orador y navegante como los hombre-siglos de aquellas feraces edades; desconocido en Italia, desconocido en Francia, desconocido en Portugal y sólo adivinado por la inspiración y audacia de España.

No hay en América de extremo a extremo, ningún objeto sin el sello del pensamiento español. Las encendidas nubes del trópico guardan aún la escudriñadora y ardiente mirada de Pinzón; las islas de Las Lucayas han sido vistas por primera vez desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por las campiñas de la Florida anda errante aún la sombra majestuosa de Ponce de León, que ha pasado en alas de su fe desde las vegas de Granada a las vegas del Nuevo Mundo; la tierra de Yucatán ha sido adivinada por un Fernández de Córdoba, y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primera visita del Golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe a un Garay; la aparición de la Carolina Meridional, a un Vísquez; ese gran río, esa arteria de los Estados Unidos que sobrelleva en sus espaldas los productos del trabajo humano, el Missisipi, yacería aún ignorado

si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer las tribus salvajes tomarle por un Dios sobre la tierra, el nombre sublime del Dios de los cielos; como el Estrecho de Magallanes y el Mar del Pacífico han sido surcados la vez primera por la nave llamada Santa Victoria, cubierta con la bandera de España, pues por doquier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja este santo nombre: y España dicen los volcanes y los ventisqueros y los aludes de los Andes; España las ondas del Amazonas; España los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay; porque el genio de España, extendiéndose en América como las alas del águila sobre su nido, empolló con el calor de su vida las naciones del Nuevo Mundo".

El descubrimiento de América tiene todavía un mayor y más alto significado en la evolución de la humanidad y es el de haber dado asiento en el Norte del Continente a la raza anglosajona, formando uno de los prodigios más admirables de la Historia, con la nación poderosa, rica y fuerte, donde el amor a la libertad y el culto del Derecho han avanzado paralelamente con el desarrollo de una cultura superior y de la máxima civilización de la Tierra.

Por manera que la obra de Colon, al través de los siglos, ha dado asiento, para el continuo avance de su genio, a la raza latina y a la raza sajona, que en su vida de relación van estrechando su espíritu tanto como sus fuerzas materiales; en la obra de armonía y de progreso que conjuntamente realizan en el Continente Americano,

y que han de realizar en el porvenir como centro y emporio de la civilización futura.

La obra incommensurable de Colón, que en un principio fué, para las naciones de la época, un campo de conquistas de impenetrables territorios y de razas rudimentarias, y que hoy es un conglomerado de pueblos libres y de naciones independientes, en virginoso y constante desarrollo bajo el espíritu preponderante y único de la democracia y bajo el régimen político de la República, se ensancha cada vez más con el transcurso del tiempo y ampliará progresivamente sus mirajes en la rotación de Oriente a Occidente que, con el curso del sol, va siguiendo el progreso y trazando en la Historia la hegemonía de los pueblos y de las naciones.

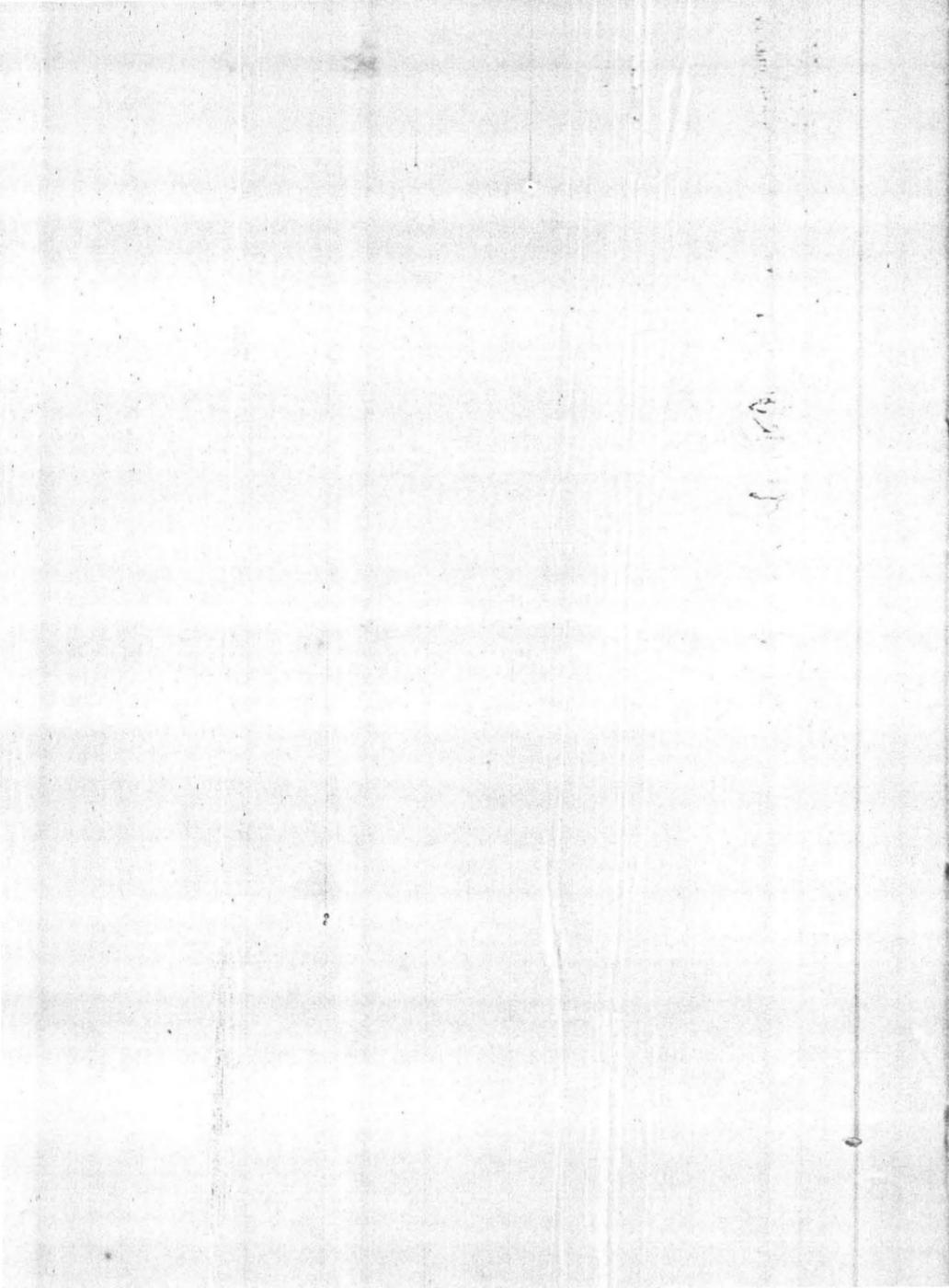
Y a medida que el Continente Americano se desenvuelva, en la prodigiosa conjunción de sus enormes riquezas materiales con sus grandes potencias espirituales, será también más grande ante los ojos del mundo, la inmortal figura de Cristóbal Colón y más ponderada la gesta legendaria de su descubrimiento y de su heroica colonización, por la ilustre nación española, que si un día, en los dominios mundiales de su poder político no llegó a ponerse el sol, en los dominios de su poder espiritual seguirá alumbrando al mundo y viviendo, con fulgores resplandecientes, en el alma futura de la raza.

Hoy es, por decreto consensual de las naciones, por razón de justicia universal, el día consagrado de la raza; de la raza española de América y de España, de la raza iberoamericana; dentro de un año, dentro de cien años, también lo será, y cada año, cada cien años que transcurran, lo será con más unción, con más fervor, con más amor, en el corazón y en el alma de todos los americanos y de todos los españoles, porque las glorias del futuro

de América, harán más robustos y más fuertes el corazón y el alma de la raza, en la cual seguirán perdurando como en bronce, como en mármol, como en la roca de nuestras peñas o como en la piedra de nuestras canteras, las glorias de sus orígenes preclaros.

DE LA PRENSA

Selección cronológica



Vargas Vila

Es el domador de leones sueltos. Lleva en una mano el látigo hecho de escorpiones luminosos y en la otra la escala por donde trepan a la celebridad los escogidos de su corazón o de su inteligencia.

JUAN DE DIOS URIBE

Colombia, nido de ruiseñores y albergue de águilas!
Colombia! India virgen del Continente Americano, que destrenza al viento la enmarañada, flotante cabellera de sus inmensos bosques y levanta hacia el cielo los picachos de sus volcanes. Bajo su dombo azul, que se ilumina con los incendios de sus alboradas y de sus crepúsculos magníficos, canta la naturaleza selvática y bravía, canta el pájaro en cristalinos arpegios musicales, canta el Tequendama, como en desborde de diamantes, el canto de la luz, de la fuerza, del torrente, y todo, como a la vez de un conjuro, entona la divina canción que palpita en el alma de las cosas.

Así en Colombia, cada hombre tiene en su corazón una lira y lleva en su alma la vibración del canto. Ilustres hombres que libran las luchas de la vida, en la armonía de las ideas, en la sinfonía de los sentimientos, en el canto de la poesía. Y entre tanto varón preclaro

que hace de la historia de Colombia un glorioso desfile de cumbres en los diversos campos de su luminosa existencia, surge Vargas Vila, en las múltiples faces de su personalidad de poeta, de artista de la palabra, de sembrador de ideas, de apóstol libertario, ungido por los óleos de fecunda inspiración, reflejando en su espíritu el impetu de las cataratas del Tequendama y entonando como en desborde de diamantes, el canto de la luz, de la fuerza, del torrente.

Y el hijo de Colombia, Vargas Vila, tramonta las fronteras de su patria, para ser en Hispano América el apóstol de los grandes apostolados.

Artista y luchador va con su lira y con su lanza por el mundo, como Apolo, el Dios de los cantores y el vencedor de las culebras.

Es un volcán de pasiones, así para amar, como para odiar. Y el odio, como el amor, es santo. "Es,—dice Zolá,—la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desdén de las personas a quienes la medianía y la necesidad enojan".

Y Vargas Vila es de los poderosos y de los fuertes.

"Todo lo que toca con su pluma lo inmortaliza, porque es jilguero apasionado que modula cadenciosas armonías a los oídos de "Aura", como sublime Rafael trazando la figura de Montalvo, ora león irritado de la espesura cuando les echa mano a "Los Providenciales", como a García Moreno y los despedaza y los confunde hasta matarlos".

Y al decir de Juan de Dios Uribe, aquel otro potentado de la palabra que dejó su verbo en la revolución hecho sangre y fuego, "Vargas Vila ama y odia en un desorden magnífico. Tiene siempre delante de sí un acusado que ha de morir a sus pies, y a poco que se empine

en el pretorio descubre un cementerio lleno con los muertos de su pluma. No otra cosa son "Los Providenciales". A los réprobos de la libertad les niega en su pira una sed de agua".

Y como un héroe de bronce sobre su plinto de mármol, así está Vargas Vila siempre en pie sobre la soberbia de su genio, imperturbable y altanero, desafiando el furor de las tempestades.

Que es monótono y pomposo en el estilo,—se dice,—que sólo tiene la frase helénica para sus pinturas, que es eternamente resonante su palabra, "que pontifica en la forma, que tiene el culto de la eufonía".

Y él contesta: "Es verdad, porque detesto la frase andrajosa, rampante y mendiga y creo que las ideas necesitan del atavío brillante para su más amplia circulación en la conciencia humana".

Y el poder pictórico de su pluma es admirable. "Flor del Fango" es una virgen grandiosa perdida en parajes tropicales de un colorido que deslumbra.

Poned a uno de sus críticos, poned a un hombre endeble, de los que revelan su debilidad en raquíticas censuras, a imitar su estilo, y no podrá dar siquiera un aleteo, porque las aves de corral jamás se han agitado en las altas regiones donde los cóndores se mecen, apenas suspendidos con el ala abierta en actitud perezosa.

Su estilo es su alma, la misma que palpita en todos sus libros. En cada libro suyo hay una manifestación de su vida, en cada página un soplo ardoroso de su soberbia, en cada línea un golpe rotundo de su genio.

Es esencialmente subjetivo porque, como Byron, sólo es capaz de pintarse a sí mismo. Su espíritu vigoroso llena esas manifestaciones subjetivas de la majestad de

sus rebeldías, de las excelencias de sus cóleras y de su orgullo austero.

No analiza con la observación fría. Todo lo arrolla en las alas de su inspiración, todo lo golpea con la catapulta de su pluma, todo lo incendia con el fuego de sus pasiones, todo lo ilumina con los radiantes fulgores de su pensamiento.

Sus libros no son producto de la serenidad de análisis, ni se encierran en cánones estrechos de convencionalismos humanos, ni alumbran con falsos resplandores de claridad incierta, la claridad del candil de la impotencia. En ellos nadie manda: ni la Retórica, por mucho que de retórico se le tilde, ni la Gramática, la ciencia dogmática del verbo, ni el arte clásico, sereno y majestuoso. En ellos sólo domina Vargas Vila, el rebelde; rebelde en la forma del estilo, rebelde en sus pensamientos, rebelde en sus figuras, rebelde en sus concepciones magistrales.

Esos libros no son abortos del dolor; son la radiante vibración de su cerebro, son desfiles de armoniosos adjetivos, de atrevidas imágenes, de bíblicas figuras, de airados apóstrofes, de apotegmas vehementes, de enfáticas sentencias. En todos hay rastros de su personalidad combatida, satisfecha de su vigor, como un león de las selvas satisfecho de sus zarpas.

En "Las Rosas de la Tarde", ese loco desorden de armonía, Hugo Vial tiene los rasgos característicos de Vargas Vila, los aspectos culminantes de su semblanza. Parece el busto de su cuerpo modelado por su propia mano. Un heresiarca excelso que "goza de la voluptuosidad de sentir los pies sobre la frente de la multitud", que vive aislado de las muchedumbres por su carácter

y su estilo, desconcertando a la crítica con su desdén soberano.

Su vida es el combate y "combate desde su soledad como desde una fortaleza, y arroja sus ideas como granadas incendiadas sobre los campamentos enemigos". En "Ibis", aquel maestro nunca domado, sordo a la vo-cinglería de la sociedad que sin clemencia lapidaba, parece vivo retrato de su busto.

Sus novelas no son tramas ardidadas por la paciencia del tranquilo ingenio en el fino relar de las sutilezas del estudio. Sus novelas son himnos, son poemas, son símbolos que llenan de pavor por sus mirajes extraños:

"Flor del Fango" más que una tragedia es un símbolo: Es el símbolo de la virtud escarnecida por la calumnia y el escándalo: Dios profanado por los mercaderes del templo: el amor impoluto y casto hundido en el lodo del amor de la bestia: la Caridad disfrazada: la Justicia burlada: la encarnación del Bien, rota en pedazos por el azote del Mal; Luisa García, virgen sin man-cilla, "plebe pura, hija del pueblo, flor del fango, caída apta para el beso, para el himno y para el cincel".

"Ibis" es un símbolo de cruel escepticismo. El sueño del amor desvanecido por las fuerzas de la realidad; las venturas; del amor arrolladas en las turbulencias del amor; la perfidia que triunfa, la mujer que encanta, que deleita y mata: el dolor bajo el ala del amor; la victoria de la perversidad sobre las excelencias de la Justicia; el huracán de las pasiones eróticas derribando la dignidad y el honor, la libertad y la vida: el orgullo vencido por el amor: tal es "Ibis".

Y el verbo en que se agitan esos símbolos es bendito y grande, porque es el verbo delator de vicios y de crímenes.

Pero la mayor grandeza de Vargas Vila está en su arma política que va a penetrar limpia como espada toledana, sangrante como garra de águila, en el alma empedernida de los déspotas que han traído desolación, ruina, inercia, sangre y esclavitud a algunos infortunados pueblos de la América Española, en períodos aciagos de su Historia.

El despotismo, desnudo como el ángel de los antros o arrebujado en los capotes de la cobardia, ha sido el pedestal de su gloria; sobre él se ha levantado con la suprema energía de su indignación; y ha vivido en las lejanías de los deportados, lanzando en panfletos y libros luminosos, como Víctor Hugo en Guernesey, la justa cólera de su alma solitaria.

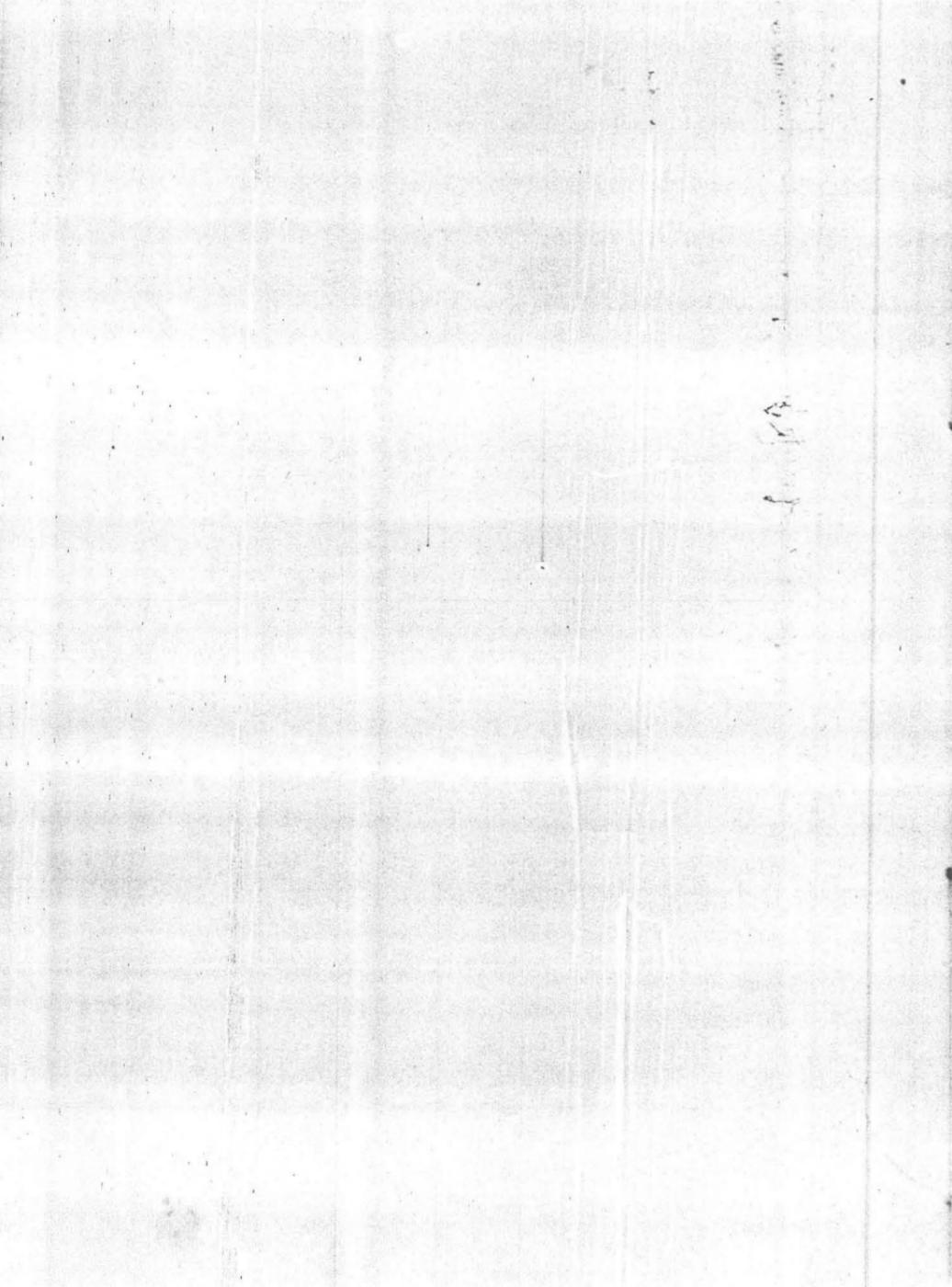
La Autocracia ha sido uno de sus campamentos enemigos, sobre los cuales arroja el rayo de su palabra y las bombas de sus libros con la abnegación del héroe que va al sacrificio seguro de la esterilidad de su heroísmo.

Estos hombres combativos son el pedernal que enciende la hoguera de las nobles pasiones. Son la vida, con sus estertores de angustia y de dolor, agitándose entre la realidad y el ensueño. Son el azote del Mal y el acicate de la Justicia. Son Agni, despertando con la claridad de sus fulgores, a los pueblos dormidos en brazos de la servidumbre y en el silencio de la desidia. Son la voz redentora del Arcángel, la voz profética de los patriarcas.

Y Vargas Vila es de los implacables. Bajará a la tumba para pasar a la posteridad, bañado en la sangre de sus heridas, con el último grito de indignación en los labios, con el anatema imprecatorio en el último grito, la frente centellante como un Dios en cólera y arrollado

en los pliegues de su bandera, hasta caer exhausto, agonizante, como un gacel moribundo, retorciéndose en el dolor de su derrota.

1º de mayo de 1901.



Pío Víquez

Fué la de Víquez una hermosa inteligencia malograda que, por escasez casi absoluta, en Costa Rica, de elementos necesarios para la vida del artista, no pudo dejar una obra, por lo menos, perdurable y digna de sus talentos literarios.

Nacido en 1850 en un villorio de la provincia de Cartago, en el paradisíaco valle de Ujarrás Viejo; levantándose a golpes de ala sobre el obscuro nivel de las multitudes; funcionando ora como amanuense, más tarde como maestro de escuela; proporcionándose, por sus propios vigorosos impulsos, un modesto y limitado *modus vivendi*; visitando las aulas de la Facultad de Derecho, en calidad de alumno, primero, y en carácter de catedrático, después; internándose en los laberintos de nuestra política, hasta ocupar una Subsecretaría de Estado en el Gobierno del General Guardia; representando con burlesca prosopopeya el papel de Director de la Imprenta Nacional y Redactor oficial de *La Gaceta*, durante la gloriosa Administración de don Bernardo Soto; integrando una Legación costarricense acreditada en México; hasta fundar definitivamente, al cabo de una agitación incesante,—poco adecuada para las investigaciones hondas y las serenas meditaciones,—su tribuna periodís-

tica, su ídolo gentil, que decía donosamente; su *Heraldo de Costa Rica*; así distraídas y consumidas las atenciones de su alma, toda la fuerza de su ingenio literario, que era proverbial cuando vivía, permaneció latente, mostrándose, apenas, en breves y efímeras fulguraciones, y desvaneciéndose parte de ella en su inolvidable faena periodística de diez años y en las batallas de la política militante, en la cual tomó participación activa, burla burlando, más como práctica necesidad que como natural satisfacción de su espíritu.

Al calor de los primeros entusiasmos de su juventud, en la edad de los dulces ensueños de la vida, cuando el hombre se considera armado de todas armas y broquelado con la cota de mallas de hercúlea energía para escalar todas las cimas y para combatir,—pobre y desvalido Ajax,—con las legiones del cielo y las falanges de la tierra; cuando todavía se aman con cariño los encantos del mundo, y se sueña en una tierra prometida, con la novia, con la dicha y con la patria, y se acarician con fervor los engañosos halagos de la gloria,—deidad mitológica, noble espejismo de la existencia,—al beso embriagador de la Quimera que hace vibrar el arpa divina de los poetas, comenzó Pío Viquez su jornada literaria, pulsando una lira sentimental y triste, más bien romántica que clásica, que parecía encordada con las cuerdas gemidoras de Hine y de Musset, de Zorrilla, de Espronceda y de Zenea, y que, con tener arranques vigorosos de conmovedor lirismo, pocas vibraciones tuvo de gran vuelo como *El baño*, *El Apache*, *El Nocturno* y *La torcaz*, para adquirir estable reputación entre los trovadores del Parnaso continental.

Pío Viquez, poeta, fué, dentro de sus aptitudes, devoto de la poesía lírica, poesía que tiene por campo de

especulación las íntimas y complejas manifestaciones del alma, y que,— contra el vulgar criterio de los pretensos letrados y positivistas ce pega, que la consideran sin práctica finalidad para mejorar las dolencias del humano linaje y la desdennan por estéril y vacía,—contribuye, sin duda, en gran manera, a refinar las ideas y los sentimientos de la humanidad, y sirviendo de heraldo a los grandes gritos de miseria y dolor que conmueven el mundo, ayuda a levantar el templo de la religión del amor, de la caridad, de la misericordia y de la fraternidad universal, único templo que ha de quedar en pie cuando las basílicas de las religiones positivas se derrumben.

Y aunque Viquez poseía un temperamento privilegiado de artista verdadero, y aunque fué siempre un poeta en todas las manifestaciones de su existencia, apenas si dejó vagos perfumes, armonías perdidas, en las cuales su personalidad literaria se esfuma lejanamente.

Bien porque la poesía, en la expresión usual de la palabra, aprisiona en la jaula dorada del artificio el pensamiento,—águila caudal o ruiseñor enamorado que necesita ancho y libre espacio para batir las alas y remontar el vuelo;—bien porque Viquez, alma esencialmente artista, no hubiese alcanzado el total desarrollo de la inteligencia cuando se consagró al culto de las musas; bien porque hubiese tomado, como norma de su poesía, modelos un tanto deslucidos por el tiempo y alejados de las nuevas formas y tendencias de la Literatura contemporánea; bien porque su espíritu no tuviese sosiego y dedicación bastante; lo cierto es que los cánticos de Viquez, con ser ánforas de ternura, soplos de tristeza, trovas de galán enamorado, encajes de relucientes sedas, o músicas etéreas de bucólicas flautas, lo cierto es que, con tales delicadezas, sólo tuvieron firme reputación dentro

de las estrechas lindes de la América Central, y apenas si responden a las geniales aptitudes que como inspirado y hábil prosista había de revelar con el transcurso del tiempo.

Con todo, Pío Víquez es de los buenos poetas centroamericanos, y Costa Rica no ha tenido otro de semejantes bríos, excepción hecha del vate modernista Justo Facio. Pero en tanto Víquez resulta puramente impresionista, gemebundo y plañidero, Facio resulta puramente cerebral y plástico. Víquez deja correr su inspiración galopante por las viejas rutas españolas ya gastadas, mientras que Facio la refrena para conducirla serenamente por los nuevos senderos de mármoles y jaspes que van trazando los bardos revolucionarios de la Francia. (1).

Con faltarle formas nuevas o perfectas a los versos de Víquez, hay en ellos la inefable armonía del sentimiento, las supremas palpitaciones del corazón, las intensas vibraciones del alma que, aunque todos alguna vez hemos sentido en nuestros breves minutos de ventura y en las horas interminables de pesadumbre, sólo el poeta puede traducir y crearles vida en la música maravillosa del verso, dándole a las cosas un tinte ideal, ultraterreno y vaporoso, que lleva nuestra fantasía, por momentos, en el carro alado de que nos habla Platón, a los espacios rutilantes de la poesía, donde hay misteriosas deidades y ángeles aéreos que forman el divino cortejo del Eterno.

(1) Posteriormente, en las nuevas generaciones, han surgido poetas vigorosos de personalidad moderna, definida y brillante, como Rafael Cardona, Lisímaco Chavarría, José Albertazzi Avendaño, Rogelio Sotela, Manuel Segura, Asdrúbal Villalobos, Carlomagno Araya, José María Zeledón, Julián Marchena, Hernán Zamora y algunos otros.

También su nombre tuvo valientes resonancias de trompa épica, tales como el himno guerrero que entona a Grau, el inmortal almirante peruano; lo mismo que, al pintar, tenía gran vigor en los pinceles y abundante colorido, como lo prueban las poesías ya citadas y el siguiente fragmento de *El Apache*, donde describe con mano maestra al indio americano:

Como el antiguo atleta es el impío:
De porte majestuoso y contextura
No menos formidable que su brío.

Del homérico Marte la apostura
No pudo ser mejor: es intachable
Del rudo apache la marcial figura.

Ancho, enarcado pecho comparable
A una coraza, y brazo que semeja
De ásperas cuerdas retorcido cable.

De la pestaña y la tupida ceja
Entre la sombra grave, el ojo inquieto,
Como bruñido acero, audaz refleja:

Rasga el párpado tenso que sujeto
Tenerlo apenas puede, y la mirada
En son esgrime de insolente reto.

Pierna menos robusta que acerada,
Para vencer el árido desierto
Y as agrestes cúspides formada.

De la sombrrosa selva, el tigre experto
En la espesura salta y la aspereza
Con más agilidad que en campo abierto;

Que para que ejercite su fiereza
 En lo áspero, le dió nervio potente
 Y flexibilidad Naturaleza.

Muy joven todavía abandonó Viquez el plectro melancólico de sus cantos primeros, que no volvió a pulsar sino hasta en las cercanías de su muerte, cuando inspirado por infinita y letal tristeza, por abrumador escepticismo y mortal dolor de la vida, cantó los *Oscuros de insomnio*, al lento recuerdo de Julio y de Graciela, sus dos pequeños hijos perdidos que ya reposaban en la fosa de la eternidad:

Es la tristeza mi más adorable amada,
 Y mis pesares las joyas que más estimo;
 ¡Oh maga!, sólo cuando mi llanto se agote,
 Paz tener quiero, la que nos libra la muerte.

Piadosa guarda tus amorosos afanes
 Para el que ríe, que se imagina dichoso;
 Con tus arrullos apártalo del fastidio,
 Y, en mi memoria, deja que vivan mis muertos.

.....

¡Oh bella musa!, consuelo de los que sufren
 En vano quieres ampararme con tu gracia;
 Están abiertas mis heridas; ancha hoja
 Clavó el destino, sin piedad, en mi costado.

Pero si anhelas que tornen mis alegrías,
 ¡Ay! vuela entonces donde los sauces gimen,
 Rompe las piedras que mi corazón estrujan,
 Y haz que mis hijos, como Lázaro, levanten!

Mas si no tienes el poder del Belemita
Y yo carezco de la fe grata a los dioses,
¿Qué sirve, maga, que yo mi lámpara apague
;Ay! si encendidos han de quedar mis recuerdos?

Abre tus alas y abandona al infelice;
;Oh dulce amiga! déjale aquí solitario,
;No solitario! pues que lleva en sus entrañas,
Cual vivos eran, sus muertos inolvidables.

Tal verso blanco, cuya atrevida novedad a primera vista desconcierta, lleva en sus alas un ritmo profundo y contiene en su seno amarga cicuta, intensa síntesis de una desesperación de agonía.

Pero para admirar a Viquez en sus geniales rarezas, en su extraña originalidad y en pleno vigor de sus facultades, es preciso seguirle, paso a paso, durante el relativamente largo período en que, abandonando el verso, desplegó sus anchas alas para batir el vuelo en el vasto dominio de la prosa.

Antes de amarrarse a la roca del diarismo, donde vivió sujeto por las necesidades materiales hasta el día de su muerte, había dado a la publicidad la única obra de aliento hija de su ingenio: la relación del viaje del Presidente Soto a Nicaragua.

Es en dicho libro, verdadera curiosidad literaria, donde campea de cuerpo entero la personalidad de Viquez, y donde, por lo mismo, puede apreciarse mejor, con más campo para la investigación, aquella singular figura de artista escéptico y burlón, amable y triste, verdadero desencantado de la vida a ratos y a ratos admirador profundo de la naturaleza, —en lo que la naturaleza tiene de más hermoso y adorable, —cuya ideal interpre-

tación, al mismo tiempo vaporosa y robusta, sabía realizar con tal maestría, donosura y colorido que por momentos nos trae a la memoria el vivo recuerdo del Manco de Lepanto.

La burla fina, que se pasea con donaire por todo su libro, embozada en túnica lujosa, haciéndoles morisquetas de buen gusto a los hombres, grandes y chicos, que el autor encontrara al paso en su peregrinación por la tierra lujuriente de los lagos; la observación y relato de los pequeños detalles y peripecias del viaje, traídos a cuento con interés y gracia de narrador florido; los chistes y novedades de fino ingenio; los quiebres y requiebres del idioma; los perfiles vagos y los alto-relievs; y muy especialmente el colorido y pujanza en la descripción de las encantadoras regiones tropicales de Nicaragua, hacen de tal libro una obra amena y de mérito, digna de figurar entre las buenas obras literarias que se hayan publicado en Centro América, y esto sea dicho con perdón de quienes, como Pedro Ortiz, afectando gravedad doctoral, sólo encuentran en ella "burlesca pintura del país que visitaba" y superficial relato de "como se ponía el autor los calcetines y cuantos *cocktails* se tomaba cada día".

Después de la turbulenta campaña electoral de 1889, durante la cual Viquez fué buen campeón del Partido Liberal, se consagró por entero al diarismo militante, fundando *El Heraldo de Costa Rica*, periódico puramente subjetivo,—que fué durante diez años encanto de la sociedad costarricense y reflejo fiel de la personalidad impresionista y caprichosa de Viquez —dónde forzosamente derramó el embriagador perfume de su ingenio, y donde trazó una órbita de estrella errante y perdida, sin orden ni concierto, sin rumbo fijo, más por llenar la

faena perentoria del momento; que por lograr algún triunfo determinado en la ciencia, en la política, o en la sociedad, marcando por lo general, sus más serias y trascendentales concepciones, con la punta de un desdén soberano y con el filo de una sátira mordaz que esgrimía con habilidad y sutileza volterianas.

Es de notar, sin embargo, que siempre fué adversario pertinaz de la administración dictatorial del Licenciado don José Joaquín Rodríguez.

Persuadido de que el cultivo del arte, afición única de su temperamento, en nuestro medio todavía rudimentario, no da honra, ni siquiera suficiente provecho para el humilde sustento del más humilde de los artistas, y que tanto monta en la consideración general del gran público lector el diletantismo callejero como la consagración benedictina a la difícil labor del publicista; persuadido de la ausencia de ideales amplios y concretos en las diversas esferas de nuestra existencia embrionaria, hubo de abandonar sus ilusiones literarias, para consagrarse por entero al periodismo, única forma viable en Costa Rica de la Literatura, y envuelto en la negra túnica de un jovial y elegante escepticismo, que fué siempre su nota culminante, caminaba hacia la tumba con una sonrisa dolorosa en el labio y con un fulgor triste en la pupila.

Por ligero examen que se haga de la faena periodística de Viquez, se llega a tener perfecta convicción de que, a falta de otra, forzosamente hacía esa vida de intelectualidad superficial del diarismo, el cual, como el dios de la Mitología, aniquila y devora sus propios hijos, sin que de ellos quede más que el vago recuerdo de sus figuraciones, la memoria indecisa de sus afanes, la estela casi borrada por el olvido de las luchas generosas libradas al choque de los hombres, de las ideas y de los

hechos que se agitan en cada histórico minuto dentro del complejo organismo de las sociedades. Y así vemos que con frecuencia salían de su pecho gritos de indignación o de amargura, al sentir la desoladora injusticia del público que alimentaba, y al persuadirse de que sus esfuerzos se perdían, sin ser comprendidos, en el desierto de la ignorancia, o encontraban tenaz resistencia en el muro de las envidias y los egoísmos ilustrados.

En *El Heraldo de Costa Rica* dejó Pío Viquez la floración magnífica pero trunca de su ingenio. Escribió acicatado por las exigencias del diario, sobre todos los asuntos del momento, en agitación acelerada que apenas si le daba tiempo para revisar sus artículos, los cuales salían de su pluma, no en el dolor del aborto, ni en el martirio del pulimento, sino como chorro bullente de agua, que diría el Duque Job.

Y trató de todas las cuestiones palpitantes con rapidez vértiginosa y con la misma extraña y original inspiración: si de Política, con paternal desdén hacia los hombres que representan los principales papeles en la escena; si de Religión, con violencia inusitada contra el clericalismo y contra los mitos y los dogmas venerados; si de Arte, con profundo y reverencial respeto; si del movimiento social, con amable y exquisita cortesanía; y lo mismo cuando escribía sobre las más altas cuestiones de la Política, de la Ciencia o del Arte, que cuando trataba de las mayores futelezas o de los asuntos más prosaicos de la información local, sus concepciones, por baladías que fueran, nacían vestidas en espléndidos ropajes, ostentando formas caprichosas de singular belleza.

Y perdidos entre las prosas cotidianas y arrollados entre las bagatelas del momento, dejó un reguero luminoso de brillantes, de bocetos, de bibelots, de camafeos,

de bustos y de paisajes de magníficos colores, que llevan el sello de una rica y vibrante fantasía oriental y reflejan un alma de artista a la vez soñadora y desencantada.

He aquí, verbigracia, que al escribir un anuncio de un almacén de licores, de conservas en lata, de trastos y demás abarrotos y fruslerías, el sugestivo nombre de la casa le cautiva y le sirve de plinto para cincelar, como Benvenuto Cellini, en el asa de una jarra, el siguiente busto de mujer:

LA GENOVESA:

Bajo el ala de su lindo sombrero de paja de oro bruñido, enseña unas pestañas largas, crespas y jaldes que, con los arcos de las cejas, parecen reflejos de la mañana engastados en el mármol sonrosado de su frente. Y bajo sus pestañas están sus ojos de profundo cielo primaveral, limpio y al parecer tembloroso al contacto de la ardiente luz del medio día. Tiene una ancha boca incitante de labios esponjados, que destilan de sus franjas olorosas jugo riquísimo de granada en su punto. Cada labio es un sartal de besos que convida a morder y a hacer otras locuras.

Los camanances y el hollito de la barba son triple tentación; y nada digamos de aquel pecho donde parece que a compás se mueven dos cisnes pichones sobre onda de leche.

Abundan, como el citado, los ejemplos.

Los epitalamios, etéreos nidos de perfumadas flores, que se mecen voluptuosamente "en el aire en que flotaban los colores y las líneas de su fantasía"; las descripciones de nuestra virgen naturaleza, que derrama en sus vagerosos relatos de viaje al través de nuestros parajes fascinantes; las necrologías, desbordes de consolación y de ternura que extendía como mantos funerales sobre las tumbas recién abiertas; los artículos políticos,

que improvisaba repentinamente, con variables y muchas veces encontradas tendencias, dando siempre inesperados toques, y que, por el nervio y dialéctica con que los escribía, parecían nacidos de inmutable y profunda convicción; las polémicas, en las cuales empleaba tanto el cauterio como la bomba explosiva; las crónicas sociales, que eran anacreónticas en prosa; todas las creaciones de su pluma, que brotaban espontáneamente, sin adornos postizos ni retoques, a veces con incorrecciones de nota al calor de sus impresiones del momento, eran pequeños y vibrantes poemas, en cuyo fondo contenían el amargor filosófico de su genial y afable escepticismo.

Puede asegurarse que Pío Viquez, prosista, es, en sus cualidades y defectos, un magnífico y peculiar producto de los tiempos que corren y de nuestro medio, donde se necesita para no caer en desmayo y para tomar por lo serio las diversas manifestaciones de nuestras luchas intelectuales, un espíritu de apóstol incorruptible y un temperamento en extremo inquebrantable y resignado, como el del Maestro Zambrana, cuya fe en la victoria de sus ideales es lámpara que no se apaga.

Por una parte, el burlesco escepticismo, la aparente indiferencia, la decepción risueña, la infinita tristeza que reboza en el fondo de sus escritos, aun en los más humorísticos, es proveniente, a no dudarlo, de la falta de medio, entre nosotros, para un alma de poeta. "pero esa tristeza, por sí sola, es obra buena, obra santa, obra ideal, porque unida a la de los pocos que luchan por el arte en nuestro medio pobre y mezquino, está labrando lentamente, como tenaz gota de agua en la roca más firme, un medio mejor y más generoso para los que han de venir, dentro de breve o largo tiempo, con el puro amor del arte en el fondo del alma".

Por otra parte, el carácter singular de su estilo complejo y alborotado como una cabellera de Medusa; que se retuerce en ondulaciones múltiples; que se contorsiona como un epiléptico; que gira en hermoso desconcierto, movido al mismo tiempo por asuntos baladíes como por grandes ideas y hondos sentimientos; que vibra de diversos modos, con sonoras y exquisitas vibraciones; que ilumina fugazmente, con fulguraciones eléctricas, al choque de pensamientos opuestos; que se deshace en ondas luminosas de duración efímera; todo el conjunto de heterogéneas rarezas que constituyen el carácter propio del estilo de Viquez, es el efecto producido sobre su naturaleza impresionable por nuestra civilización contemporánea, a la vez intensa, complicada y vertiginosa, que por el progreso casi fantástico que ha realizado, tan pronto nos trasmite en alas maravillosas de la electricidad los avances de la Ciencia y del Arte, como nos trae el mensaje de las cuestiones palpitantes que conmueven en cada minuto las sociedades modernas, y nos transporta en el vientre de los automóviles, con la velocidad del viento, de un punto a otro de la tierra, haciendo pasar nuestro espíritu, con la misma rapidez, por los estados de ánimo más variados y sutiles, tanto más radiantes cuanto más sensible y vibradora el alma que los siente.

La muerte de Pío Viquez fué violenta como sus concepciones de artista, como sus fugaces lucubraciones de prosador galante. En la madrugada del 10 de mayo de 1899, a los 48 años de edad, un golpe de corazón rompió su vida, la muerte apagó de un soplo el fulgor de sus radiantes pupilas azules, quedando trunco, apenas iniciado, el pedestal de gloria de un artista potente, cuya labor fué realizada al vertiginoso correr del pensamiento,

en brega dolorosa con las vulgares pequeñeces de la vida y bajo el mezquino influjo de nuestro rudimentario medio ambiente, asfixiante y mortal para quienes al cultivo de las artes bellas se dedican.

Febrero, 1903.

Mauro Fernández

La Patria está de duelo.

Después de una vida fecunda y luminosa, prolífica en inmensos beneficios para Costa Rica, rindió a la tierra su último tributo el eminente hombre público Licenciado don Mauro Fernández.

Es un gladiador formidable, que ha caído en la arena, derribado por las leyes misteriosas de la Naturaleza, pero no vencido, porque su espíritu vigoroso,—espíritu de gigante,—resistía todavía con empuje soberano las embestidas de la adversa suerte.

Es un astro esplendoroso que ha ido a ocultarse en Occidente, después de haber iluminado a raudales su camino.

Es un grande apóstol que muere, después de haber levantado con el poder de su vigorosa inteligencia, con la fuerza de su indomable verbo de gran convencido, el nivel intelectual de Costa Rica.

En la obra de regeneración patria que desde 1885 se ha emprendido, combatió con nobles entusiasmos, con viriles esfuerzos, con los maravillosos recursos de su compleja personalidad, en pro de los más sagrados intereses nacionales.

Su personalidad, como la de los héroes de Carlyle, presentó con la misma intensidad aspectos muy variados.

Convencido de la eficacia bienhechora de la luz sobre los pueblos, para su desenvolvimiento intelectual y moral, para la formación de su carácter y para el desarrollo de sus varias energías, se ordenó como sacerdote de la instrucción popular, luchó con denodado empuje contra las resistencias del oleaje conservador, y levantó sobre sus hombros el monumento de la Instrucción Pública, que hoy Costa Rica ostenta con orgullo.

Y fué el Pontífice Máximo de la Enseñanza Nacional.

Al servicio de la Patria, puso también en evidencia que su talento sabía penetrar en el fondo de las cifras, en los enmarañados problemas económicos, en la ciencia de las finanzas.

Su palabra fácil, elegante, fluida, correcta, palabra de gran tribuno, se desprendía de sus labios, a veces como un torrente impetuoso y desbordado, llena de irradiaciones y de fuerza, a veces suave y vibrante, como un canto apacible y serena, como un céfiro, pero llevando siempre en sus ondas el polen fecundante de las ideas.

La ciencia del Derecho era el pedestal de su vasta ilustración; y como defensor austero e impecable de la Justicia, su inteligencia fulguraba alentada por las irradiaciones de su espíritu indomable.

Fué un apóstol, fué un sabio, fue un luchador.

Con la muerte de Mauro Fernández, pierde la sociedad costarricense uno de sus más altos caballeros, un corazón grande y generoso, abierto siempre a todas las corrientes de la bondad, y una inteligencia superior que, como regueros de luz, derramaba sus sabias enseñanzas. La juventud pierde su compañero fraternal; pierde su amigo entusiasta; pierde su más sincero pro-

tector y su más ilustre consejero; la niñez pierde al más cariñoso y doctísimo de sus benefactores.

Con la muerte de este grande hombre, batallador y austero, el niño y el joven sienten las angustias de una inmensa, irreparable desgracia. Muere el padre de la enseñanza patria.

Pierde el Foro de Costa Rica un veterano de las leyes, cuya blanca cabeza, encanecida en los fragores de controversias generosas y gigantescas, puesta siempre en defensa de la Justicia y el Derecho, se destacaba erecta y luminosa como la cumbre nevada de un monte de los Andes.

La tribuna parlamentaria, que muchas veces tembló bajo su verbo fulgurante, y la tribuna forense, sobre la cual su palabra cautivadora se enardecía al calor de divinas inspiraciones, sienten hoy la nostalgia del gran tribuno, que abandonadas las dejó para emprender la jornada eterna "de donde nunca los viajeros vuelven".

Costa Rica pierde uno de sus más preclaros gobernantes, una de sus actividades directoras, que con más fe, con más empuje, con más constancia han batallado en los últimos años de nuestro florecimiento.

Y la familia de aquel venerable patriarca, pierde al soberano intachable de un hogar por sus excelsas virtudes resplandeciente.

¡Ah! ¡qué inmensa soledad debe sentir la viuda infortunada; qué honda y triste desesperación deben sentir sus mil veces desdichados huérfanos en esta hora de la eterna despedida!

Pero Mauro Fernández deja una estela inmortal en su carrera, deja su recuerdo grabado con caracteres imborrables en el corazón de la Patria; y cuando Costa Rica, en épocas de su futuro apogeo, proceda al recuento

histórico de sus grandes hombres, y haga desfilas el recuerdo de sus héroes, de sus tribunos, de sus apóstoles y de sus más preclaros estadistas, verá destacarse en primera línea la hermosa figura de Mauro Fernández, coronada por las inmarcesibles guirnaldas que el Ángel de la Gloria coloca sobre su frente, la Ley de Educación Común entre sus manos, cubierto en los pliegues del pabellón tricolor; y erguido de pie en el propileo del templo de Minerva.

Mauro Fernández es un mortal que pasa a la inmortalidad. El poeta inglés lo dijo: vivir en el corazón de los que dejamos atrás es no morir.

19 de julio, 1905.

El Centenario de las Cortes de Cádiz

Informe presentado como delegado del
Congreso Constitucional a la Conmemo-
ración del Centenario de las Cortes de
Cádiz.

CONGRESO CONSTITUCIONAL:

En cumplimiento de la honrosa designación que por acuerdo de la legislatura anterior se me hizo para asistir en compañía del señor Presidente de la Cámara, Licenciado don Ezequiel Gutiérrez, a los festejos del Centenario de la Constitución y Sitio de Cádiz, a que fué invitado el Congreso por el Gobierno Español, nos dirigimos a España, a donde llegamos en las postrimerías del mes de setiembre.

Los gloriosos acontecimientos que España iba a celebrar en conmemoración de las ilustres Cortes que dictaron la Constitución del 12 y de la ciudad heroica que en tanto discutía los preceptos libertarios del Código fundamental, sostenía con inquebrantable firmeza y valor legendario el asedio de las fuerzas napoleónicas, mantenían en la Península el más vivo entusiasmo y hacían que todas las clases sociales se dispusieran a participar en el regocijo nacional con el concurso de las Delegaciones de los pueblos de América, que nacieron a la vida de la civilización bajo el imperio de la nación inmortal que en

épocas pasadas fué señora del mundo y reina de los mares y que llenó con sus proezas la historia del planeta.

Quiso, sin embargo, la mala fortuna que dos acontecimientos inesperados apagaran un tanto el brillo de los entusiasmos con que España iba a celebrar su Centenario.

El primero fué el luctuoso acontecimiento de la violenta muerte de su Alteza Real la Infanta María Teresa de Borbón y Austria de Baviera, fallecimiento ocurrido a fines de setiembre y que llevó el más profundo duelo a Sus Majestades los Reyes de España y a toda la Real Familia y que cubrió de un manto de luto a la nación española, porque las excelsas virtudes de Su Alteza la Infanta, entre las cuales descollaba la bondad de un corazón generoso y magnánimo, hicieron que todas las almas españolas sintieran con intensa verdad aquel suceso luctuoso.

La muerte de la Infanta hizo que se retrasaran los días señalados para las ceremonias conmemorativas, que el programa primitivo se modificara y que en todos aquellos actos faltara la asistencia del Rey, quien habría dado con su presencia, la animación, el lustre y el fausto que el prestigio del joven Monarca lleva a todas las manifestaciones del alma popular española.

Otra circunstancia, de índole distinta pero que seguramente sacó en aquellos instantes de su normalidad el ambiente nacional, fué la huelga ferroviaria que por aquellos días se había planteado con amagos de una catástrofe general y que mantenía en expectación y actividad a todos los hombres eficientes de la España contemporánea, y con especialidad a sus hombres de Gobierno, entre los cuales el Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. señor don José Canalejas, de inmortal memoria,

desplegaba en aquel momento todos los recursos de su compleja y eminente personalidad para solucionar favorablemente—como pudo conseguirlo al cabo—aquel conflicto entre el capital y el trabajo.

Esta circunstancia hizo también que el señor Canalejas no concurreniera a las ceremonias de Cádiz, si bien en Madrid supo revelarse con las delegaciones americanas en toda la sencilla cordialidad de un espíritu vigoroso, de méritos reales y, por lo mismo, de modestia sinceramente democrática.

Oportunamente nos reunimos en Madrid con el señor Ministro de Costa Rica en Europa, don Manuel María Peralta, quien había sido nombrado en Misión Especial por el Gobierno de la República para asistir a los festejos del Centenario, y quien, en tal carácter, debía hacer nuestra presentación al Gobierno de Su Majestad.

El señor Peralta asistió a todos los actos oficiales en nuestra compañía y con él constituimos la delegación especial de Costa Rica, a la cual se le agregó, por muy buen acuerdo del Ministerio de Estado español, al galante y culto caballero don Bernardo Almeida, de quien recibimos las más delicadas y finas atenciones que cautivaron nuestro sincero y hondo reconocimiento.

Ninguna novedad diríamos para el Congreso Constitucional si hablásemos de la exquisita cordialidad con que supo tratarnos el señor Peralta y de los prestigios de que goza en España, por su espíritu cultivado, por su clara inteligencia y por el brillante desempeño de sus altas funciones diplomáticas.

Todas las Repúblicas hispano-americanas, con excepción de Nicaragua que entonces se encontraba envuelta en la guerra civil, respondieron al generoso llamamiento que España les hiciera, enviando numerosas y selectas

delegaciones de los Gobiernos y de los Cuerpos legislativos, que llevaran a la gloriosa nación española el mensaje del filial cariño de veinte pueblos hijos de su sangre y de su esfuerzo, que iban a disfrutar de sus justas alegrías en el seno de la familia hispana de ambos mundos.

Eran, como dijo entonces el ilustre con Segismundo Moret, veinte pueblos, setenta millones de almas, que respondían acordes a la voz de "Alerta" dada por España.

El 29 de setiembre fuimos recibidos por Su Majestad el Rey Alfonso XIII, todas las representaciones que no iban en concepto de Embajadas, las cuales se recibieron el siguiente día.

Por el luto de la Corte, el acto no tuvo carácter oficial y se verificó en la Real Cámara. Vestía el joven Monarca uniforme de Artillería con la banda roja del Mérito Militar y estaba acompañado de los Marqueses de la Torrecilla y Viana, y General Sánchez Gómez, Jefe de la Casa Militar.

El primer introductor de Embajadores, señor Conde de Pie de Concha, hizo al Monarca la presentación de los representantes americanos.

El Rey departió galantemente con cada uno de los miembros de las Misiones y tuvo frases de consideración personal y de afecto para nuestros pueblos, y recibió en aquel acto la significación del más sincero pesar por la desgracia que entonces afligía a la Real Familia.

Después de la recepción real, se sucedieron diversidad de generosos y espléndidos festejos, en los cuales se traslucía con elocuencia el ferviente deseo del Gobierno español y de todos los españoles de agasajar a los representantes americanos, de hacerles realmente grata su permanencia transitoria en el suelo de la Madre Patria

y de estrechar los vínculos de la fraternidad hispano-americana.

Las ceremonias en Cádiz se verificaron los días 3, 4, 5 y 6 de octubre y en todas ellas privó siempre un espíritu de muy acentuada simpatía hacia los pueblos de la América Española y muy especialmente hacia la República Argentina, donde los españoles tienen fincados grandes intereses y con quienes mantienen un poderoso intercambio intelectual y comercial.

Entre las regias ceremonias celebradas en Cádiz, figuran en primera línea, por su importancia y trascendencia, las veladas hispano-americana y parlamentaria, verificadas con solemnes pompas en el Gran Teatro gaditano ante el público de Cádiz, que recogía en aquellos actos la herencia de legítima gloria de sus ilustres predecesores del pasado siglo.

La velada hispano-americana se verificó la noche del 3 de octubre y en ella llevó la palabra, en representación de las Misiones, el Embajador de la Argentina, ex-Presidente de la República, don José Figueroa Alcorta.

El Senador don Rafael María de Labra, eminente personalidad que ha dedicado buena parte de sus fecundas actividades al estudio de los asuntos americanos, a la divulgación de las excelencias del nuevo continente y a la propaganda en pro de las vinculaciones de la raza hispano-americana, expuso en representación de la Junta Central del Centenario, la histórica importancia de las Cortes de Cádiz, la trascendencia de los candentes debates libertarios de sus meritísimos tribunos y la significación política y social de los preceptos fundamentales consagrados en la Constitución de 1812.

También llevó la palabra en aquella velada, en nom-

bre y representación del Gobierno de Su Majestad, el señor García Prieto, Ministro de Estado, quien de enfática manera reveló el deseo español de cristalizar en tratados internacionales las ideas de solidaridad iberoamericana, de tan diversos modos expuestas en aquellas ceremonias.

En la velada parlamentaria, verificada el 5 de octubre, se hicieron escuchar, entre otras voces, la del señor Arias Miranda, Ministro de Gracia y Justicia, en nombre del señor Presidente del Consejo de Ministros; la del señor Rivas, Alcalde de Cádiz; la del señor Aura Boronat en representación del Presidente del Congreso, Conde de Romanones; y la del señor López Muñoz, en representación del Senado; quienes a la vez que recapitulaban los alcances de las Cortes de Cádiz, expresaron en nombre de las Altas Corporaciones que representaban, los más firmes propósitos de solidaridad efectiva con los pueblos ibéricos de la América.

Después que se escucharon las ideas de algunos representantes americanos, el inmortal tribuno don Segismundo Moret, hijo de Cádiz y gloria de España, jefe meritísimo de una de las fracciones más importantes del Congreso español, finalizó aquellos actos con la exposición más luminosa de las ideas atinentes al Centenario y al concurso de naciones que en él participaban.

Cádiz puso en aquella oportunidad, por medio de sus autoridades civiles y militares y con el pensamiento y el corazón de todos sus hijos, el más alto empeño en que la glorificación que se hacía respondiera a su magnitud y trascendencia históricas y en que, bajo los esplendores de su cielo, los representantes americanos disfrutaran de los afectos y del ambiente de la propia patria.

De regreso de Cádiz en Madrid, se recibieron nuevas y repetidas manifestaciones de cariño, consideración y simpatía de las diversas entidades que constituyen el exponente más alto de la Nación Española.

En casa del señor Conde de Romanones, Presidente del Congreso, fueron especialmente agasajadas las representaciones legislativas; en el Senado se verificó una espléndida recepción en honor de las Misiones, y la Unión Ibero Americana, la Cámara de Comercio y un Comité popular, ofrecieron, en singulares y magníficos actos, el tributo de la más efusiva cordialidad a las naciones que allí tenían sus legales personeros.

En todas partes de España, lo mismo en Madrid que en Cádiz, en Jerez, en el Puerto de Santa María y en la histórica ciudad de Toledo, se nos recibió con las mismas demostraciones de regocijo, con el mismo anhelo de fraternidad, con el mismo espíritu de hidalga cortesía.

España se propuso en todos los actos de aquel Centenario, a la vez que conmemorar el recuerdo de las Cortes que la constituyeron bajo los fundamentos de la soberanía nacional y de consagrar los hechos de las armas gaditanas frente a los ejércitos invasores del gran Emperador de los franceses, unir en su suelo maternal a los veinte pueblos que nacieron bajo su glorioso imperio, transmitirles el fuego de sus amores, fomentar bajo su égida el sentimiento de solidaridad de los hombres de su estirpe, de su sangre y de su lengua, y poner en evidencia el poder mundial de todas las naciones de su raza, si por los vínculos de la civilización presente, se estrechan, se penetran, se confunden los altos intereses de la poderosa entidad étnica ibero-americana.

Y a fe que España ha conseguido, al menos, la iniciación de sus propósitos: porque en su regazo maternal ha for-

talecido, con el sentimiento de la gratitud, el cariño que a la Madre le debemos y que por ella sentimos; porque los veinte pueblos hispanos, diseminados en los inmensos territorios del Nuevo Mundo y algunos de ellos más distanciados entre sí que de la vieja Europa, al reunirse en la casa solariega de sus mayores, pudieron conocerse y apreciar la fuerza poderosa que representan en el concierto universal y la imperiosa necesidad de aproximarse para constituir un haz de naciones llamadas a realizar un mismo destino; porque como resultado inmediato de ese acercamiento, no tardarán en surgir nuevas y fecundas iniciativas; y porque España supo revelar, en la generosidad de sus regias pompas, la bondad de sus intenciones para los pueblos de la América y los altos propósitos que la inspiran, en la consecución de la solidaridad y autonomía de la raza hispano-americana.

En los términos que preceden informo al Congreso Constitucional del desempeño del alto encargo con que hubo de investirme y por el cual le rindo, una vez más, el respetuoso homenaje de mi sincero reconocimiento.

San José, 12 de mayo de 1913.

C. C.

TOBIAS ZÚÑIGA MONTÚFAR

Su Majestad, El Pensamiento

El Arte, la Filosofía y la Ciencia, cuyos orígenes se pierden con los orígenes de la humanidad, no cesarán jamás de escudriñar los arcanos y maravillas de la Naturaleza, que forman en conjunto la celeste armonía de los mundos.

El microscópico universo de los átomos que en impalpables vibraciones vuelan en el espacio, y las inmensas moles luminosas de los sistemas solares que, como cuadrigas radiantes, ruedan en el infinito; las diminutas luciérnagas que titilan en las sombras de la noche, y las deslumbradoras constelaciones de estrellas que fulguran en la bóveda del cielo; las diamantinas gotas de rocío que se mecen bajo las frondas en la fragante cuna de las flores, y las enormes masas de agua que eternamente gritan y se revuelven en sus cauces; el pequeño, invisible grano de arena que viaja sobre las ondas del desierto, y las majestuosas pirámides que forman las montañas; la apacible luz de la luna que rompe los velos de las tinieblas, y la serena y dulce claridad de las pupilas femeniles, que rompe las oscuridades de la vida; todo lo que nos rodea, desde lo finito hasta lo infinito, desde lo palpable hasta lo impalpable, desde lo fugaz y

efímero hasta lo estable y eterno, lleva imbíbida una misteriosa fuerza creadora, parece obedecer a una ley inexorable de contrastes y armonías, y produce, al contemplarlo con los ojos de artista que todos llevamos en el alma, el más íntimo, el más profundo, el más sincero sentimiento de adoración a lo que es bello, a lo que es fuerte, a lo que es sabio y perfecto en su íntima composición, a lo que es, en fin, la sagrada madre Naturaleza.

Aquí está la Tierra, fecundadora y vigorosa, en rotación incesante en derredor del gigante astro de fuego y de luz que vaga desbocado por las ignotas regiones del éter, por las altas claridades o por los abismos de las caóticas tinieblas; aquí está la Tierra que, en vertiginosa carrera nos lleva sobre sus espaldas de innumerables elementos, de sublimes espectáculos, de impenetrables misterios constituida: árboles prolíficos que refrescan la atmósfera de los cálidos parajes y que regalan a los seres vivientes con el rico tesoro de sus frutos; minerales preciosos que se deslizan en las arenas de los ríos o que se ocultan en el seno de las graníticas montañas; preñadas nubes, que después de pasearse majestuosas por el diáfano azul de los cielos, abren sus entrañas para arrojar sobre la superficie torrentes de agua purificadora y fecundante o lluvias de rayos exterminadores; huracanes que en furiosos arrebatos todo a su paso lo devastan; tempestades del océano que en apocalípticos corajes desafían las iras de las tormentas y la metalla del eléctrico fuego; perfumadas flores que embalsaman la atmósfera con elixir de vida; abejas infatigables que con extraordinario ingenio y labor perseverante construyen sus pequeñas fábricas de almíbar; adorables mujeres, diosas de la creación, señoras del Mundo, que con el angélico fulgor de sus ojos eclipsan las irradiaciones estelares,

que con los suaves contornos de sus formas idealizan la belleza, que con la dulce sonrisa de sus labios alegran los corazones, que con el blando murmullo de sus palabras dulcifican las almas, y con la ingénita bondad de sus ternuras celestiales hacen amable y querida la ruda pesadumbre de la existencia; todos estos elementos y espectáculos que presenta el globo en que vivimos, son notas, vibraciones, armonías, tonos, pinceladas del concierto de las esferas, ante cuya majestad omnipotente con reverencial respeto y con tímido fervor nos rendimos.

Bajo el imperio de la Mitología, cuando se daban los primeros pasos en el campo de la Ciencia y las causas de los fenómenos universales eran entonces escasamente conocidas, la fantasía ocupaba preferente lugar en las manifestaciones de la inteligencia, y ante la imposibilidad de satisfacer la innata curiosidad del hombre y de explicar las relaciones necesarias que se desprenden de la naturaleza misma de las cosas,—que diría Montesquieu,— las fuerzas ocultas y los soberbios espectáculos del universo eran simbolizados por mitos y divinidades, productos exuberantes de una poderosa imaginación artística, que aun perduran con caracteres inmortales en toda su lozanía original, como fuentes inagotables de poesía, saturadas de sabias y filosóficas enseñanzas, o como esplendorosa floración de estrellas que, al través de las edades, figuran con irradiaciones prepotentes en el cielo del humano pensamiento.

Para aquellos hombres, que se contemplan en sus obras imperecederas, al través de los siglos, como criaturas de otros planetas, la vida tenía, en medio de su primitiva sencillez, algo de vaporoso, de ideal, de sutil, de fantástico, que parecía abarcar las supremas ansias y las manifestaciones todas del alma humana.

El Caos, ese abismo ante cuya magnitud nuestra inteligencia sólo descubre sombras, era para ellos una masa informe, que no tuvo padres que la crearan y que fué al mismo tiempo el génesis de todas las cosas, el principio del Día y del Eter y el origen de las Tinieblas y la Noche; divinidades incommensurables que simbolizaban la infinita oscuridad y la luz infinita, el antro de las sombras tenebrosas y el piélagos de las radiosas claridades.

La ley de las leyes, la causa de las causas era para ellos el Destino, severo y venerable anciano que tenía a sus plantas una esfera, en la diestra mano la caja guardadora de la suerte de todos los mortales, que se aconsejaba de una diosa implacable, la Necesidad, y que hacía cumplir sus inexorables mandatos por medio de las cortesanas de Plutón, las Parcas inexorables.

Y así como el Caos, y así como el Destino, todas las demás fuerzas y elementos de la Naturaleza, como el Cielo, que pone un manto de luz en el infinito, como el Tiempo, que en su incesante y veloz carrera todo lo crea y todo lo destruye, como el Fuego, como el Océano, como el Huracán, como la Tormenta, eran encarnados en divinidades sagradas que ejercían un poder omnipotente y fatalístico en los fenómenos universales.

Pero entre todos los símbolos de la bella teogonía pagana, resalta la figura inmortal de Apolo, apuesto doncel, plétorico de juventud, de cabellera suelta, rizada y rubia, la frente coronada de inmarcesibles laureles, adornado con los excelsos atributos del Talento, de las Artes y las Ciencias, y que, al pulsar las divinas cuerdas de su lira, dulcificaba las hirvientes pasiones de los hombres, atraía y domaba los animales salvajes, animaba los bosques y movía las piedras de Troya, refrenando con su mágico poder los tres reinos de la Naturaleza,

y simbolizando, así, todos los atributos del pensamiento humano, que es la más potente, la más bella y la más admirable de las maravillas de este mundo.

Fuerzas orgánicas vivas, exquisitamente combinadas, o chispa divina, o espíritu inmortal encarnado en la materia, el pensamiento humano es, de todas las maravillas de la Naturaleza, la que mayor asombro y adoración nos produce, la que mayor deleite nos proporciona, la que mayor ventura nos conquista en la vida.

El pensamiento humano, en su vuelo majestuoso al través de los siglos, ha dirigido la acción de los hombres hacia el lento dominio de los tres reinos de la Naturaleza.

En la vida de relación, en la esfera de la Moral y del Derecho, el pensamiento ha refrenado los instintos primitivos del hombre; y del estado rudimentario y tras-humante del salvaje, en que los más brutales sentimientos del egoísmo sanguinario eran la única norma de conducta y la única inspiración de los mortales, y del régimen abominable en que la fuerza era la única y suprema ley del mundo, ha formado lentamente las grandes colectividades de complicados y heterogéneos mecanismos, que descansan sobre las filosóficas concepciones de la paz, de la libertad, de la confraternidad, del respeto a nuestros semejantes, de la caridad y del trabajo, que fulguran a través de los siglos sobre la nimbada frente del Nazareno inolvidable, y que día por día se penetran más en la conciencia y se cristalizan en las instituciones políticas e internacionales de los pueblos, acercándonos al ideal de una humanidad nueva que brinde al hombre toda la ventura de que puede disfrutar en su peregrinación por el planeta.

En la vida de la especulación científica, el pensamiento ha ido penetrando pacientemente en los arcanos

universales, arrancando los secretos y subyugando los elementos de la Naturaleza; ya descubriendo las leyes inmutables que rigen los cuerpos en su evolución celeste, pesando los astros y analizando los movimientos de los sistemas solares en el infinito; ya penetrando en el átomo y sorprendiendo a los microorganismos en su desenvolvimiento; ora internándose en los laberintos de la organización íntima del hombre para conocer su exquisita estructura, para apreciar en sus detalles impalpables el universo que se agita en las regiones del cerebro y para sorprender los movimientos del corazón y de la sangre y las radiantes vibraciones de la sutil urdimbre del sistema nervioso; ya internándose en las entrañas de la Tierra, para escudriñar su recóndita composición, para aprovechar sus tesoros, para adivinar la pretérita vida de las edades, para analizar las energías subterráneas del mundo; ora aplicando las fuerzas combinadas del agua y del fuego en las máquinas del trabajo y en las ciudades flotantes que cruzan los mares; ya desprendiendo de los cielos el relámpago y aprisionando el rayo para iluminar la noche de las urbes, o para aplicar sus corrientes a las más variadas, complejas y sorprendentes invenciones, que economizan enormes caudales de trabajo animal y que acortan las distancias en el vientre de los automóviles, en los cables submarinos, en las ondas sonoras; ya haciendo, como el de los peces y los panes, el milagro de multiplicación de la palabra por medio de las vertiginosas rotativas de la imprenta; ya, en fin, sorprendiendo a las aves en su vuelo prodigioso para internarse en las claridades del Sol, no como Icaro para quemar sus alas en su atrevida empresa, sino como el Angel para acercarse a Dios en los divinos secretos de su infinita sabiduría.

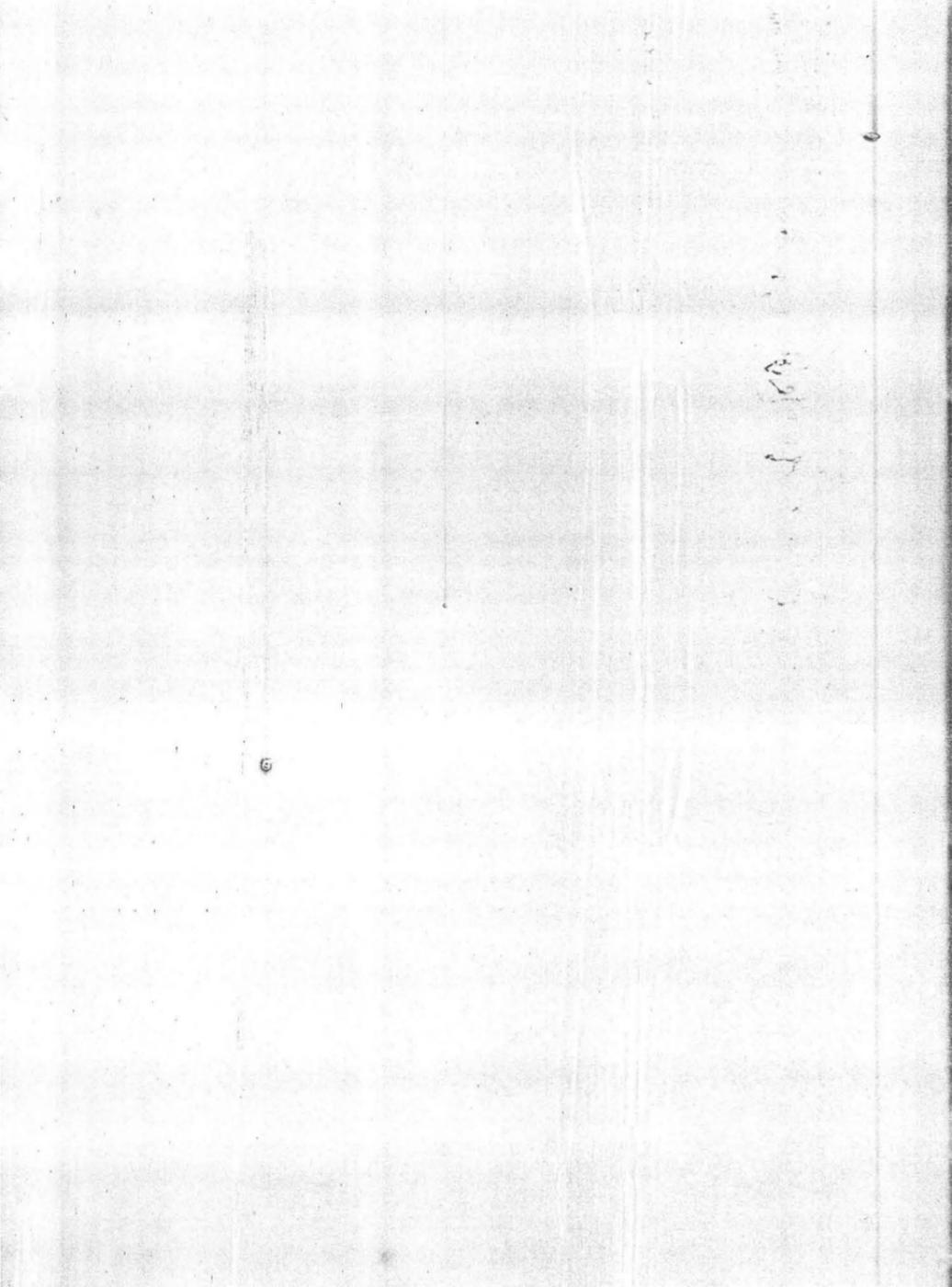
Y así como en la vida de relación y de la especulación científica el pensamiento ha ido desentrañando en la esfera de la Filosofía, de la Moral y del Derecho los excelsos atributos de la personalidad humana, y abordando las leyes universales, para darles prácticas aplicaciones y aprovechar en mayor grado los preciosos dones con que el universo nos regala, el pensamiento, también, ha sorprendido en sus encantos, por medio de las artes bellas, al hombre y a la Naturaleza, interpretándolos, dignificándolos, idealizándolos, elevando los sentimientos humanos a las regiones ideales de la armonía, de la línea, del color y de la palabra, en los palacios de la arquitectura, que copian las curvas de los cielos y los perfiles de la tierra; en los monumentos de mármoles y bronces, que cristalizan en la materia contornos atrevidos y formas impecables; en los rasgos y colores de la pintura, que transporta del arco iris sus matices; en las vibraciones de la música, que recoge las recónditas armonías que palpitan en el alma de todas las cosas creadas; y en las concepciones de las artes literarias, que compendian todas las artes, que resumen todas sus excelencias, que traducen las ideas y los sentimientos en la forma incorpórea y puramente subjetiva de la palabra, eterna al través de las vicisitudes de las edades, movable al través de los tiempos y del espacio, rápida como la electricidad, sutil como el aire, diáfana como la luz, que por medio de la escritura se multiplica y difunde de alma en alma, de pueblo en pueblo, de raza en raza; que pinta, esculpe, construye y canta; que se anticipa en los vastos dominios de la imaginación, por el golpe del genio, a los avances de la Filosofía y de la Ciencia, y que perpetúa el complejo espíritu de la humanidad en sus bregas interminables hacia los horizontes del progreso.

Por todos estos prodigios que el pensamiento realiza, ha llegado a ser,—no por imposición demente de los hombres, como se hizo en época memorable de la Historia, sino por la virtud de sus propios atributos,—el Dios supremo, el único Dios indiscutible que tiene un altar en todos los espíritus y ante el cual se postran de hinojos todas las naciones; y las mezquitas, las sinagogas, las pagodas, las iglesias, las grandes catedrales de las religiones positivas se van diluyendo en las sombras del pasado, y en su lugar se levantan, airosas y triunfantes, y se multiplican por todos los ámbitos del orbe, las escuelas, los colegios, las universidades, las academias, los laboratorios, las bibliotecas, los ateneos, como únicos templos que van quedando en pie para consolar y redimir de sus quebrantos a la humanidad contemporánea.

Y por mucho que una casta de hombres, la de los pretensos hombres prácticos, los que por serlo demasiado individualmente son, sin duda, los menos prácticos en el concierto social; los que recorren la existencia como en una expedición de argonautas en busca del vellocino de oro; los que sólo aprecian la vida por las satisfacciones materiales que produce y por sus manifestaciones esencialmente egoístas y bursátiles; por mucho que esa casta se ufane en mirar con desdén compasivo o con altanero menosprecio a los hombres que, por amor a la gloria y a sus semejantes o por satisfacción de sus espíritus selectos, generosamente se engolfan en los serenos dominios del pensamiento, ellos mismos, los prácticos, no pueden negar jamás y tienen que reconocer por la evidencia de la verdad y de los hechos, que todos los elementos que la civilización actual facilita para la vida del comercio, de las industrias y del confort material, son, como toda obra humana, productos legítimos

del pensamiento en su evolución lenta, pero segura y trascendental, en el decurso de las edades, y que, sin el aliento propulsor de las ideas, vivirían todavía, a la mayor proximidad del mono, en el fondo de las cavernas primitivas.

25 junio, 1914.



Rubén Darío

Cuando Rubén Darío, en la plenitud de la vida, abandonó, en incierto viaje de aventuras, sus tierras solares, donde al amor de sus lagos había cantado las garzas blancas y garzas morenas, iba repitiendo por el mundo, con nostálgicas entonaciones, la clásica frase que cristaliza, más que la ingratitud de los pueblos para sus hombres de genio, la superioridad individual al medio ambiente de cultura en que nacieron: "nadie es profeta en su tierra".

Y al volver al regazo natal de Nicaragua, coronada la frente apolínea por el prestigio universal, era ya el gran profeta, consagrado por su pueblo después de la consagración de una raza, que iba a morir a la ribera de sus lagos y bajo el sol de sus amores, como un príncipe glorioso conquistador de vastos imperios en lejanas tierras.

Pompas, ditirambos, fúnebres oraciones, salmos, elegías, campanas que lloran, flores de cariño, músicas de réquiem, liturgias episcopales, civiles procesiones, el alma selecta de la Patria rindiéndole pleito homenaje a la vera del sepulcro, después de haber colmado de posterras bendiciones y ternuras su lecho de muerte.

¡Gran emperador que moría sin otro cetro que el poder de su mágica pa'abra!

¡Gran pontífice en la Iglesia del Arte, sin otra tiara que la de su cabeza esclarecida!

No tuvieron muchos hombres de genio la misma ventura, la suprema felicidad de este mago de la palabra en las horas de agonía ni al tramontar las regiones de la Eternidad.

Su nombre había llenado por un cuarto de siglo, en ondas magistrales, las tribunas de las letras hispano-americanas.

En el Boulevard de los Inválidos de la Ciudad Luz, en el regio salón lírico del quinto piso, donde el Carlomagno de la poesía, Leconte de Lisle, presidía el cenáculo parnasiano con la asistencia de los iniciados Catulle Mendés, Francois Coppée, Villiers de L'Isle Adam, Luis Menard, José María de Heredia, León Dierx, Armand Silvestre, Sully Prudhomme y demás devotos de la secta, se unían, omnipresentes, en sus espíritus, en el pasado, presidiéndoles, el alma inmensa de su divino precursor, el sacro cesáreo Víctor Hugo, Dios del pensamiento que está en el cielo del Arte, santificado; y en el futuro, en el viejo y nuevo mundo de las hispanias, el espíritu de Rubén Darío, que vagando por el ambiente de luz astral del Parnaso, recogía las magníficas orquestaciones verbales de la hechicera lengua de Lutecia, para inundar después de innovadoras armonías la lírica hispano-americana.

Víctor Hugo fué el precursor, el Dios creador de las nuevas formas literarias que rompieron los clásicos decires y pensares de la Francia inmortal; y Rubén Darío, arrancando los secretos del verbo innovador, los sustituyó con las melodías de su tropical inspiración en las viejas prosas tribunicias de América y de España y en las monótonas y por largos siglos estacionarias rimas del habla castellana.

Si Leconte de Lisle brillará siempre al fulgor de

Hugo—al decir de Darío,—, Darío brillará siempre al fulgor de Leconte de Lisle, por mucho que, como él mismo lo confirmara, hubiera cedido a otras vigorosas influencias de antaño y de la modernidad.

“¿Qué portalira de nuestro siglo—dijo Darío—no descende de Hugo? ¿No ha demostrado triunfalmente Menéndez—ese hermano menor de Leconte de Lisle—que hasta el árbol genealógico de los Rougon Macquart ha nacido al amor del roble enorme del más grande de los poetas? Los parnasianos proceden de los románticos, como los decadentes de los parnasianos. “La leyenda de los siglos” refleja su luz cíclica sobre los “Poemas Trágicos, Antiguos y Bárbaros”. La misma reforma métrica de que tanto se enorgullece con justicia el Parnaso, ¿quién ignora que fué comenzada por el colosal artífice revolucionario de 1830?”.

Por lo mismo, la revolución hispano-parlante de Rubén Darío nace indirectamente del romanticismo hugueano, pero arranca inmediatamente del pontífice del Parnaso, Leconte de Lisle.

Miguel de Cervantes Saavedra, Teresa la Santa, Gracián, Don Francisco de Quevedo y Villegas, Góngora, entre los españoles, según su propio decir, saturaron su espíritu de viejas armonías y pensamientos seculares; Gautier, Flaubert, Verlaine, Mallarmé, los simbolistas como los decadentes diéronle matices diversos a su genio; pero fué el sumo sacerdote Leconte de Lisle, con sus “versos de bronce, versos de hierro, rimas de acero, estrofas de granito”, quien engendró, dándole la sangre, el hueso, la médula y el inicial arranque, al portalira del modernismo hispano-americano.

El mismo amor del Jefe del Parnaso a la belleza helénica, en la cual encuentra la fuente caudalosa de la

inspiración artística, se plasma en las obras perdurables de Darío. Y cuando no es la Grecia clásica de los dioses inmortales la que refleja su majestuoso panorama en las concepciones estelares de Darío, cuando no es la trompa épica de Homero la que repercute en las vibraciones de su tricorde lira o en las cañas de su flauta pánida, es la magia seductora del Versalles del dorado siglo diez y ocho y la ática floración de ingenios exquisitos de la Francia del Rey Sol, la luz que cristaliza en diamantes su criollo pensamiento.

El poeta así lo dice:

Y entonces era en la dulzaina un juego
De mistericas gamas cristalinas,
Un renovar de notas del Pan griego
Y un desgranar de músicas latinas.

Y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
Y muy moderno; audaz, cosmopolita;
Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo
Y una sed de ilusiones infinita.

No decimos que Rubén Darío cincelara todas sus concepciones en el mármol pentélico de Leconte de Lisle en que Núñez de Arce, en España, cinceló todas sus estrofas. El espíritu creador, amplio y variado de Darío tuvo muy distintas manifestaciones, hasta el punto de modernizar los antiguos romances españoles. Decimos que era parnasiano en su iniciación y que en sus transformaciones y modulaciones sucesivas mantuvo su carácter inicial en el afán de renovación del verso, dándole mayor vigor, más dulzura y más altas sonoridades, objetivándolo, precisándolo más a ideas concretas, en la íntima melodía de una música ideal y fonética.

No hacemos obra de análisis. La trascendencia de la

revolución métrica rubendariaca, de sus procedimientos, de sus ideales, de su fuerza generatriz, de sus aspectos diversos, ha sido expuesta, magistralmente, por los más doctos artistas de la crítica castellana y por el mismo Darío en múltiples dilucidaciones y manifiestos. Nuestras palabras son de entusiasmo, de admiración ingénuas, que bien podrán calificarse como inconsultas lucubraciones por los sabios doctores de las letras, o como infecundas y ociosas cavilaciones por los intransigentes moneteístas devotos del alado Mercurio.

Para juzgar a Rubén Darío en la plenitud de su obra, para comprender la amplitud de su alma, la profundidad de su pensamiento, su amor a la suprema belleza, su respeto por todas las manifestaciones de fuerza del intelecto humano,—aun aquellas más alejadas de su temperamento de artista,—y su meditación religiosa sobre los problemas de la vida cuando no sobre los misterios de la muerte, hay que leer con ascética devoción sus bellas y nutridas y cinceladas y rutilantes prosas:

Prosa policroma y de estudio, de erudición sabia y de revelaciones estéticas, de labor benedictina y apostólicas propagandas, en "Los Raros".

Prosa de arte, seductora, de encanto, de delectación y de ensueños; prosa de colores y armonías, de músicas aladas y amargos símbolos, en "Azul".

Prosa robusta y preciosa; prosa rica de expresiones y de giros, opulenta de ingenuas admiraciones y llena de dolorosas verdades; prosa patriótica y aristocrática, inflamada por ardorosas ansias de renacimiento, en "La España Contemporánea".

Prosa sutil y reverente, de síntesis y análisis, de exégesis de arte, prosa musical y religiosa, en "Peregrinaciones", en "Parisiense", en "La Caravana Pasa".

Prosa, en fin, delectable, de sus relatos de viajero, de sus estudios de pequeños y grandes hombres, de ilustres o frívolas mujeres, de cosas extraordinarias y acontecimientos singulares; prosa de selección, laborada al amor del jardín de sus ideales en el reino de su fecunda fantasía, recopilada o diseminada por el mundo como cauda luminosa de un éxodo de cometa.

Leyendo en sus prosas a Darío, se comprenderá mejor que quien a los asuntos por él tratados llevaba tan minuciosas acotaciones, tan sucintos análisis, tan refinado amor a los progresos del espíritu humano en sus complejos y múltiples aspectos, tan personales observaciones hijas de su genial talento, tan raras, sutiles, elegantes y nuevas formas de lenguaje, no era, no podía ser, en la poesía, como le suponen el vulgo letrado de las gentes o sus menguados imitadores de pacotilla, un simple gaitero mendicante, productor de extravagantes fanfarrias, sino una mentalidad de superior cultura, un artista, un poeta, que conocía a lo hondo en su complejo mecanismo y en su vasta trascendencia estética el maravilloso instrumento verbal con que la naturaleza le dotara.

La América Indo-Hispana, conglomerado en fermentación de levadura cosmopolita, tierra de inmigración para todas las razas del Continente Antiguo, después de ensayar por medio siglo orientaciones distintas a las heredadas de la colonia y de los tiempos heroicos de la independencia, con su espíritu abierto a la rosa de los vientos de la cultura universal, con su amor fervoroso a la civilización francesa y con su predominante eclecticismo literario, era ambiente propicio para la reforma del verbo nuevo. Y Rubén Darío, acogido y celebrado en las grandes urbes sudamericanas como alto exponente de las letras continentales y como mentor de nuevas generacio-

nes, fué un grito en América, si no como precursor si como individualidad representativa de sus nobles ansias de reforma y de sus étnicas tendencias a la posesión de una cultura superior autóctona.

Después el poeta, en su peregrinación sideral, llegó de la América a España, la España conservadora, agarrada entonces con raíces seculares al siglo de oro de sus clásicas letras. Cumpliéndose la predicción profética del pensador y estilista uruguayo José Enrique Rodó, si Darío no cosechó en España las asperezas de una guerra sin tregua, porque ya entonces estaba consagrado por el Pontífice de la crítica española, el ático don Juan Valera, y benévolutamente la atendían algunos de sus proyectos intelectuales, encontró "un gran silencio y un dolorido estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una elegía, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco en la soledad donde aquella madre de vencidos caballeros sobrellevaba—menos como la Hécube de Eurípides que como la Dolorosa del Ticiano—la austera sombra de su dolor inmerecido.

"Llegó a España el poeta llevando nuevos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común, que es el arca santa de la raza; destacóse en la sombra la vencedora figura del arquero; habló a la juventud, a aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no daba flores tras el invierno de los maestros que se iban, y encendióla en nuevos amores y nuevos entusiasmos. Y en el seno de esa juventud que dormía, su llamado fué el signo de una renovación; y pudo ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía su presencia, como la de los príncipes que, en el cuento oriental, traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta".

Así, hoy que ha muerto, le glorifican en España como el precursor del moderno renacimiento literario, al punto de que, vigorosas personalidades de su intelectualidad dirigente le marcan ya, desde las más altas tribunas de la prensa, un puesto ideológicamente insustituible en el desenvolvimiento del habla castellana.

“La historia del teatro y de la novela castellanos modernos, ha dicho Gómez Baquero (Andrenio) después de la muerte de Darío,—se puede escribir prescindiendo de América. La de la poesía lírica no. Ella es obra de Rubén Darío, principalmente. Para apreciar su importancia, para ver la trascendencia de su influencia poética, hagamos esta sencilla consideración: Faltaría algo esencial en la historia de la literatura española moderna, si no mencionásemos a los otros ingenios americanos, a Bello, a Cuervo, a Montalvo, a Caro, a tantos otros? Evidentemente no. Y si quisiéramos omitir a Rubén Darío, al tratar de la lírica moderna, se notaría la omisión en esa historia? Sí. Quedaría incompleta, mutilada, sin lógica, con una laguna o un enigma en los orígenes de su transformación. Esto da la medida de lo que representa Rubén Darío en la literatura castellana contemporánea”.

Hemos hablado del artista de la palabra. Para el hombre no tenemos ditirambos. Nunca hemos creído que los estímulos de la disipación de la vida acrecienten la potencia de la inspiración artística; antes bien, por leyes fisiológicas constituyen fuente lamentable de prematuras cuando no suicidas decadencias para los astros del pensamiento humano.

Dejamos, por tanto, al hombre, en el sagrado inviolable de su vida bohemia y de sus paraísos artificiales.

No es en las oquedades de su revuelto nido donde

el águila nos cautiva, ni en las penumbras de su cubil donde el bello leopardo nos seduce. Estas fuerzas de la naturaleza las admiramos: al águila, con sus hipnotizantes pupilas y su frondoso plumaje, cuando tramonta los cielos en raudó vuelo soberano en las glorias del sol; y al leopardo, con su marcial apostura, con su piel de manchado terciopelo y sus fauces de misterio, cuando impera, ¡gran rey! en sus dominios de las selvas seculares.

Ya el linóforo llegó en lo eterno a la ciudad por él imaginada a la muerte de un genio, a la ciudad de Walhalla o Jerusalén, "ciudad de héroes, de artistas, de sabios y de poetas: ciudad de los genios de la fuerza, los genios de la belleza, los genios del carácter y del corazón, los genios de la voluntad, ciudad de las almas soberanas que giraron por la tierra, actualmente cumpliendo con su misión semidivina".

Llega Darío al coro magno de los inmortales, por él soñado en mística visión.

"Junto a los boscajes de ensueño de esa sublime ciudad, Jerusalén o Walhalla, los pensadores y los soñadores siguen en peregrina ascensión construyendo las fábricas de sus cálculos, los palacios de sus fantasías. En un aire de luz cruzan las ondas de los pensamientos como en una electricidad suprema".

A su llegada saturan súbitamente las altas claridades un rumor de alas, un hálito de flores, un resplandor de estrellas y la música infinta del alma de las cosas que moran en la Tierra. Un murmullo de salutación nace en la ciudad eterna de los inmortales, y Víctor Hugo se adelanta para recibir,—El lo dice,—a su Vicario de América y España

21 1/2

La Pesadilla de la Bancarrota

Hace algún tiempo que, al abandonar diariamente mi banquillo de diputado,—que por voluntad de una fracción del pueblo de Costa Rica ocupo,—salgo de la Cámara Legislativa abrumado por el peso de las más desconsoladoras ideas, de las más pesimistas preocupaciones.

Este Congreso, reflejo del alma nacional,—me digo,—es un caos, una confusión, una enmarañada cabellera de Medusa. Aquí todos estamos desconcertados, los de arriba y los de abajo, en las alturas y en el llano. No hay derroteros, no hay métodos, no hay ideales. Todos vamos al azar, sin dirección, sin rumbo, sin concierto. Hoy se piensa en un sentido, inspirados por un interés de momento, y se habla y se discute y se gestiona, con calor, con énfasis, con bríos; pero al día siguiente, o a los días siguientes nos inspira otro interés pasajero y contradictorio, otras tendencias, otras emociones, y se habla y se discute y se gestiona en opuesto sentido, con el mismo calor, con el mismo énfasis, con los mismos bríos, sobre asuntos de menor cuantía, de importancia baladí, de escasa trascendencia ante la magnitud de los problemas que nublan nuestra vida del presente y que oscurecen los horizontes de la existencia nacional.

Y así, moviendo nuestros pensamientos, y nuestras

iniciativas al calor de las efímeras emociones del momento, hemos venido marchando en este intrincado laberinto de la vida pública, como una barca sin timón a merced de los furiosos embates de la tempestad.

Es un torbellino de proposiciones, de iniciativas, buenas o extravagantes, pero sin método, sin programa, sin armonía, al capricho, en un afán desconcertado y desbordante.

Y en presencia de este vértigo arrebatado, donde las mejores intenciones se ahogan, donde las ideas más bien concebidas se apagan, donde las iniciativas salvadoras se desvanecen, el espíritu se agobia y los entusiasmos decaen en el silencio del pesimismo abrumador.

Por eso he presenciado con el estupor que produce el vértigo, con la sensación del abismo, esas largas horas de discusión baldía: y al abandonar diariamente el salón parlamentario, llevé mi espíritu agobiado, confundido, y revolotean en mi pensamiento ideas crueles y desconsoladoras, que me hacen mirar la sucesión de los acontecimientos con el asombro, con la pasividad con que se contempla lo inexorable!

Una tarde, mi espíritu tuvo nuevas y violentas sacudidas y extrañas vibraciones: se habló en la Cámara, por los tribunos más vigorosos, con extraordinario empuje y clarovidentes declamaciones, en un ambiente como de celestial inspiración, caldeado por el fuego de la palabra en rebeldía contra el régimen imperante. Se habló de la azarosa vida nacional, de sus vicios consuetudinarios, de sus erogaciones y sangrías caudalosas, de sus

deudas interiores y exteriores, fabulosas para nuestras fuerzas y recursos. Y se hablo del desconcierto general, de los errores de arriba y de abajo, del presente sombrío y de la posible bancarrota del futuro.

El revuelto remolino de aquellas ardorosas lucubraciones, agitaron mi pensamiento y despertaron mis dormidas zozobras; y salí del dorado salón parlamentario más confundido que nunca y hondamente preocupado por la parte de responsabilidad que en este desconcierto me corresponde.

Al anochecer, me quedé, medio aturdido, dormitando en el diván de mi gabinete de estudio, y por mi excitada imaginación desfilaban, como ejércitos de apocalípticas visiones, como parvadas de fantasmas de un caleidoscopio maravilloso, las más extravagantes concepciones.

Y me quedé dormitando, bajo el influjo de un inquietante sopor, cuando se acercó lentamente, a la orilla del diván, un venerable anciano montañés, de lengua y desordenada barba profética, de ojos fulgurantes, de vestimenta humilde, de aspecto rústico y patriarcal. No tardé en reconocer en él a mi viejo y querido maestro de la adolescencia, quien cansado de vivir en el enervante oleaje de la ciudad, en el fragor de las pasiones políticas, en la febril agitación de los negocios urbanos, en el vaivén de la vida administrativa, en la danza de las costumbres sociales, se había retirado, años atrás, con el caudal de sus economías y de sus sabias experiencias, a unas montañas lejanas y desiertas, donde tenía su vivienda, apartada del barullo de las ciudades y del ruido de los hombres; y desde aquellas montañas, al calor de la naturaleza selvática y bravía, observaba el desenvolvimiento de su patria, que se sabía de memoria en sus

pequeños y grandes detalles y que, con amargura infinita, veía caminar hacia el abismo.

El robusto anciano se irguió, de pronto, como un tribuno, en mi presencia, y con voz de convencido, voz ronca y profética, me dijo:

“La verdad vive escondida en misteriosos arcanos, o los hombres suelen ocultarla para que no les atormente la vida; pero desde lejos, fuera de las pasiones y de los intereses del momento, es más fácil descubrirla. Desde las agrestes montañas en que vivo, he seguido observando las evoluciones de la patria; y sus endémicas enfermedades,—que día por día se acrecientan,—deprimen y contristan mi corazón de patriota”.

Quedóse breve rato pensativo el fornido anciano, y luego, con palabra segura y descarnada, prosiguió:

“Vosotros estáis ahora alarmados porque el malestar económico de esta región del mundo que tanto quiero se acentúa, por la interrupción violenta del intercambio mundial originado por la salvaje matanza de los pueblos en la vieja y deslumbradora Europa. Y abismados en vuestras luchas políticas, en vuestras rivalidades de secta, en el choque de vuestras pasiones, tratáis de encontrar a los inmediatos culpables de la difícil situación que os embarga, para crucificarlos en la cruz de las reivindicaciones públicas y marcarlos con el estigma de sus tremendas responsabilidades. Buscáis, también, remedios pronto e inmediatos para aliviar la enfermedad que invade vuestra patria, ahora exacerbada por la guerra de las naciones.

“Pero por más que agucéis vuestro ingenio, no encontraréis a los culpables ni la panacea que buscáis. Porque vuestra enfermedad no es de ahora: es un mal tan viejo como vuestra vida de nación independiente, que

viene germinando en el cuerpo y en el alma de esta sociedad rudimentaria y decadente.

“El mal está en la sangre, está en la carne, está en el hueso y en la médula, y viene de muy atrás, desde que impunemente se cometieron los primeros trastornos, las primeras defraudaciones, las primeras violencias, los primeros atropellos, las primeras usurpaciones y conculcaciones; y la sociedad, débil para refrenarlas en su origen, siguió tolerándolo todo, disimulándolo todo, y fué entrando paulatinamente en vida superficial y ostentosa, sin que para ello vuestro esfuerzo hubiese antes proporcionado los medios económicos indispensables por el desarrollo progresivo de los elementos que esta espléndida naturaleza os presenta.

“Vosotros vivís una vida ficticia, convencional, incierta, llena de prejuicios, de errores, de mentiras, de tolerancias y prácticas corruptoras y como átomos arrastrados por las grandes fuerzas universales, así, váis vosotros, fatalmente arrollados por las poderosas fuerzas del ambiente y de la herencia, siendo productos enfermos de un organismo maleante y tradicionalmente morbosos.

“Los culpables no los encontraréis individualmente, porque todos lo sois, en la pequeña esfera de vuestras debilidades y energías. Todos y cada uno de vosotros contribuís a la constitución orgánica de este cuerpo social enfermo, y el cuerpo social, a su vez, afecta los múltiples elementos que lo integran.

“Los desaciertos trascendentales de vuestros gobiernos, que tanto os preocupan, no son obra exclusiva de los mandatarios, sino la resultante de las costumbres y de las fuerzas viciadas que los rodean, de las corrientes avasalladoras que operan grandes parcialidades del conjunto social. Y la tolerancia y el ejemplo cunden en todas

las esferas, como virus venenosos; y los espíritus de resistencia son avasallados y sólo sirven de incentivo y de acicate a las corrientes invasoras, y las prácticas, en su origen ocasionales y superfluas, se hacen endémicas con el tiempo hasta convertirse en elementos integrales de la existencia del conjunto.

“Un estado social así, que es inveterado y que tiene hondas raíces, no se regenera con obstáculos, ni paliativos transitorios, porque los valladares que se opongan serán saltados y derrumbados por las impetuosas corrientes colectivas.

“La regeneración de un organismo viciado, sólo se opera con el concurso de poderosos elementos de reacción y con el lento transcurso de los tiempos. Para efectuarlo tenéis que herir muchas individualidades, que afectar muchos intereses, que romper muchas costumbres y oponerles una resistencia perseverante hasta producir las evoluciones restauradoras.

“Por eso vosotros, que si buenas intenciones os mueven, no tenéis orientaciones fijas ni uniformes, ni la fuerza del poder indispensable, váis, los unos desconcertados y los otros indiferentes y pasivos, ante las actuales calamidades de la patria.

“Os faltan ideales permanentes, orientaciones estables y uniformidad y constancia entre todos los sanos elementos que apeteceís la regeneración nacional.

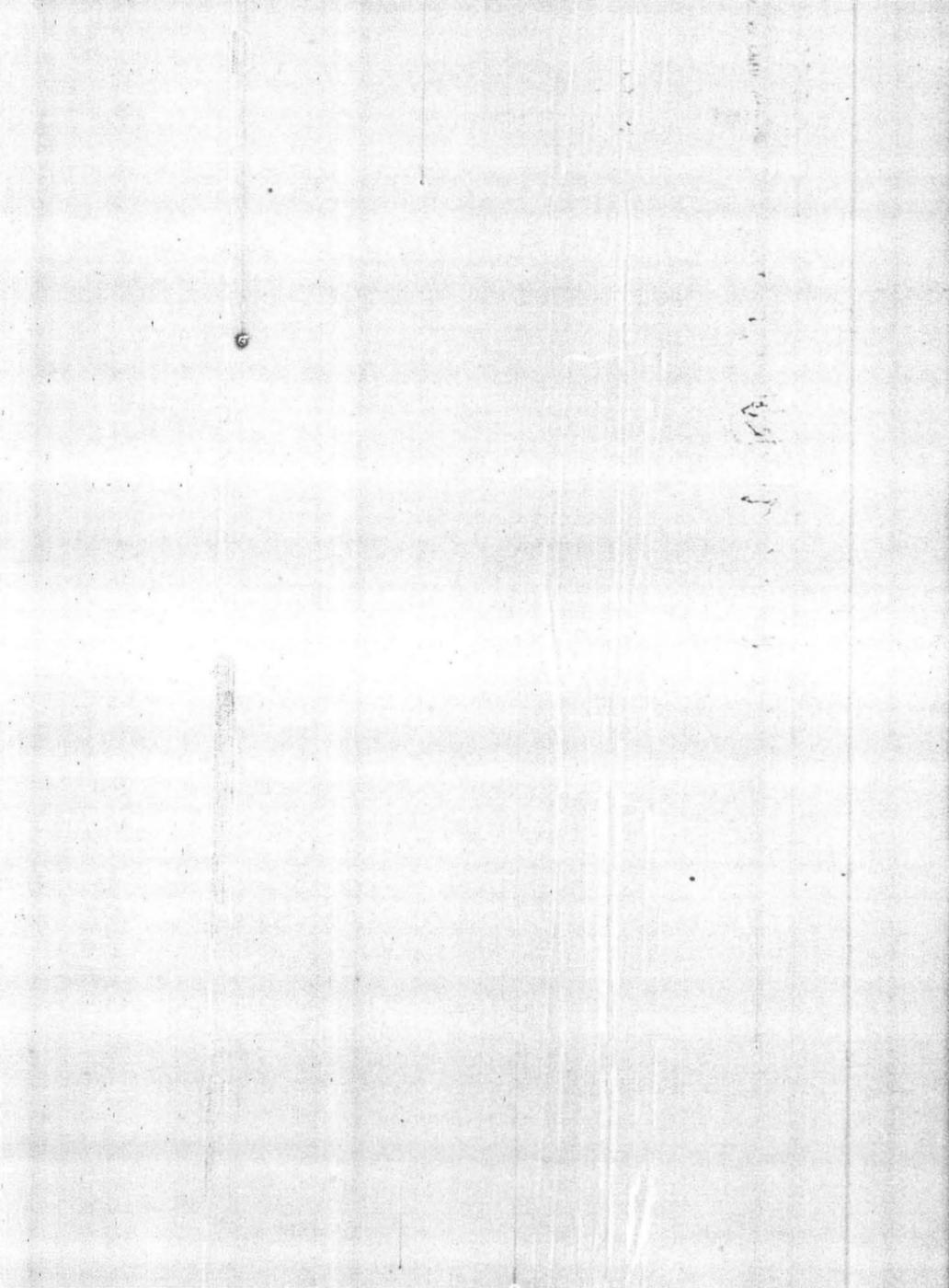
“De otra manera, vuestras aisladas energías serán perdidas, serán atropelladas por las corrientes progresivas de las fuerzas tradicionales de la sociedad, y seguiréis en avance lento pero seguro camino del abismo y del desastre, hasta la bancarrota definitiva que abandonará vuestra tierra al dominio de nuevas y superiores corrientes invasoras de la humanidad”.

Las últimas palabras del anciano montañés, pronunciadas en tono apocalíptico, con vibraciones impreatorias, quedaron resonando en la estancia como el eco de una tormenta lejana.

Luego, el viejo maestro enmudeció, y su cuerpo fué desvaneciéndose lentamente, hasta hacerse invisible en la penumbra de mi silencioso gabinete.

Y sacudido por aquellas últimas palabras sibilinas, fui despertando del ensueño, y al incorporarme en el mundo de la realidad, la horrible pesadilla de la barca-rota quedó grabada en mi espíritu como el negro fantasma del porvenir nacional.

27 de julio de 1916.



El Salvador al Vuelo

La radiante y caudalosa producción literaria de Hispano América, con haber evolucionado prodigiosamente bajo las influencias de su ambiente autóctono y de las diversas corrientes del espíritu más avanzado de la cultura europea, y con revestir en la modernidad rasgos que le son propios y característicos, ha descuidado una labor eminentemente indispensable para que, en el conjunto de nacionalidades similares que integran el Nuevo Mundo, se tenga entre ellas mutuo y exacto conocimiento de cada una, y para ir rompiendo lentamente, con el poder tan sutil como formidable de la palabra, la universal ignorancia que priva aún en los emporios más selectos de la civilización mediterránea, acerca del efectivo desenvolvimiento material y del estado de cultura reinante en los diversos aspectos de la vida iberoamericana.

Grandes artistas de la palabra ha dado ya la América Española, algunos de ellos innovadores de la lengua castellana y precursores de nuevas concepciones y formas del arte literario; y grandes apóstoles de las ideas contemporáneas, en los dilatados campos de las ciencias políticas y sociales, factores eficientes de la constitución orgánica de estos pueblos.

Pero han sido relativamente escasos los ingenios hispanoamericanos que, con orientaciones a una propaganda intercontinental y ultramarina, consagraran las energías

del intelecto a una labor de estudio, análisis y exposición de las fuerzas vivas de estas precoces nacionalidades.

Más que por la magnífica labor de sus geniales poetas y más que por la profusión de su bella literatura, alimento de selectas almas, la maravillosa República del Plata ha llegado a ser conocida, en América y Europa, en su conformación física y étnica, en el caudal de las riquezas que atesoran sus vastos territorios y en la fulgurante irradiación de sus vitales energías, por los bellos, amenos y trascendentales libros de observación y propaganda de Jules Huret, un francés, y de Blasco Ibáñez, un español, cuando de América, al menos, si no argentinos, debieran ser los heraldos de tan fabulosas excelencias.

Es por tales consideraciones que, cuando un espíritu superior, penetrado de la necesidad y urgencia de la faena, desvía la corriente de sus espontáneas inspiraciones para someterla a la disciplina del complejo estudio de una sección del continente, y dar a conocer ésta de propios y extraños, en síntesis metódicas y sugestivas, juzgamos que realiza una obra digna de toda ponderación de quienes anhelan una inmediata y práctica finalidad en las orientaciones de las energías continentales.

Y es por tales fundamentos que el libro de Alejandro Bermúdez sobre la República Centroamericana de El Salvador, nos parece por sus tendencias generatrices, por su magistral desarrollo, por las bellezas de su estilo y por la sistemática exposición de sus profundas observaciones, una obra trascendental, digna del país y de los hombres que la han inspirado, y bastante por sí sola para la consagración de un prestigio, si antes su autor no lo hubiese conquistado por muchas otras vigorosas manifestaciones de su personalidad.

Alejandro Bermúdez, hijo de las mismas tierras solares de Nicaragua, donde el inmortal Darío naciera y fuera a reclinar,—como en crepúsculo glorioso,—el sol de su genial cabeza que se hundía en el ocaso del misterio; temperamento de artista, inquieto y nervioso; de imaginación caldeada a la vera de los lagos seculares, ha refrenado las exuberancias de su naturaleza tropical, con las férreas disciplinas de las ciencias exactas, en que hiciera su profesional carrera de Ingeniero. Y al abarcar en su espíritu el sentimiento del arte y la severidad de las matemáticas, que siempre fueron, al decir de la crítica, facultades antípodas, en este libro de análisis y de nobles propagandas, ha llevado de la brida, por ásperos riscos y escarpados senderos, el brioso corcel de su verbo tribunicio, así como al abordar tópicos de prosaica frialdad, los ha iluminado con ricos y bellos matices de la fantasía.

De donde resulta "El Salvador al Vuelo" un libro de realidad y de estudio, al mismo tiempo que de amena literatura, delectable y vibrante.

Y digno es de la República de El Salvador este volumen, porque si algún país puede dar ante el mundo un concepto claro del poder de la raza hispano americana, de sus grandes capacidades para el trabajo y de su espíritu de asimilación del progreso, es este pequeño, el más pequeño solar de Centro América, que por la densidad de su población,—uno de los más poblados de la tierra,—por la extensión de sus cultivos; por el volumen de sus productos y por el desarrollo de sus industrias, ha sido considerado como la Bélgica centroamericana. Y si lo ha sido por sus fuerzas materiales, también lo es por sus fuerzas morales, por su amor a la vida independiente y autónoma y por las altiveces de su acerado carácter.

Lo que no acertamos a comprender, si no fuere por la modestia del autor, es el nombre de "El Salvador al Vuelo". El Vuelo de El Salvador, podría llamarse con más propiedad, vuelo sereno pero seguro por los espacios rutilantes del progreso. Porque todo está escrito en este libro, si por modo sintético, con meditación y calma y con abundancia de pormenores que dan preciso concepto de los diversos aspectos de El Salvador contemporáneo.

Comienza por una ojeada retrospectiva en orden al desenvolvimiento de las fuerzas sociales al través de la Historia y de la composición étnica de la República; y al hacerlo revela raras condiciones de pensador, fundando sus atinados razonamientos en principios sociológicos de incontrovertible verdad, y afirmando que el carácter y el espíritu de los pueblos que permanecieron durante el período colonial más distanciados de los centros metropolitanos, se mantenían más activos y desenvueltos, y que habiendo sido, como fué en El Salvador, muy pobre la herencia colonial, hubo de improvisarlo todo por el propio poder de sus esfuerzos, pasando a grandes saltos de lo raquíutico a lo sólido, de lo provisional a lo estable y de lo precario a lo magnífico, así respecto de su desenvolvimiento material como en lo que al orden social y político se refiere.

Los aspectos de actualidad de El Salvador, su fisonomía propia, el carácter del pueblo, de alegre energía, de suficiencia, de movimiento y de trabajo, así en el bullicio y trajín de sus ciudades, como en el campo de rústicas labores, están presentados con mirada de atenta y escrutadora observación y con rasgos de magistral estructura literaria.

Y entre páginas de exquisito sabor artístico y de

prosa vibrante y sonora, para deleite del espíritu, hay en este libro una exposición metódica y científica, para consulta de quien busque el dato preciso de la demografía salvadoreña; de sus condiciones topográficas; de las vías de comunicación, que como las arterias de sus energías por todos los rincones del territorio se desenvuelven y con predilecto cuidado se entretienen; de su agricultura, su industria y su comercio que en cifras excepcionales acusan el extraordinario, relativo vigor económico de la República; de sus instituciones bancarias; de sus sistemas monetarios; de todos los exponentes de las fuerzas vivas del país y de los medios prácticos que les dan acción y desarrollo.

Los agentes propulsores del rápido intercambio del pensamiento, que constituyen ya una necesidad imprescindible de la humanidad civilizada, como el servicio de telégrafos y teléfonos, están en El Salvador con especial atención establecidos, y de su esmerada organización y regular funcionamiento hay en este libro páginas que hablan en un lenguaje de tanta verdad como entusiasmo. Y es que, efectivamente, el que visita por primera vez El Salvador, se sorprende de la perfección y regularidad con que funcionan los telégrafos, no sólo por las superiores condiciones de sus máquinas y la multiplicación de sus redes, que se extienden por todos los contornos nacionales, sino por la disciplina y rapidez, exactitud y cumplimiento con que su personal trabaja. Y lo mismo, y con mayor propiedad tal vez, puede decirse del servicio telefónico, montado hoy por el modernísimo sistema sueco de Ericsson, de batería central por canalización subterránea.

Y estos progresos, atendidos como en los países más antiguos y civilizados de la tierra, son, en parte princi-

pal, el resultado del perseverante esfuerzo de un modesto pero competente salvadoreño, don Ricardo Posada, que desde su puesto de Director General del ramo, labora con infatigable y paciente empeño por la mayor eficiencia de los servicios que a su experta dirección se han confiado.

Y de otra institución salvadoreña, pero de origen y estructura españolas, habla el libro con los mismos racionales entusiasmos con que lo hace el extranjero que en viaje de observación el país visita. Es la Guardia Nacional que tanto honra a El Salvador, único país de América que con éxito la tiene establecida, como al digno militar español, don Alfonso Martín Garrido, que en comisión especial y a semejanza de la Guardia Civil de España la organizara y la comanda.

Y así se presentan y analizan, ante los ávidos ojos del lector, las diversas instituciones nacionales que independientemente o bajo el control del Estado funcionan, y que revelan, por manera elocuente, las aptitudes del pueblo salvadoreño para perseguir y alcanzar una vida de alta cultura y de superior progreso.

Y con las instituciones desfilan también los hombres de iniciativa que fueron sus fundadores y los que, con sus ilustradas energías, las han mejorado y actualmente las representan, dirigen y sostienen.

Como pasan en glorioso desfile los hombres de ciencias y de letras que con el brillo de su pensamiento y las generosas consagraciones de su espíritu le han dado y conservan el fulgor de la República.

Y como la columna central de mármol pentélico en que descansa en el momento presente el majestuoso edificio nacional, en las mejores páginas del libro, o en lo más alto de sus espléndidos mirajes, figura la brillante monografía de la vida y de la obra política y administra-

tiva del ciudadano don Carlos Meléndez, preclaro estadista que, con acierto excepcional indiscutible y con plena seguridad y conciencia de sus actos, en esta hora roja de universal desequilibrio, ha regido como Primer Magistrado los destinos de la Nación Salvadoreña.

Y si llamamos preclaro estadista al señor Meléndez, lo hacemos con cabal conocimiento del valor de las palabras y sin otro intento que el de rendir pleitesía a la Justicia: Porque, accigiéndonos a la frase de un ilustre pensador peninsular al discutir la eminente personalidad de Cánovas del Castillo, "el hombre de Estado no da testimonio de su condición sino por el éxito". Y el éxito ha coronado brillantemente la obra del señor Meléndez, si en lo político, promulgando en sus mensajes y realizando en su Gobierno la conciliación y la armonía de la familia salvadoreña y el imperio de la Ley del Derecho; si en lo internacional, con sincero sentimiento de fraternidad y de cordial y amistoso respeto para los Gobiernos Centroamericanos, consolidando en vez de relajar, los vínculos de unión de estos pueblos hermanos; y cultivando, además, dignamente, sus relaciones con los otros Estados de la tierra; y si en lo administrativo, realizando con mano firme y segura, una labor ardua y difícil para neutralizar en lo posible los desastrosos efectos, mediatos e inmediatos, de la guerra de las naciones; para reparar los enormes daños materiales que el formidable terremoto de 1917 causara, y para seguir impulsando, al mismo tiempo, las fuentes de vida y las fuerzas del progreso nacional. Y todo esto habiendo llegado a las cumbres del poder, en momentos trágicos para la República, cuando el arma villana y tenebrosa de la conjuración sombría ultimara, por medios brutales, al Presidente Manuel Enrique Araujo, y el país zozobraba,

en el desconcierto y el asombro, al borde de la caótica anarquía.

Los datos biográficos de la personalidad de don Carlos Meléndez, que figuran en el corazón del libro, están escritos con observación tan precisa, con tan altivos toques de sentida admiración, con tan bellos conceptos de la vida pública y privada del hombre y con tanta nobleza de lenguaje, que presentan relieves poderosamente sugestivos y parecen, a ratos, páginas de selección de los héroes de Carlyle, o rasgos de Plutarco arrancados de las clásicas *Vidas Paralelas*.

Pero el capítulo que da más exacta y más elevada idea de las verdaderas condiciones de estadista del Presidente Meléndez, el que en nuestro sentir tiene más sólidos fundamentos y cautiva más poderosamente la atención del observador experto, es el que al trascendental ramo de Hacienda se refiere.

Porque, si bien la obra del señor Meléndez ha sido prolífica y segura en los diversos ramos de su administración, es su labor económica, vasta y consistente, como emplazada en bases de granito, la que da más fiel testimonio de sus condiciones como hombre de Gobierno.

La guerra europea, rompiendo súbitamente la normalidad de los negocios internacionales, y produciendo, por lógica consecuencia, profundos trastornos internos en casi todas las naciones no beligerantes, ha sido la piedra de toque de los verdaderos estadistas.

En las zozobras y desconciertos de la primera hora de la conflagración mundial, los gobernantes improvisados o los carentes de una clara visión de los complejos y heterogéneos problemas de la ciencia económica, intensificaron, antes que conjuraron la crisis, con disposiciones atrabiliarias y contraproducentes.

El señor Meléndez, por el contrario, con profundo sentido práctico y con base de sólidos conocimientos de la ciencia económica, no solamente ha conjurado la crisis en sus diversos aspectos fiscales, financieros y monetarios, sino que ha conservado el país en estado de apreciable prosperidad y de bonanza, cuando los fenómenos múltiples de la escasez y carestía de las subsistencias, de la paralización del trabajo, del alza de los cambios, de la reducción del stock monetario, de la violenta y sensible disminución de las rentas fiscales, del descenso de las importaciones y dificultades insuperables de la exportación, han llevado a otros pueblos a contemplar muy de cerca el escuálido rostro del hambre y la siniestra faz de la miseria.

Y lo que sorprende de esta obra robusta del Presidente Meléndez, es que a más de la complicada urdimbre de disposiciones emergentes para contrarrestar los efectos de la guerra, ha realizado una serie de reformas de carácter general y permanente, que por sí solas habrían sido bastante labor para una etapa administrativa y habrían coronado de inmarcesibles laureles la frente de un gobernante.

Porque, al mismo tiempo que con la suspensión circunstancial de la convertibilidad de los billetes bancarios evitaba que con la emigración del metal blanco que respalda la circulación fiduciaria, se restringiera o desapareciera totalmente el medio circulante a base metálica, garantizando suficientemente la conservación del stock monetario, gestionaba en Europa hábilmente un favorable arreglo para el pago de la deuda exterior, evitando el alza de los cambios por el consumo y exportación de valores que el Gobierno hiciera para el cabal cumplimiento de tales obligaciones.

Y al mismo tiempo, implantaba una reforma general del Arancel de Aduanas, a base de oro, con centralización de sus ingresos y con tendencias proteccionistas del trabajo y de la producción nacionales, corrigiendo todas las deficiencias de la vieja tarifa, y por este otro medio de la percepción de los proventos en oro, influyendo también en la normalización de los cambios.

Y conjuntamente con esta labor, se enfrentaba resueltamente al problema de la regularización de los impuestos, sobre la base más científica y equitativa de la tributación directa, estableciendo el impuesto sobre la renta, global y progresivo, después de haber implantado, en los albores de su administración, el impuesto sobre las herencias.

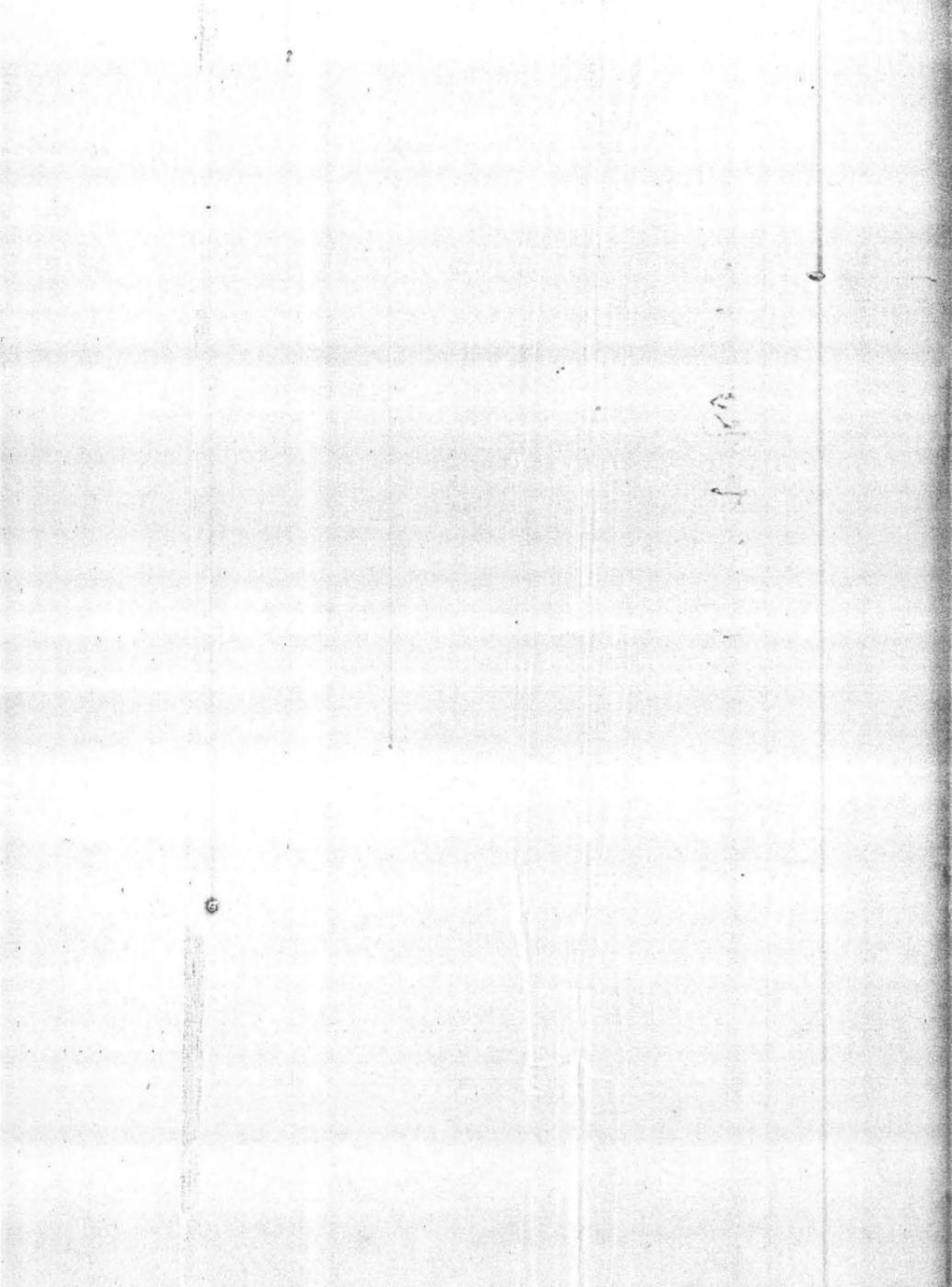
Toda esta labor, merítisima y fecunda, que está expuesta y glosada prolija y luminosamente en el libro de Bermúdez y bien merece encuadrarse en marco de oro, y que, por otra parte, acusa la potente vitalidad de la nación salvadoreña, se ve y se siente en la República cuando se observa que la moneda, respaldada con efectivos metálicos, circula con toda la amplitud requerida por la capacidad de los negocios; que la agricultura sigue su ambiente de prosperidad; que el comercio, si en parte restringido por otros aspectos insuperables de la guerra, sigue su tráfico incesante; que las poblaciones destruidas por el terremoto se levantan de los escombros como a la voz de un mágico conjuro; y que el país sigue entonando la canción de la vida en un himno de alegría, de paz y de trabajo.

Este libro de Alejandro Bermúdez, que tantas excelencias contiene y que tantos hechos analiza, será en el porvenir uno de los infolios en que irán a beber su inspiración, como en fuente de oro, los sabios que es-

tudien la evolución y escriban la Historia de El Salvador.

Y el más glorioso galardón, el más fresco laurel para una alma fuerte como Alejandro Bermúdez, es el de haber colocado su nombre, como en monolito perdurable, en hermosas páginas de verdad, de belleza y de amor para la historia de la vibrante y heroica Cuscatlán.

San Salvador, 9 de mayo de 1918.



Marcelina González de Chable

† 31 de julio de 1930.

A un mismo tiempo, lejos del pedazo de tierra costarricense donde vieron la luz primera, han rendido su tributo a la muerte, dos espíritus selectos que fueron, por largo tiempo, en centros de cultura superior y de mayor progreso, dignos representantes de la entidad étnica costarricense, en la ponderación individual de sus innatas cualidades y de sus propias virtudes.

Honrando a Costa Rica, dignificándola, haciéndola brillar en su relativa pequeñez como estrella de primera magnitud en la constelación de las naciones, ha descendido al sepulcro en la ciudad luz, en el emporio de la cultura universal, en la inmortal Lutecia, don Manuel María de Peralta, el embajador oficial de Costa Rica en las más altas cortes de Europa, el ilustre personero del varón costarricense en su capacidad intelectual refinada por el esfuerzo propio, por el estudio perseverante y por el medio ambiente luminoso que iluminó su poderoso cerebro, y en sus condiciones morales, enaltecidas por una conducta austera y ejemplar en el discurso sereno y majestuoso de una vida patriótica y fecunda.

Y honrando también a Costa Rica, dignificándola en la esfera peculiar del sexo femenino que constituye su

más alto exponente y su mayor orgullo, ha bajado a la tumba, en su apacible y severa mansión señorial de Ridgewood, en el gran pueblo de los Estados Unidos de América que hoy marcha con paso firme y prepotente a la vanguardia del progreso universal, la inolvidable Marcelina González de Chable, la más pura encarnación de la mujer costarricense, en sus ponderadas excelencias en sus encantos femeniles, en su singular belleza, en su sencillez arrobadora, en su espíritu jovial y placentero, en su alma delicada de artista o de Diosa y en el temple de sus preciosas virtudes cristianas que se elevan en todos los momentos de la existencia, como en la santa madre del Nazareno, a la gloria de todos los dolores y de todos los sacrificios; real y legítima embajadora de la mujer costarricense ante la sociedad norteamericana, no por imperio de oficiales decretos, sino por los designios de su propio y superior destino.

Por la destacada posición oficial en que ha vivido y en que ha muerto el preclaro varón costarricense, en perfecta armonía con sus relevantes condiciones personales, las dolorosas vibraciones de su muerte repercuten, a un mismo tiempo, en los alcázares de los reyes, en los feudales palacios de los grandes señores de la aristocracia europea, donde alternó con singular prestancia propia de su alcuernia, y en las modestas moradas de los costarricenses, hasta en las más humildes, a las cuales también representaba en su jerarquía diplomática y donde su nombre octogenario por medio siglo se ha repetido con afectuosa reverencia.

Y por la alta posición, propia de su excelsa personalidad femenina, en que ha vivido y ha muerto Marcelina González, su muerte no tiene la misma resonancia internacional en el mundo de los Gobiernos y de los Es-

tados, pero vibra con la misma intensidad de tristeza y pesadumbre en el corazón de los costarricenses, que saben amar con igual fervor y devoción a quienes nacidos en su seno, hijos de su genuina estirpe, legítimos exponentes de sus peculiares atributos, sembraron en sus corazones hondos afectos, cultivaron en sus espíritus sentimientos de profunda estimación y simpatía y dignificaron a la sociedad, conservando fuera de la patria el brillo de sus étnicas condiciones y la potestad de sus ancestrales virtudes.

Y esos sentimientos de duelo tienen verdadera repercusión en la sociedad de Costa Rica, porque Marcelina González, fué en cuerpo y alma, el tipo perfecto de la mujer costarricense.

Nacida en el honorable hogar de don Joaquín González y de doña Jesús Zeledón, tenía arraigo en dos de las familias más genuinamente costarricenses, con extensas vinculaciones y ramificaciones en la sociedad costarricense, familias de costumbres patriarcales, puras y severas, características de nuestros mayores.

Heredó una inteligencia superior, de la cual disfruta, también, en grado superlativo, su eminente hermano don Manuel González Zeledón, cerebro poderoso y múltiple, gran corazón de los más hidalgos sentimientos y el más festivo y original de nuestros escritores costumbristas, conocido en el mundo de las letras con el nombre de "Magón", quien hace veinticinco años honra a Costa Rica con sus personales esfuerzos en la gran federación norteamericana, donde conserva inalterable su espíritu eminentemente costarricense y su innato amor al terruño patrio y donde está consagrado, por obra de sus servicios, oportunos y eficientes auxilios, mejor que los cónsules oficiales y que los agentes diplomáticos, como el

representante nato y honorario de los costarricenses que, en el agitado vaivén de la vida actual, arriban a la Babilonia contemporánea, la febril y abrumante ciudad de New York.

Además, tenía Marcelina una belleza soberana,—figura de Diosa o figura de Hada,—con efluvios de perpetua primavera, que por raro privilegio de la naturaleza, conservó lozana hasta en los últimos años de su vida; y hermanada su belleza en especial conjunto, a una gracia espiritual y suprema, hacían de ella el encanto de quienes tuvieron la dicha de conocerla y de disfrutar de sus amables y bondadosas relaciones. Y a estas prendas personales, unía una voz dulce, ágil, vibrante, sonora, cultivada en su juventud en uno de los mejores conservatorios de los Estados Unidos, que la hicieron por mucho tiempo la diva predilecta de los salones y de los templos, donde su voz resonaba, en las etéreas vibraciones de la música, como en la fronda de las selvas, bajo la cúpula del cielo, el desgranar de las cristalinas notas del jilguero, o como en los coros celestiales la divina vibración de las supremas armonías del universo.

Era tan popular entonces, en los mejores tiempos de su radiante juventud, cuando estaba en la niñez quien hoy la recuerda con la melancólica añoranza del pasado; la sociedad que se deleitaba con sus múltiples encantos estaba tan familiarizada con su persona, que se la conocía sólo por el nombre de Marcelina, como los grandes hombres, como las ilustres mujeres:

—Marcelina irá a la fiesta,—Marcelina está invitada.—Esta noche canta Marcelina.

Y ya se sabía por todos quién era Marcelina. Se la conocía por su melodioso nombre, sin más apelativos. Y era sabido que estando Marcelina en la fiesta, que sien-

do invitada a la tertulia, que cantando en la velada, era para deleite de la vista, al contemplar los helénicos hechizos de su belleza; para solaz de los espíritus al disfrutar de su plática ingeniosa y jovial y para regalo del oído, al escuchar los divinos arpeggios de su privilegiada garganta musical.

Del opulento tesoro de los encantos de Marcelina, se prendó Mr. Louis Chable, gentil y arrogante caballero norteamericano, quien en altas funciones de banquero estuvo en Centro América y quien posee un espíritu de recta probidad sajona, con la devoción al trabajo propia de los americanos, de inteligencia vigorosa y de vasta y ecléctica cultura. Y con Mr. Chable formó la gran dama costarricense el santuario de su hogar, donde hizo resplandecer en el más alto grado las virtudes de la mujer costarricense, formando una familia honorable, de bellas y delicadas damas y de fuertes varones, que a su esmerada educación reúnen las excelentes cualidades de sus progenitores.

La residencia de los esposos Chable en la ciudad de Ridgewood, en el Estado de New Jersey, y en las proximidades de New York, es al mismo tiempo severa y risueña, de rigidez sajona y de gracia latina, donde imperaba en magnífico consorcio el espíritu de dos almas superiores, exponentes vigorosos de dos razas y de dos pueblos. Porque Marcelina siempre conservó los caracteres peculiares de su selecta personalidad, en armónico enlace con las del muy digno y por todos conceptos apreciable compañero de su existencia.

Y los costarricenses que tuvieron la dicha de visitar aquella respetable mansión y de disfrutar del ambiente de cultura y de exquisito trato de sus moradores, encontraron en ella en los más pequeños detalles, el senti-

miento familiar del espíritu costarricense y el cariño y el amor a Costa Rica, alimentado en culto fervoroso por el alma de Marcelina.

Los últimos tiempos de la vida de tan digna matrona costarricense, fueron un martirio de santa, en lenta y dolorosa agonía; pero así como supo mostrar en toda su pureza el resplandor de las virtudes cristianas, durante los períodos de su gloria, de su prosperidad y de su dicha, supo ser fuerte y recogerse en sus propias virtudes en la hora del sufrimiento y al traspasar serenamente, resignadamente, los umbrales de la eternidad.

Edificante ejemplo de la mujer costarricense, en todos los momentos de la vida y en el instante supremo de la muerte.

Hoy reposa el sueño eterno en una tumba de la apacible y risueña población de Ridgewood, hasta donde dirigimos nuestras palabras de duelo, que, como flores de recuerdo, llevan al través de la distancia, a los deudos de Marcelina, el mensaje de cariño, de admiración y de tristeza de uno de los costarricenses que rinden reverente culto a su memoria.

6 de agosto de 1930.

Ricardo Jiménez

Al iniciarse un nuevo período de agitación política para la renovación constitucional de Presidente de la República, el nombre de Ricardo Jiménez Oreamuno, se impone por tercera vez, hoy más que nunca en universal consenso de opiniones, a la consideración de los costarricenses.

Las más sinceras de mis patrióticas pasiones, los más puros de mis pensamientos ciudadanos y los mejores arreos y entusiasmos de mi agitada vida, los puse en mi juventud,—con la generosidad de quien nunca abrigó en el pecho bastardas ambiciones,—al servicio de la causa política que se glorificó con su jefatura y que honró y engrandeció a la República con su primera presidencia.

Al correr del tiempo, cuando con mis propias caídas, quizás, se han desvanecido a mis ojos los hombres públicos de Costa Rica que en mis mejores años tenía por grandes, su vigorosa y austera personalidad no sólo se ha mantenido con los límpidos fulgores que me seducían en mi juventud, sino que se ha agigantado, en ascensión progresiva, consolidando y ensanchando los mirajes de mi devota admiración y los sentimientos de mi afectuosa simpatía.

Y el culto de uno solo de los héroes de Carlyle ha fortalecido mi espíritu de ciudadano costarricense, si-

quiera sea por las ideas y los sentimientos que un grande hombre sabe inspirar.

Porque en la trayectoria de su vida pública, Ricardo Jiménez ha tenido el fundamental carácter del grande hombre que, según Carlyle, es el de ser grande en todas las situaciones: en la prosperidad y en el infortunio, en las alturas y en el llano, en los hechos y en las palabras. Hay palabras de Napoleón que son otras tantas batallas de Austerlitz. Y por esta noble fortaleza de su espíritu superior, en la altiva dignidad de sus actos y en la fuerza dinámica de sus dialécticas oraciones, como Mitre en la Argentina, según la feliz expresión del tribuno Roldán, Ricardo Jiménez ha gobernado por muchos años y continuará gobernando en Costa Rica, sobre los espíritus selectos y sobre las gentes de sana conciencia, ora desde el sillón presidencial, ora desde el solio de su retiro, que no necesita ceñir siempre las insignias del mando aquel cuyos gestos llegan a valer decretos y cuyas alabanzas valen consagraciones.

En el concepto, en diversas formas expresado, de ilustres costarricenses intelectuales, la suya es la figura de estadista más brillante y más alta de nuestra historia. La gestión gubernativa de algunos de nuestros prohombres, como don Juanito Mora, ha tenido, seguramente, por las circunstancias especiales en que hubo de desarrollarse y por la gravedad del momento histórico, mayor resonancia nacional e internacional. Pero como Ricardo Jiménez ningún hombre público ha descollado por tanto tiempo en el país, ni tan intensamente, ni con una mentalidad más vigorosa, ni con un conocimiento más profundo de los negocios de Estado, ni con más autoridad sobre el pueblo de Costa Rica, ni con más penetración y dominio sobre la conciencia pública. Y de él bien puede

decirse con acierto, lo que decía en su inmortal Quijote, el inmortal Cervantes, que no es con las canas que se hacen las buenas obras, aunque suelen mejorarse con los años. Sus buenas obras como repúblico y como estadista, las hizo desde su brillante juventud, puesto que son hijas de su privilegiado cerebro, de su vasta ilustración y de su vigorosa voluntad; pero se han mejorado con sus años de acción infatigable y de constante estudio, a medida que sus extraordinarias facultades han adquirido mayor experiencia, mayor conocimiento de los hombres y de los negocios del Estado y mayor firmeza y acierto en sus resoluciones, sostenidas siempre con valor y con plena conciencia de sus responsabilidades.

Después de haber prestado, durante su larga vida pública, eminentes servicios a la Nación y después de haber desempeñado, en diversas ocasiones, con dignidad patriótica y con prolífica eficiencia, las más altas magistraturas de los tres poderes del Estado, tiene bien adquirido el derecho a un justo descanso en medio del aprecio y del mayor respeto de sus conciudadanos; pero el pueblo de Costa Rica, por egoísmo, por instinto de su propio interés, no le deja descansar, y encontrándole todavía plebiscitario de vida, con la misma energía de su robusto intelecto, con la misma fortaleza de su voluntad y con la misma altivez de su carácter, le exige nuevos sacrificios y se impone a sus ostensibles deseos de aislamiento, para aprovechar, en una nueva presidencia, sus trascendentales servicios a la República.

Nadie puede decir con verdad, como se ha dicho por alguno de sus adversarios, que él haya pretendido por su espontánea voluntad hacer una tercera salida de don Quijote. Lo que realmente sucede es que, por un movimiento de justificada opinión de casi todos los costarrri-

censes de buen criterio y de acendrado patriotismo, Ricardo Jiménez es sacado una vez más de su austero aislamiento, a fin de llevarle a la Presidencia, para engrandecer y dignificar la República.

Se repite por algunos de nuestros políticos que hay que buscar nuevos hombres; pero el pueblo de Costa Rica sabe, por dolorosa experiencia en el discurso de su historia, que en países incipientes como el nuestro, grandes hombres de la capacidad intelectual y de la autoridad moral de Ricardo Jiménez, no se prodigan tan fácilmente y es muy difícil encontrarlos cuando por sí mismos no se han revelado. Ni en los países de historia antigua, del mayor progreso y de la más amplia cultura, los grandes hombres no se encuentran en todas las épocas y cuando los hay, los pueblos les demandan su colaboración hasta en sus años más maduros, que suelen ser los más fecundos y los de mayor acierto. Tal lo ocurrido con Gladstone y Lloyd George en Inglaterra, con el Mariscal von Hindenburg en Alemania, con Clemenceau, Poincaré y Briand en Francia, con Mitre en la Argentina; y tal lo que sucede en Costa Rica con Ricardo Jiménez.

El pueblo de Costa Rica tiene conciencia de que Ricardo Jiménez es su más grande hombre, una gloria nacional y una legítima honra de la República y en situación de zozobra para todos los espíritus, por la gravedad de los problemas que se plantean en las diversas esferas de la vida nacional, le aclama como conductor para la más acertada solución de sus problemas y le consagra una vez más, por el imperativo categórico de su soberanía democrática, como a su digno y legítimo mandatario.

Ricardo Jiménez es una personalidad singular en Costa Rica, por sus altos prestigios que infunden plena confianza a todas las clases sociales y le dan a su gobier-

no, cuando está en el Poder, la solidez y respetabilidad de que han carecido los gobiernos, que en los intervalos de sus dos administraciones, se han sucedido en el país; por la eminente superioridad de sus poderosas facultades, que revisten del mayor acierto y aplomo sus actos administrativos y por su probidad insospechable que robustece la fuerza moral de sus disposiciones. Además, cuando está en el Poder, infunde toda fe con su constante devoción a la democracia, al punto de que debe ser motivo de reconocimiento nacional, hoy y siempre, que en el decurso de su agitada vida política, haya puesto toda la energía de su personalidad y todo el valor de sus prestigios, para romper las múltiples y profundas raigambres de las viejas oligarquías que, como el monstruo marino, extendieron por lugo tiempo sus tentáculos en todas las esferas de la vida nacional. Sólo un hombre de sus condiciones, comprendido y auxiliado por su pueblo, ha podido realizar en Costa Rica esa obra de ciclope.

Ricardo Jiménez como leader político y como hombre de estado y Mauro Fernández como pontífice de la enseñanza nacional, son las entidades representativas que en mayor grado han contribuido a la verdadera democratización de la República.

De las victorias cívicas de Ricardo Jiménez, de su honorabilidad como hombre de Estado, de su consagración sincera, nunca desmentida, a las ideas republicanas, ha rendido demostración constante en las diversas etapas de su vida pública. Y del talento, de la vasta ilustración, de la inteligencia reflexiva y analítica, de los empujes oratorios, de los amplios conocimientos que en la Ciencia del Derecho y de la Administración Pública posee, pruebas constantes y muy elocuentes ha dado desde su brillante juventud: en su Cartilla de Instrucción Cí-

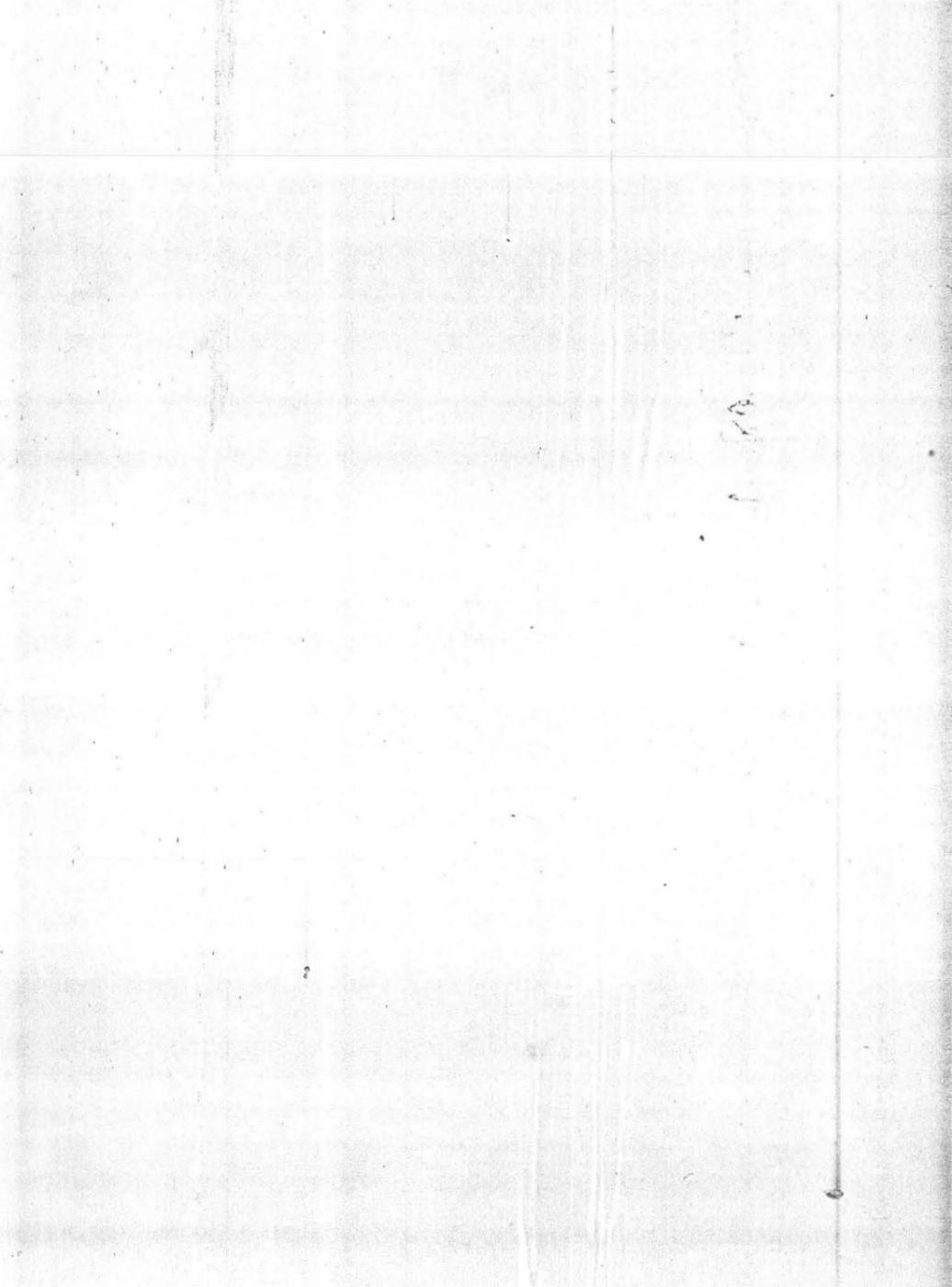
vica, que es síntesis admirable de los principios fundamentales sobre los cuales descansa el sistema representativo democrático, en las columnas de la prensa, donde han resplandecido sus concepciones magistrales sobre los asuntos más amplios y complejos de la vida nacional, iluminando los caminos de la conciencia pública; en los estrados del Foro, donde su sabiduría jurídica le ha conquistado el puesto más alto entre nuestros viejos y jóvenes jurisconsultos; en los Gabinetes Ministeriales y en la Presidencia de la República, donde sus facultades de gran repúblico se han puesto en evidencia en los momentos más difíciles y en las más complicadas situaciones; en las tribunas parlamentarias, donde su palabra persuasiva y su dialéctica formidable y sus arengas de combate han iluminado como potentes reflectores la representación nacional; en los diversos campos, en fin, en que su inteligencia se ha manifestado, ha dejado luminosos rastros de su bien cultivada ilustración y de su vigoroso pensamiento.

Para el pueblo de Costa Rica, Ricardo Jiménez no es una incógnita ni un signo de interrogación para el futuro, porque en todos los rincones de la República, en todas las esferas sociales es ampliamente conocido en el cabal disfrute de los más sólidos prestigios y por las profundas huellas de progreso, de civismo y de luz que ha ido sembrando al través de la Nación en el trajinar radiante de sus fecundas actividades.

Y como todos los hombres superiores, inspirados por verdadero y profundo amor a la patria, por convicciones apostólicas y por el respeto de su propia personalidad, los íntimos sentimientos de familia, de amistad, de gratitud y de consecuencia política, ceden ante el cumplimiento estricto del Deber, ante los preceptos de la Ley

Y ante los más altos destinos de la Nación. Y esta suprema virtud de hombre de Estado le ha enajenado los odios personales que con violencia le apostrofan, para consolidar con argamasas de híbridas pasiones y de grotescas injusticias, el monumento de gloria que tiene erigido en el corazón y en el pensamiento de todos los buenos costarricenses.

27 de julio de 1931.



Bernardo Soto

† 22 de enero de 1933.

En el desfile biográfico de nuestros grandes hombres, que pusieron los fundamentos de las instituciones democráticas, de las prácticas republicanas y del incipiente progreso de Costa Rica, se destaca la prominente figura del benemérito ciudadano, ex-Presidente de la República, Lic. don Bernardo Soto, quien ha descendido al sepulcro con esplendor de funerales y con séquito abigarrado y brillante, en procesión majestuosa, al paso lento de los compases del Duelo de la Patria.

El nombre de Bernardo Soto fulgura en las páginas más trascendentes de la Historia de Costa Rica; y los diversos merecimientos que esta ilustre personalidad ostenta, no pueden compendiarse en breves referencias de un homenaje póstumo, porque ellos van engarzados a una larga etapa de la vida nacional y al período más activo y febril del florecimiento de Costa Rica.

Hombre de inteligencia penetrante y clara, de juicio observador y reposado, de criterio amplio y liberal, de tacto exquisito templado al fuego lento de una ecléctica tolerancia, de sólida ilustración robustecida en el libro inédito de la experiencia, de principios definidos y profundamente arraigados en la serena ecuanimidad de su diáfana psicología, Bernardo Soto ha sido uno de los

grandes y positivos factores del progreso de Costa Rica, en la variedad tripartita de la cultura popular, del desarrollo material y del imperio de las instituciones republicanas.

La historia de su Gobierno, que hubo de inaugurarse a la muerte del General don Próspero Fernández, en circunstancias bien difíciles para la patria, ante los amagos de una guerra centroamericana, es prolífica en hechos de fecundo beneficio para Costa Rica y pone de relieve el tacto, la energía y laboriosidad de su espíritu superior y progresista.

El advenimiento de Bernardo Soto a la vida pública significa para Costa Rica una propulsión evolutiva y poderosa hacia el progreso. Sin las grandes perturbaciones que preceden en la vida de los pueblos a los movimientos de innovación política y social, Bernardo Soto tuvo el acierto imponderable de realizar un ciclo de trascendentales reformas en diversas esferas de la vida nacional. Su paso por el Gobierno de la República, representa una revolución pacífica, realizada tranquila pero segura y enérgicamente en el dominio de las ideas, en lo cual descansa la virtud máxima de sus insignes labores de estadista.

Modificó prácticas inveteradas y decadentes en la administración pública y en el ejercicio del sufragio popular; innovó el Derecho caduco heredado de las instituciones coloniales de la madre España por el Derecho moderno, cristalizado prudencialmente en los moldes de la idiosincrasia costarricense; hizo luz en la conciencia nacional, realizando la reforma de la instrucción popular que hoy ostenta Costa Rica con orgullo, cubriendo de gloria a su inolvidable colaborador, el gran Ministro y Pontífice Máximo de la Enseñanza Pública, don Mauro

Fernández, cuya estatura se agranda a medida que su vida se aleja en el panorama de la Historia; dió poderoso empuje a la agricultura y a la economía nacionales; rompió bosques y taladró montañas para dar paso a los ferrocarriles y poner en directo contacto el corazón de la República con veneros de riqueza y de cultura universales; aprovechó la inteligencia de los hombres nuevos, realizando una renovación de valores directrices en la gobernación del Estado; y al término de su período de mando, por espontánea y firme determinación de su espíritu y rompiendo la tradición de las oligarquías imperantes a partir de la colonia, en diversos períodos de nuestra vida independiente, abrió al pueblo las puertas de la libertad para el ejercicio de los derechos ciudadanos en la renovación de los poderes públicos, respetando con férrea voluntad los designios populares, contra la presión de los intereses creados y de las costumbres inveteradas, iniciando un saludable movimiento para el régimen de las instituciones republicanas que informan nuestra organización constitucional.

Lo que México, Argentina, Brasil, Chile, Colombia y demás naciones del Continente Ibero Americano, no han podido conquistar todavía, o han conquistado mediante fragorosas revoluciones, con grandes matanzas, en sangrientas luchas civiles de hermanos contra hermanos, Bernardo Soto supo realizarlo en Costa Rica pacíficamente, con energía y habilidad singulares, dignas de las consagraciones de la posteridad.

Su obra y su gloria de político y estadista no fueron de revolucionario sino de reformador.

Después de que descendió del Solio Presidencial para transmitirlo en medio de una borrasca, con estoica reverencia, al elegido por el sufragio de sus conciuda-

danos, no escatimó, cuando fué solicitado, el apoyo de su voluntad, de su inteligencia y de sus sólidos y bien ganados prestigios, a las buenas causas populares y a los preceptos que informaban su fe republicana.

En 1901, cuando el Partido Republicano se organizó para mantener el principio de la alternabilidad en el poder, frente al Gobierno de don Rafael Yglesias que sustentaba el continuismo y se solicitó el auxilio de su nombre y de su jefatura, Bernardo Soto no vaciló un instante y resueltamente se puso al frente de aquel movimiento de opinión, resistiendo con serenidad impertertable el oleaje de las pasiones enemigas, amuralladas con las fortificaciones del poder y acaudilladas por un espíritu vigoroso y combativo. Y en aquella contienda, sostuvo con resolución inquebrantable la bandera del Partido Republicano, hasta que torcidos los rumbos de la política por la convocatoria de una Asamblea Constituyente, las condiciones y los objetivos de la campaña electoral se modificaban; y entonces, evidenciando una vez más su carencia de bastardas ambiciones personales, se le vió renunciar y deponer su candidatura, para que las labores del Partido Republicano se desarrollaran en el campo que el Decreto Legislativo de convocatoria a la Asamblea Constituyente, le presentaba al pueblo.

En la fragosa campaña política de 1905-1906, la respetable agrupación que formó el Partido Republicano Independiente, lanzó su candidatura. Fué uno de los partidos populares que se opusieron a la imposición que el entonces Presidente don Ascensión Esquivel ejercía desde el poder en favor de la candidatura del Licdo. don Cleto González Víquez, patrocinada por el Partido Nacional. La lucha fué larga, fué recia, despiadada. Pero Bernardo Soto no se arredró por un instante y continuó

inflexible en medio de la tormenta, al frente de su Partido, hasta que, después de las elecciones de primer grado, en febrero de 1906, en alianza patriótica con el Partido Republicano, que tenía por abanderado al popular caudillo y prominente ciudadano Licenciado don Máximo Fernández y con el Partido del Pueblo que tenía por jefe a don Tobías Zúñiga Castro, se organizó la Unión Republicana, bajo la única candidatura de don Tobías Zúñiga Castro, formando un conjunto de electores que superaba en mucho a la mayoría absoluta exigida por la Constitución.

Bien sabía entonces don Bernardo Soto, tanto como el señor Fernández y el señor Zúñiga, que aquella Unión Republicana que alcanzaba el triunfo legal y que representaba la fuerza del Derecho, se estrellaría ante la abierta imposición del poder y ante el derecho avasallador de la fuerza; y aunque fué solicitado con halagos y promesas para acogerse al campo de la imposición oficial, que al menos le habría dado seguridad y reposo, Bernardo Soto siguió el camino de sus firmes convicciones, acogiendo y sustentando con la voluntad de su carácter, la causa que representaba la libertad del sufragio, por él consagrada gloriosamente al término de su Gobierno. Y por consecuencia con sus principios y por devoción a la soberanía del pueblo, acogió con lealtad caballeresca el camino del sacrificio, rindiendo, una vez más, prueba elocuente de su generoso patriotismo, ajeno a mezquinas ambiciones personales.

En marzo de 1906, Bernardo Soto era conducido a una bartolina, con Máximo Fernández, Tobías Zúñiga Castro y otros muchos ciudadanos de la Unión Republicana, y después salía de la prisión, arrojado de la patria, camino del ostracismo.

La gratitud filial, la gratitud ciudadana y el espíritu de justicia inmanente y eterna, traen, por mi medio, estos recuerdos que completan la semblanza de la personalidad superior que acaba de traspasar los umbrales de la eternidad para entrar en las serenas regiones de la Historia.

Civismo en el poder y civismo en la llanura. Ejemplos edificantes como Gobernante y como ciudadano; sacrificio estoico por el respeto de las instituciones republicanas que informaban su credo, para entregar el poder a sus adversarios cuando estaba en las alturas, para soportar humillaciones y vejámenes, cuando estaba en el llano; todo por el cumplimiento del deber y por sujeción irrestricta a los mandatos de la voluntad popular, como precepto fundamental de la vida de la República.

Después permaneció en decoroso aislamiento ante la desbordante corrupción política que ha ido conduciendo a la República por los despeñaderos de un abismo sin fondo. Y tal vez, en las soledades de su augusto retiro, pensaría con patriótica tristeza, como Bolívar en Santa Marta, que había arado en el mar.

Digno varón de Plutarco, rígido en su féretro, al pasar en la cureña camino del cementerio, cubierto con la bandera tricolor de Costa Rica, al compás lento de las fúnebres notas del Duelo de la Patria, al trepidar de los cañones, al redoblar de los tambores y al relucir de las bayonetas, en procesión imponente, entre amigos y adversarios y con solemne cortejo de todas las fuerzas vivas de la República, va dejando a su paso la estela luminosa de su vida fecunda, reverenciada en silencio por el corazón agradecido de los costarricenses que siguen su cadáver como en una ascensión gloriosa a las regiones de la inmortalidad.

Manuel González Zeledón

El nombramiento del ilustre costarricense don Manuel González Zeledón, como Representante Diplomático de Costa Rica en Washington, es un verdadero acierto del Presidente don Ricardo Jiménez, quien lleva a ocupar uno de los puestos más delicados que tiene la República, a un costarricense eminente, de méritos intrínsecos indiscutibles y de excepcionales y brillantes facultades intelectuales y morales.

El señor González Zeledón es una personalidad de la más genuina cepa costarricense, por González y por Zeledón; y por sus sentimientos, por su mentalidad y su cultura es un verdadero embajador de nuestra patria.

Posee vasta ilustración y superior inteligencia, y un profundo conocimiento de Costa Rica, tanto como de los Estados Unidos.

En las letras patrias ha figurado en primera línea, como orador y escritor que ha abordado con lucidez y acierto muchos de los arduos problemas nacionales; y, además, es universalmente conocido con el popular pseudónimo de *Magón* en una literatura de sabor regional y costumbrista, esencialmente costarricense. *Magón* es en la prosa lo que fué Aquileo Echeverría en el verso. Es nuestro verdadero prosista nacional. En sus narraciones, en sus cuentos de costumbres de épocas relativamente

cercanas pero ya pasadas, en la descripción de nuestros hombres, de nuestros bellos parajes tropicales y de nuestros sencillos campesinos, lo mismo que en sus selecciones anecdóticas, brilla un ingenio, original y extraordinario, con un gracejo o una ironía fresca y transparente como su espíritu jovial, como el agua de nuestros manantiales montañosos.

Ha desempeñado con verdadero acierto diversos puestos de importancia en la administración pública. Fué diputado de notable actuación por su estudio, por su carácter y por su palabra, en época en que se dilucidaron y resolvieron trascendentales problemas de la vida nacional, como el arbitramento de Francia en el asunto de límites con Colombia, que adversó entonces, siendo un profeta al vaticinar nuestro seguro fracaso; como en el implantamiento del talón de oro y la construcción del ferrocarril al Pacífico.

De 1902 a 1906, durante la Administración de don Ascensión Esquivel, fué Director General de Estadística, dándole a ese importante departamento la eficiente organización que actualmente tiene.

Después se trasladó con su familia a los Estados Unidos, en las duras bregas de la vida, y durante la primera Administración de don Ricardo Jiménez desempeñó, con excepcional aptitud y a entera satisfacción, el Consulado General de Costa Rica en Nueva York, puesto que dejó en la siguiente Administración.

Durante ese tiempo fué Presidente de la Asociación Consular Latino Americana de Nueva York, y entre sus notables iniciativas figura, en primer término, una proposición de reformas a la ley bancaria americana, para que los bancos nacionales pudieran establecer sucursales en los países de la América Latina. Este proyecto fué

trasladado al Gobierno Americano y ya en estudio, el señor González Zeledón fué llamado a Washington por Mr. Bryan, entonces Secretario de Estado y Mr. Redfield, entonces Secretario del Tesoro, para que el propio señor González diera todos los fundamentos y explicaciones de su proyecto e ilustrara, al mismo tiempo, sobre el asunto, al Cuerpo Diplomático Latino Americano, lo que él hizo con verdadero éxito. Esta iniciativa originó una magna convención de banqueros, comerciantes, jefes de líneas de vapores y altas personalidades financieras, que acordaron presentar la respectiva solicitud de reforma al Poder Legislativo Federal, salvando a los países de la América Latina de la aguda crisis que entonces los agobiaba y poniendo en manos de los Estados Unidos un medio indispensable para intensificar sus relaciones comerciales con los países del Sur y conquistar la buena voluntad de las veinte naciones ibero americanas.

Al dejar el Consulado, después de cinco años de desempeñarlo con singular aptitud y actividad, Manuel González siguió siendo siempre el verdadero representante de Costa Rica en New York y su casa el amable refugio de los costarricenses, donde se ha respirado, dentro del fragor bullicioso y febril de la gran metrópoli cosmopolita, un ambiente netamente costarricense, saturado de amor a la patria y dulcificado por la belleza y la bondad de sus tres hijas, dignas representantes de la mujer costarricense.

Todos los costarricenses que por causas diversas han pasado por la Babilonia norteamericana, han recibido exquisitas atenciones, oportunos servicios y muy eficaces auxilios de Manuel González, siempre bondadoso, siempre capacitado y preparado para atender con la mejor buena voluntad y eficacia a sus compatriotas, entre los cuales

ha sabido sembrar a raudales sincera gratitud, alta estimación y profunda simpatía.

Por diez y seis años ha sido jefe de la Sección Latino Americana de la National Association of Manufacturers, de New York, formada por más de cuatro mil manufactureros exportadores de los Estados Unidos, y en aquella institución adquirió una posición predominante y el mayor aprecio y consideración de sus miembros y directores, por su competencia, por su actividad y por su corrección en el desempeño de sus funciones.

Es miembro de varias corporaciones científicas y literarias de los Estados Unidos y uno de los fundadores del Círculo Literario Hispano Americano de Nueva York, ya extinguido, y su prestigiosa colaboración ha sido muy solicitada para dar conferencias en centros culturales y comerciales.

Durante la guerra europea fué el único latino americano nombrado por el Gobierno de los Estados Unidos, como uno de los doce miembros que formaban el Cuerpo Auxiliar del Departamento de Estado en asuntos latinoamericanos; y al terminar sus importantes y delicadas funciones, prestadas ad honorem, el Gobierno Americano le hizo honrosas demostraciones de agradecimiento por sus valiosos servicios. Según lo cual, el señor González Zeledón es persona suficientemente conocida y apreciada en Washington y debe ser especialmente grata para el Gobierno Americano. El señor González Zeledón es un eminente personero del varón costarricense, en los Estados Unidos, y con él tendrá Costa Rica, mientras desempeñe el cargo que se le ha confiado, un representante de altura, competente, prestigioso y de acendrado y fanático amor por su pequeña patria, que priva en su espíritu como un culto sagrado.

Puede decirse con toda propiedad, en este caso, que con el nombramiento del señor González Zeledón, para representar a su patria ante el Gobierno Americano, no se ha buscado el puesto para el hombre sino el hombre para el puesto. No es un nombramiento político, sino un acto de buen gobierno, tan acertado como merecido, que pone de relieve el exquisito tacto y el gran acierto con que inicia sus labores el Presidente Jiménez, a quien congratulamos con el mismo fervor y sinceridad que al señor González Zeledón, nuestro humilde pero genuino embajador ante el pueblo y el Gobierno de los Estados Unidos.

11 de mayo de 1932.

6

J. P. A.

Guillermo Vargas Calvo

Ante la tumba de Guillermo Vargas, que acaba de abrirse para recibir sus despojos, sólo se han pronunciado los párrafos editoriales de los diarios, obligados para todos los que cotidianamente abandonan para siempre nuestra vida social, y las elocuentes palabras de despedida dichas en la puerta del templo, a la salida del féretro, por el Licenciado don Ernesto Martín, en nombre del Colegio de Abogados de Costa Rica.

Y las magníficas manifestaciones de la vida de Guillermo Vargas, demandan algo más que esta conjuración de silencio que se ha hecho en torno de su tumba, acusando un estado de indiferencia del alma nacional, para poner las más negras sombras de escepticismo en el corazón de los costarricenses que algo tienen en su espíritu y alguna contribución pueden dar generosamente a la cultura y al progreso de Costa Rica.

Como espíritu superior y selecto, de profunda actividad intelectual, de exquisita sensibilidad artística y de vibrante acción ciudadana, Guillermo Vargas tuvo compañeros de letras que compartieron con él sus labores de estudiante y los frutos de su inteligencia; tuvo amigos

que disfrutaron de la generosidad de su corazón; tuvo colegas del periodismo que libraron con él las mismas batallas y le rindieron en vida el homenaje de sus alabanzas; tuvo colegas profesionales del Foro, que asistieron con él a las aulas de la Facultad, primero como estudiantes y después como catedráticos; tuvo discípulos en la Segunda Enseñanza y discípulos universitarios, que recibieron el fecundante rocío de sus doctas y serenas lecciones; tuvo camaradas políticos que con él libraron sus intensas campañas partidaristas, que de él recibieron los beneficios de su acerada pluma y las acertadas orientaciones de su voluntad y de su inteligencia; tuvo millares de lectores que libaron la miel hiblea de su prosa robusta y se deleitaron con los brillantes resplandores literarios de su alma de artista; y cuando tantos factores de nuestra sociedad en vida de él recibieron las irradiaciones de las múltiples facetas de su espíritu, al morir todos han callado ante la tumba que recogió sus despojos.

Lo que hace sensible a los pueblos con honda emoción,—dijo Guillermo Vargas a la muerte de un preclaro costarricense,—es la muerte de aquellos que los guían, los alumbran, los enseñan, los civilizan, los reducen a la bondad y los hacen humanos y caritativos o cultos y generosos". Y esa honda emoción debemos sentirla los costarricenses ante la propia muerte de Guillermo Vargas, cuya vida de catedrático y de publicista, en sus diversas faces, fué de sabias y bellas enseñanzas y cuya larga y dolorosa agonía, bajo la garra de la cruel enfermedad que lentamente iba minando su existencia, fué un ejemplo de resignación nazarena, mitigada por las inefables dulzuras del cariño de su esposa y de sus hijos, que fueron el amor de sus más grandes amores.

Guillermo Vargas estaba dotado de poderoso talento,

de brillante imaginación, de privilegiada memoria y de exquisita sensibilidad en una alma esencialmente de artista.

Profesaba un culto supremo a la belleza, que para él dependía, siguiendo los preceptos de Flaubert y de los Goncourt, en la conjunción del fondo con la forma de las cosas. Y poseía en grado superlativo el espíritu de investigación de las bellezas que atesora la Naturaleza y principalmente de las que emanan del curso de la Historia, en las obras morales, intelectuales y materiales de los hombres. Si hubiera nacido en un país grande y de intensa cultura, donde sus facultades naturales hubieran podido encontrar ambiente propicio para desarrollarse, sus obras habrían sido como las de Hipólito Taine o como las de Ernesto Renán. En los monumentos artísticos del pasado y en los tesoros de belleza que de los hechos y de las doctrinas de los grandes hombres guarda la Historia, habría encontrado las fuentes predilectas de su inspiración. Pero viviendo en un medio intelectual tan reducido como el de Costa Rica, tuvo que contrariar las tendencias naturales de su temperamento de artista, para encauzar sus facultades en los campos de acción intelectual compatibles con las necesidades prácticas de la vida. Y conformándose con lo que la vida le brindaba en el ambiente patrio donde naciera, frecuentó las aulas de la Escuela de Derecho para estudiar una Ciencia que, si en su parte teórica podía hermanarse con sus facultades, en lo que tiene de práctica encontraba constantes atinomias con su espíritu. Y fué abogado de nuestro ilustre Colegio, pero no para entrar en el prosaico ajetreo de los negocios del Foro, sino para predicar desde la cátedra, las bellas doctrinas del

Derecho, llevando a sus discípulos, en sus doctas lecciones, la parte noble de la Ciencia.

Y fué en sus mocedades cronista de la prensa, en forma pulcra y atildada, poniendo su fino comentario y su descripción elegante en los acontecimientos sociales que dignificaba con su pluma. Y después fué redactor y director de periódicos, propios o ajenos, elaborando sus artículos circunstanciales, reclamados por el momento histórico, con la firme trayectoria de sus robustas ideas, en prosa brillante, conceptuosa y erudita. En este ciclo de periodista, Guillermo Vargas fué un factor positivo para encauzar con sus viriles y sugestivas producciones, la opinión pública y los poderes del Estado.

Para Guillermo Vargas, el maestro de los periodistas costarricenses, fué Pío Víquez, a quien profesó gran devoción en los mejores años de su juventud, escribiendo a su muerte una de sus bellas prosas necrológicas. Pero si Guillermo Vargas siguió en el culto por la forma, el tecnicismo periodístico de Pío Víquez, tuvo más firmes orientaciones filosóficas, mayor severidad en sus tendencias y más modernos procedimientos.

Durante el período de su más intensa labor literaria, publicó delicados cuentos de sugerentes motivos; estudios críticos de refinado sentido artístico; bocetos de distinguidas personalidades, necrologías, ensayos y un buen caudal de estudios biográficos e históricos, todos saturados de su talento superior, de su robusta ideología y vestidos de impecable ropaje idiomático. Y en el fondo de todas sus producciones, parecía dominar la nota de melancólica amargura de su espíritu subyugado por las necesidades prácticas del medio ambiente en que vivía.

Ocupó, por las mismas necesidades de su vida más que por las inclinaciones de su espíritu, altas posiciones

políticas, como Secretario Particular de la Presidencia o como Secretario de Estado. Y en los últimos años de su existencia, en que su espíritu se mantuvo en el recogimiento del silencio, dominado al parecer por hondo escepticismo, ocupó el cargo de Director General de Estadística. Y digo deliberadamente el cargo, porque nada podía ser más antagónico con sus innatas facultades, que aquel puesto público, donde debía llevar matemáticamente y como jefe superior, el recuento numérico de los diversos factores de la economía nacional. Y a pesar de la antítesis que con sus facultades había en el desempeño de aquellas funciones estadísticas, siendo su inteligencia superior, se connaturalizó con ellas y llegó a desempeñarlas con excepcionales aptitudes y con los más eficientes resultados. Y en aquel puesto que le proporcionaba los recursos para atender a sus obligaciones del hogar, le sorprendió la cruel enfermedad que, con inexorable sevicia, le llevó a la tumba.

Y al glorificar hoy su memoria, como postrer homenaje a las singulares cualidades de su preclaro espíritu, podemos repetir con propiedad las mismas invocaciones de dolor que él hiciera a la muerte de Pío Viquez: "El dolor devora las almas, la lobreguez de sentimiento circunda los corazones y ríe el desgraciado y su faz sonríe. Vivimos de ensueños y hay que matar nuestros pesares, porque la humanidad no comprende nunca las tristezas gigantes; y cuando el dardo se hunde con más energía en el pecho, hay que cubrirse el rostro con la máscara veleidosa de la comedia.

"Esta es la vida, este es el hombre. Pero es más grande aún el incansable despotismo del cielo: de ese cielo, blanco alcázar de la fantasía,—que abre el capullo de la flor, y luego lo marchita; que crea la luz y más tarde

la rodea de sombra; que derrama el prodigio de la juventud y después se complace en su agostamiento; que hace surgir la vida del fondo luminoso del infinito, pero que la hiera al instante, con el trágico resplandor de la muerte”.

7 de abril de 1934.

Carta a José Santos Chocano

San José, 13 de diciembre de 1934.

Señor don José Santos Chocano

Santiago. Chile.

Muy ilustre amigo:

Mi distinguido y buen amigo Cano Aguilar, personalmente, en mi propia oficina, tuvo la bondad de poner en mis manos, el ejemplar de las "*Prinicias de Oro de Indias*", que usted me envió con cariñosa dedicatoria.

Después de largo tiempo de silencio entre ambos, durante el cual usted ha seguido su fecunda y luminosa vida, coronándose de laureles, en camino de resonantes triunfos continentales, hasta llegar a las empinadas cumbres de la gloria, me hace el obsequio de las ricas primicias del tesoro de su numen de poeta, uno de los más excelsos del habla castellana, de los antiguos y de los modernos tiempos. Y lo hace, enviándome su opulento regalo, al oscuro rincón donde mis actividades intelectuales se estereotipan en las prácticas disciplinarias de una profesión absorbente. Es decir, su obsequio, que es un

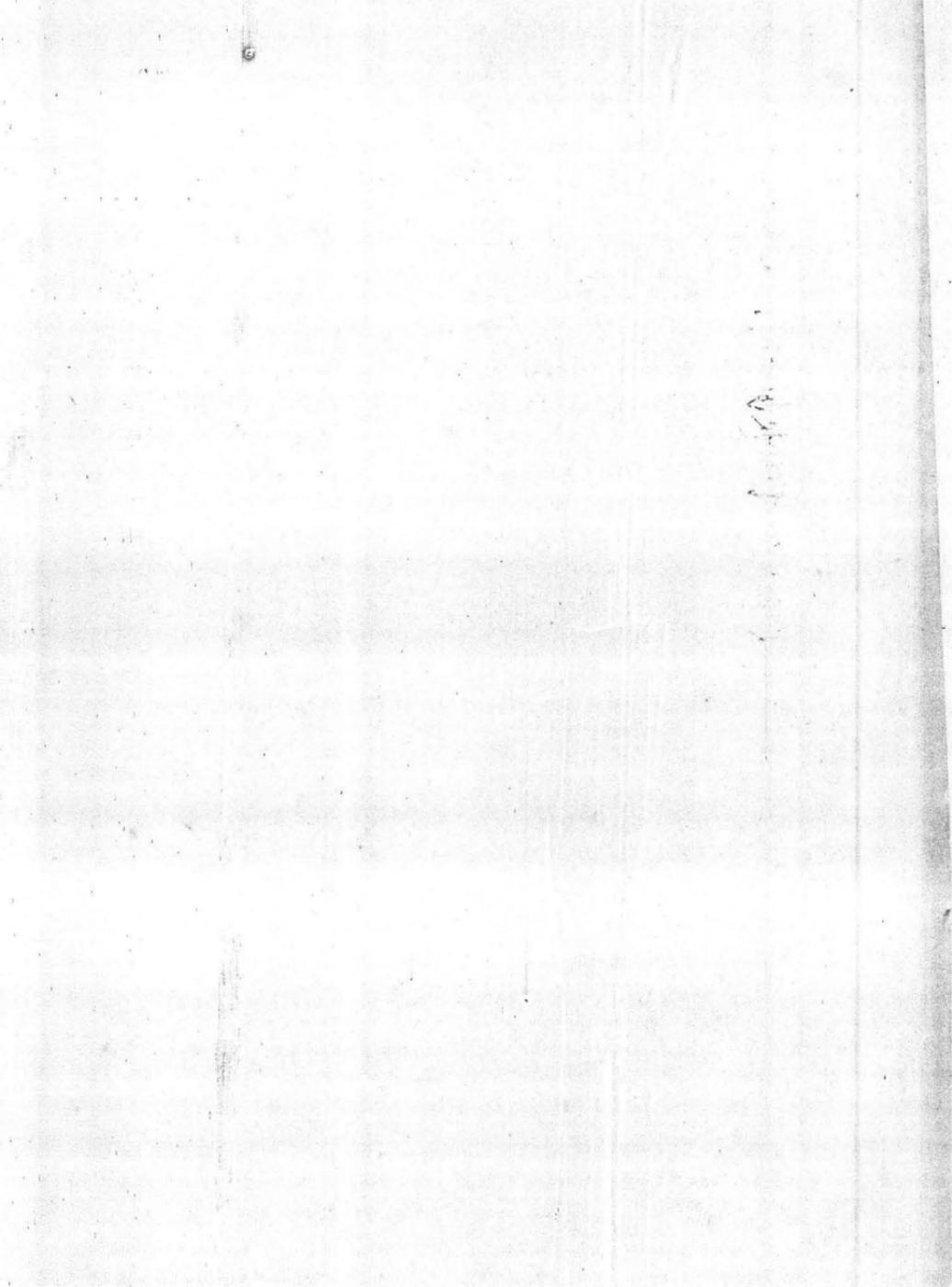
verdadero tesoro de Indias, digno regalo apenas para los magnates del pensamiento que puedan corresponder con el esplendor de una palabra prestigiosa y deslumbrante, viene cariñosamente como la más generosa dádiva, para quien sólo puede corresponder con gratitud profunda y con los mismos sentimientos de afecto con que se le envía. Viene, pues, su libro, formado con todo el oro de la poesía de las entrañas del continente americano, midiendo con la majestad de los Andes y con el viento de las Pampas, según la gráfica expresión de Max Daireaux, a renovar y fortalecer los viejos afectos que, en días para mí inolvidables, vincularon nuestros vigorosos corazones,—que en sentir, sin jactancia de mi parte, ambos se hermanan,—y vincularon nuestros pensamientos, el mío, pobre y mediocre, para admirar la majestuosa soberanía del suyo. Y si ayer le admiraba cuando el caudal de su inspiración, como un torrente comenzaba su discurso fecundante, hoy he de admirarle con más fervor, por las nuevas manifestaciones de su numen, y por la mayor gloria conquistada en largo período de extraordinarios quebrantos y de geniales actividades, hasta en el fondo de las prisiones, para conservar, con la más alta dignidad, los esplendores mundiales de su corona de poeta.

Si las fatigas de mis cotidianas labores profesionales me proporcionaran ratos de descanso que despejaran mi pensamiento de sus prosaicos mirajes, para apreciar con serenidad de espíritu, con profundidad de sentimientos y con altura de ideas, las excelencias de su arte supremo, escribiría muchas páginas para ponderar esta nueva obra que viene a poner, no un laurel más en su corona de poeta, sino una constelación de estrellas en su nimada frente.

Pero como no puedo disponer, por ahora, del descanso, ni de la serenidad de espíritu requeridos para escribir algo digno de sus *Prinicias de Oro de Indias*, debo conformarme, en fuerza de las apremiantes necesidades de la vida, que son tiránicas en sus designios, con enviarle la expresión de mis sinceros agradecimientos por el valioso tesoro de su envío, renovándole cordialmente, la expresión de mis leales afectos y de mi devota admiración de ayer y de siempre, acrecentada hoy con las nuevas resonancias de su lira, omnipotente en los infinitos espacios de la poesía.

Y al mismo tiempo, mis palabras le llevan los mejores recuerdos, fraternalmente, respetuosamente, de su admirador y amigo,

TOBIÁS ZÚÑIGA MONTÚFAR



El Comunismo

Dentro de la libertad y del derecho de las rígidas instituciones democráticas y republicanas de Costa Rica, de garantías individuales y de sustancia liberal bajo el régimen de la propiedad, se organizan las fuerzas del mal, inspiradas por el espíritu satánico del odio, de explotación pasional de la pobreza y de las desigualdades sociales, con propósitos ideológicos y exclusivistas de clase, encaminadas por la revolución que desembozadamente preconizan, hacia la dictadura del proletariado; y como dictadura de clase, horrendo despotismo para los gobernados; despojo del patrimonio personal; muerte de la libertad en todas sus manifestaciones civiles, políticas, sociales y religiosas; decapitación de la igualdad republicana; limitación del sufragio al partido dominante para votar y ser votado, oligarquía cruel y sanguinaria, esclavitud obrera por el Estado capitalista, socialista y comunista en monstruosa promiscuidad; falsa liberación de las masas trabajadoras; decapitación del individuo y vida de la manada; burocracia corrompida de logreros insaciables; eclipse de la tiranía de los Zares ante la brutal coyunda de los comisarios del pueblo; simulación de la riqueza; adulteración del trabajo; la soberbia del poder sobre la Majestad de Dios y sobre el reino espiritual de

la Religión, el consolador refugio de las conciencias; sobre la santidad del hogar, sobre el afecto de la familia y sobre el amor² divino de los hijos; todo lo que es en Rusia el dominio del comunismo, el retorno del ser humano al mesianismo de una vida aproximada a la del hombre cavernario y troglodita, y todo lo que es imposible implantar en Costa Rica en el estado de civilización y de cultura en que vivimos, sino es por la violencia y el engaño, por el fuego y por el hierro, en los siniestros resplandores de la dictadura roja.

Todos esos horrores que para los hombres, para los mismos obreros, para las sociedades, para los pueblos, para las naciones, entraña el Comunismo, han sido sintéticamente considerados para repudiarlos, dentro del más alto criterio de civilización y de cultura, entre tantos apóstoles de la democracia liberal, por una de las personalidades más acreditadas en el mundo moderno, por la superior mentalidad de Nicolás Murray Butler, gran orador y profundo escritor americano, Presidente de la ilustre Universidad de Columbia de los Estados Unidos de América, apreciada entre las mejores de la Tierra.

“La doctrina de la lucha de clases,—dice Murray Butler,—es el tema de las salvajes enseñanzas de Carlos Marx, hombre consumido por la pasión del odio, de quien se ha dicho con razón:

“No tenía religión, pues su padre le hizo cambiar del judaísmo al protestantismo a la edad de seis años; y él abandonó más tarde el protestantismo por un ateísmo agresivo al llegar a la virilidad. Era el nombre exacerbado por la persecución, rabioso por el antagonismo, mordaz por la adversidad, irritado por el sufrimiento. Su pasión dominante e inspiradora era el odio en su forma virulenta y peculiarmente germánica. . . . Era el

odio lo que le impulsaba a su enorme labor literaria, era el odio lo que determinó su elección y eliminación de hechos históricos para su descripción falseada de la Inglaterra industrial; era el odio lo que fijó sus principios económicos, retorció sus argumentos, vició sus conclusiones EL CAPITAL, (1867) es el testamento imperecedero de la animosidad marxiana . . . es una obra de mitología dogmática, la fórmula de una nueva religión de aversión, el Corán de la guerra de clases

“La forma extrema de las doctrinas de Carlos Marx es lo que Lenine y Trotsky han puesto en práctica en Rusia. En consecuencia, aquella gran nación de porvenir ilimitado en otro tiempo, se encuentra ahora impotente como un niño y yace por el momento en ruina social, económica y moral, retrocediendo hasta la barbarie. Sus escuelas reorganizadas dedican gran parte del día a la educación en el ateísmo y a destruir toda huella de lo que orgullosamente se llamaba antes civilización. Rusia se había librado felizmente del cruel y tiránico Kzar que la gobernaba; pero ha encontrado en cambio, por desgracia, un pequeño grupo de autócratas igualmente crueles y violentos, cuya actuación hace parecer los manejos del Kzar juego de niños. Por primera vez en la Historia se ha ensayado, en inmensa escala y en escenario que todo el mundo puede contemplar, la aplicación práctica de las doctrinas y teorías de Carlos Marx. Nadie que no se halle cegado por el odio o la ignorancia puede alimentar duda alguna acerca de la lección que el mundo ha recibido con los sufrimientos inauditos de Rusia.

“Esa doctrina de clases económicas permanentes y de conflicto de clases, está en contradicción absoluta con la democracia. Niega el derecho común de ciudadanía, y la igualdad de derechos y prerrogativas, estableciendo

una clase privilegiada y explotadora a impulsos únicamente de la fuerza y del terror”.

Y si la sustancia de la doctrina y de la organización política comunista destruye por su base la organización política democrática, fundamental estatuto de nuestra Constitución y arraigada en la carne, en los huesos y hasta en el tuétano de los costarricenses, está condenada, necesariamente, a perecer ante la conciencia democrática del pueblo de Costa Rica, y sólo podría llegar a imponerse por el asalto y por la fuerza bruta, sobre ríos de la noble sangre costarricense.

*

* *

En la democrática y republicana Costa Rica, como en todos los pueblos libres y civilizados de la Tierra, la imposición a sangre y fuego de la dictadura roja del proletariado.—única forma hipotética de conquistar el poder,—sería la obra del suicidio de las propias masas trabajadoras, sorprendidas en la buena fe de sus legítimas ansias de redención y de mejoramiento, para caer en los oprobios de la más férrea dictadura del trabajo, del trabajo organizado, reglamentado y miserablemente pagado por la fuerza, bajo despóticas disciplinas cuartelarias, bajo las plantas del Estado Patrón, del Estado Capitalista, del Estado Omnipotente sobre bosques de ballonetas de ejércitos rojos de soldados privilegiados, que ahogan y aplastan, en esencia y potencia, todos los medios de legítima y pacífica defensa organizada que hoy tienen como un poder incontrastable, las masas trabajadoras contra el individuo patrón, contra el individuo capitalista, dentro del régimen de la libertad democrática y republicana. La

esclavitud obrera, bajo el yugo despótico del Estado Capitalista, o del Capitalismo del Estado, integrado no por ángeles del cielo, sino por hombres de la tierra, por apóstoles del odio, por simuladores adiestrados en la literatura y la técnica de la agitación de las masas inconscientes y exheredadas, es una esclavitud desarmada, sin defensa y sin posible redención, es una obra de suicidio colectivo, y el pueblo de Costa Rica consciente como es, educado ya en más de un siglo de vida republicana y democrática, posee en grado superlativo el instinto de su propia conservación y de su legítima defensa, para repudiar como repudia, esos falaces espejismos de supremacía proletaria, con que se pretende engañarle por los nuevos y avezados agitadores comunistas, en prédicas volcánicas de pasiones fratricidas y en ambiciones desenfrenadas de poder, de codicia, de venganza y de exterminio.

Y todos los extravíos de la doctrina comunista, puestos en práctica en la organización autocrática y burocrática en el más alto grado de descomposición y podredumbre mantenida actualmente en Rusia, después de la batalla librada a la muerte de Lenine, por la posesión del mando absoluto entre los fieros y grandes lobos de la misma manada, que dejó a Stalin con el cetro y con el látigo sobre las huestes de Trotsky,—quien hoy vaga como una sombra por el mundo, expiando en el destierro los pecados de su propia obra desoladora,—todos esos siniestros extravíos que ponen temblores de horror y de angustia en el alma de los buenos y de los justos, han sido denunciados, también, desde las más extremadas filas de la izquierda y en nombre del puritanismo de la ideología comunista, por la pluma de fuego de uno de sus más reputados escritores, Panait Istrati, quien, después de haber asistido, como invitado oficial, al Congreso so-

viético de Moscú en 1927, recorrió toda Rusia, penetrando en el corazón de los trabajadores de los campos y de las ciudades y adentrándose en sus amarguras y miserias, en todas las capas de su abominable organización, política, económica y social, lanzando al mundo, después, en su famoso libro "*Rusia al Desnudo*", la acusación más formidable contra esa espantosa oligarquía, que es como el Inri puesto sobre las doctrinas comunistas y sobre las cabezas de los verdugos y crucificadores del pueblo ruso.

Oigamos, tomadas al azar, algunas síntesis imprecatorias que han brotado de la pluma de Istrati, después de haber escapado del infierno de los soviets, que funcionan en el diabólico imperio de Stalin:

"A nosotros, los bolcheviques dice Istrati, nos están prohibidos la ligereza, la diversión, la comodidad, la injusticia, los abusos, los favores, todo aquello que hemos tachado de crimen y condenado a morir. Y cuando uno de los nuestros se permite tales cosas, debemos inmediatamente llevarlo a la picota y colgarle del pecho un letrero concebido en estos términos:

"Detén el paso, transeunte, y llora a este hombre, a quien habíamos tomado por un camarada. En el preciso instante en que, con las manos enrojecidas de sangre, queríamos darle al mundo el ejemplo de lo que debe ser la Vida Nueva, ha cometido el crimen, en su calidad de Juez, de mandar a un inocente a Siberia, a fin de poderse apropiarse de su ración de manteca".

"Debemos dar pruebas de este estoicismo "*si queremos justificar nuestros crímenes*".

"La actualidad,—dice Istrati,—es mucho más trágica. Más que nunca la "conciencia de clase" constituye el monopolio de aquellos que sostienen la sartén por el mango. Pues hoy el proletariado posee una sartén, una

inmensa sartén, cuya fritanga excita grandes apetitos. Y aquí es donde te separo del militante revolucionario y donde estoy dispuesto a combatirlo. . . . Tengo derecho a volverme hacia la caterva burocrática y gritarle: ¡gentuza! Gentuza que, ayer moderada, hoy fanática, enarbolando ayer el “*Marxismo*”, hoy el “*Leninismo*”, nos enseñas la misma cara estúpida, te revelas tan intratable, hundes tan profundamente tus garras en la nuca de la masa encadenada y saboteas la más bella de las obras de la justicia social!

“Aún hay más,—y este es un horror que las luchas sociales no habían registrado nunca,—hoy asesinas. Con el hambre, con la prisión, a veces con el látigo, *asesinas al obrero* (*¡al obrero!*) que se niega a hacer el becerro ante el poder tiránico:

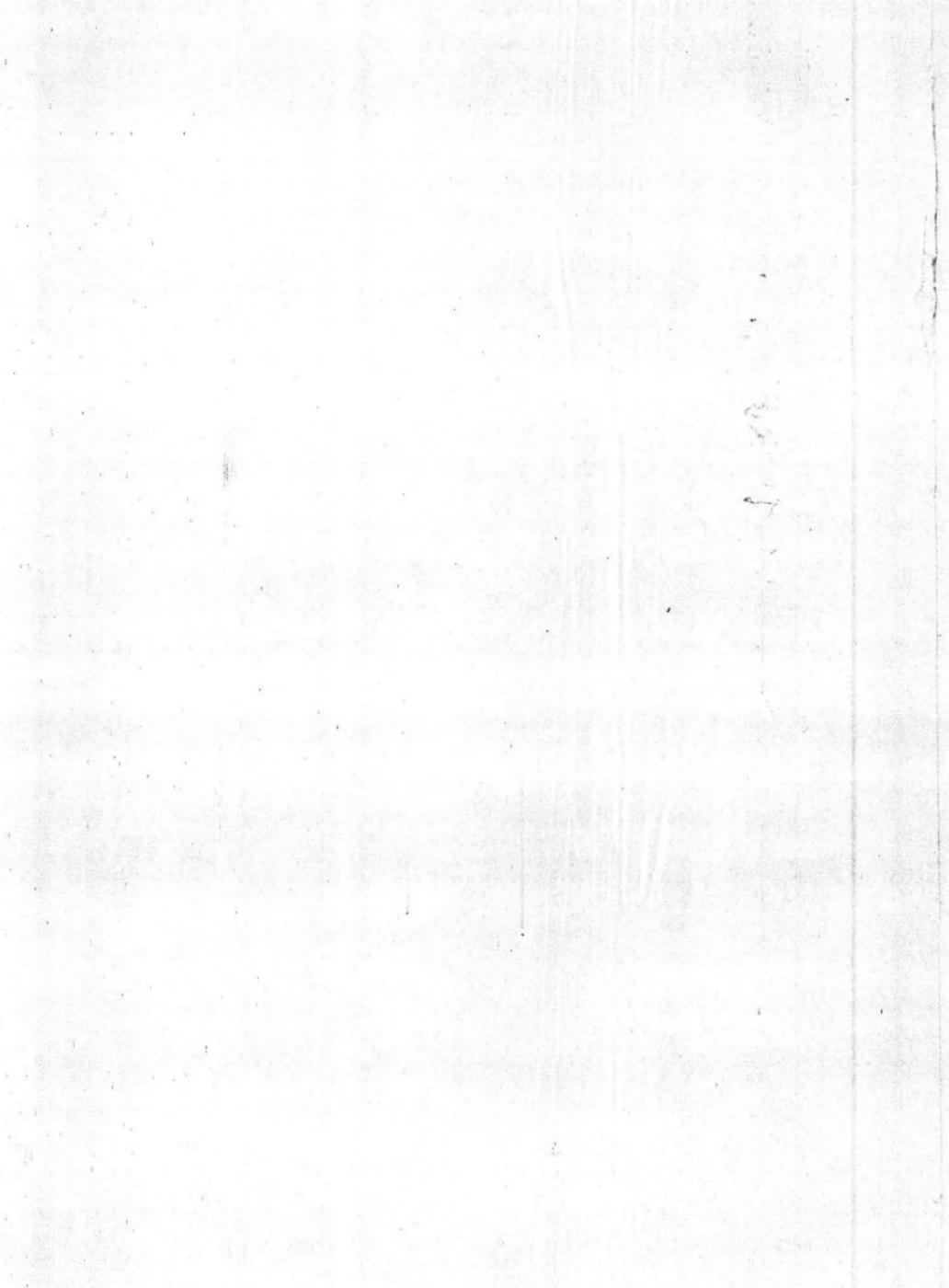
“¿Puedo tener miramientos contigo, innoble bribón? Puedo olvidar que fuí a ti de la manera más desinteresada y que faltó muy poco para que me hundieras en tu bolsillo? Puedo, por darte gusto, o según se dice, “para no ofrecer armas a la burguesía”, desentenderme de las masas que arrojas por tierra, de su porvenir que apuñalas y de sus mejores combatientes, a los cuales destierras, encarcelas y hundes en el hambre, en nombre de una elástica doctrina que sólo tú pretendes conocer? ¿Puedo aceptar sin reservas la extensión por el mundo de tus métodos de convicción de la clase obrera y escribir que sólo tú tienes razón, que sólo tú tienes derecho a hablar, que sólo tú debes construir el socialismo?”.

Si pues, dentro del régimen comunista implantado en Rusia, al decir de los puritanos de la secta, como el *camarada* Panait Istrati, los altos representantes de la justicia soviética, los jueces, los sagrados e infalibles sacerdotes que imparten la justicia, mandan a morir de frío

a las estepas de Siberia, a los obreros, inocentes para robarles su ración de manteca, y con el hambre, con la prisión y con el látigo se asesina por los comisarios del pueblo a los obreros,—a los obreros! sobre cuyas espaldas escalaron el poder y en cuyo nombre ejercitan la dictadura del proletariado,—cuando los obreros hacen algún gesto de inconformidad con su vida de oprobiosa esclavitud y no se resignan a seguir sirviendo silenciosamente de becerros de las manadas y soportando pacientemente el yugo sobre la cerviz; si pues, de todos los extremos del mundo y de todos los sectores de la religión, de la ciencia y de las doctrinas abstractas de sus propios militantes, nos llega la execración del régimen comunista, con la excomunión de los pontífices y de los más autorizados prelados de la religión, hay que convenir en que esa doctrina satánica, salida de las fraguas del odio, está definitivamente proscrita del reino de la Justicia y de los caminos del bien, y necesaria, ineludiblemente condenada a perecer ante la sana conciencia de los costarricenses.

Noviembre 16 de 1935.

INDICE



PRELIMINARES

	Página
Tobías Zúñiga Montúfar por Carlos Jinesta.....	7
En el Pórtico..... por Guillermo Vargas...	11
Alma Fuerte por José Santos Chocano	15
Marginal! por Tobías Zúñiga Mon- túfar	17

DE LA TRIBUNA

Castelar	21
Julio Flores.....	37
Ley de Imprenta.....	45
Juan Santa María.....	53
José María Castro	61
La Unión de Centro América	69
Ricardo Jiménez y El Viejismo Político.....	81
El Día de la Raza.....	91

DE LA PRENSA

	Página
Vargas Vila.....	101
Pío Víquez	109
Mauro Fernández	123
El Centenario de las Cortes de Cádiz.....	127
Su Majestad, El Pensamiento.....	135
Rubén Darío.....	145
La Pesadilla de la Bancarrota.....	155
El Salvador al vuelo.....	163
Marcelina González de Chable.....	175
Ricardo Jiménez	181
Bernardo Soto.....	189
Manuel González Zeledón.....	195
Guillermo Vargas Calvo.....	201
Carta a José Santos Chocano.....	207
El Comunismo.....	211

